



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 4 DE DICIEMBRE DE 1938

Suplemento Dominical

LA NOVELA DEL DOMINGO

El BANDOLERO

MAYNE
REID



En Este
Número:



u Majestad
La Mujer
or Ada M. Duque



EL FIN
DEL
MUNDO



El Misterio
DE BARBA
ROJA

Cuento



Otras
Lecturas
Amenas Para
Chicos y
Grandes



TRUCUTU



LA SOLUCIÓN DEL MISTERIOSO ROBO DE LAS JOYAS LE HA DADO IMPULSO A LAS OBRAS PÚBLICAS.

¡SÍ, MI QUERIDO DOCTOR, Y ASÍ ES COMO ACABAREMOS CON EL DESEMPLEO!

FRAGMENTOS

DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA



PRIMOS HERMANOS

A PARTE DE LOS PÁJAROS LOS ÚNICOS DESCENDIENTES DE LOS DINOSAURIOS SON LOS CAIMANES QUE INFESTAN LA ZONA TROPICAL. NO PROCEDEN DE LOS DINOSAURIOS AVANZADOS DEL PERÍODO MEZEOICÓO COMO LAS AYES, PERO SON PARIENTES DIRECTOS, PUES AMBOS DESCENDEN DEL REPTIL DE LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS.

LO QUE NO COMPRENDO ES LA ACTUACIÓN INCONSULTA E INSENSATA DEL AGENTE TRUCUTÚ.

DEBE HABER ALGÚN MOTIVO OCULTO. ¡TRUCUTÚ SE LE ADELANTÓ!

¡VAMOS, PEREZOSOS! ¡A PICAR PIEDRA!

¡CON GUSTO LE AFLOJARÍA UN TRANCAZO!

NO TE ANTICIPES A LOS ACONTECIMIENTOS. YA SE LAS COBRAREMOS TODAS JUNTAS A ESTE TRUHÁN.

¡ALLÁ VA! HE SABIDO QUE EL REY SE PROPONE CONDECORARLO Y HACERLE UN GRAN HOMENAJE.

PUES EL HOMENAJE DEBERÍA SER PARA EL TÍO NARICES AQUEL QUE NOS DESCUBRIÓ.

¡CACHÓN, ALLÁ LO TRAEN PRISIONERO! ¡ES EL MISMO!

¿PERO CÓMO? ¿NO ERA ESE EL YIMÁN QUE NOS DESCUBRIÓ?

¡VOTO A SANES! ¡SI NO ES POR ÉL, TRUCUTÚ NO NOS PRENDE!

¿NO DECÍAS QUE LE IBAN A DAR MEDALLA A TRUCUTÚ?

¡SÍ, ESTA TARDE!

¡NOS VENGAREMOS! ¡JEY! ¡CENTINELA, OIGA!

CABALLEROS: NOS REUNIMOS AQUÍ PARA FESTEJAR Y RENDIRLE HONORES AL HOMBRE CUYOS ESFUERZOS INCANSABLES CULMINARON EN EL RESCATE DE LAS JOYAS REALES...

¡YO TAMBIÉN LO ESTARÍA SI ME FUERAN A COLGAR UNA MEDALLA!

¡TRUCUTÚ ESTÁ NERVIOSO!

TODO HOMENAJE ES POCO PARA ESTE MODESTO HÉROE DE LA PATRIA QUE NO VACILO EN AFRONTAR PELIGROS PARA TRAER ANTE LA JUSTICIA A LOS MALHECHORES.

¡A CASIMIRO TRUCUTÚ, GENUINO REPRESENTATIVO DE LA LEY Y EL ÓRDEN, LE EXPRESAMOS NUESTRO ETERNO RECONOCIMIENTO---

--- PERO SEGÚN EL TESTIMONIO DE LOS PROPIOS LADRONES, HAY OTRO HOMBRE A QUIEN TENEMOS QUE RECONOCERLE LA VERDADERA SOLUCIÓN---

¡AHORA ENTRAMOS, MUCHACHOS! ¡VAMOS!

-V.T. Hamilton

¡--- ME PLEACE CONDECORAR A NUESTRO ILUSTRE AGENTE DE LA SECRETA, EL SUPERDETECTIVE BALDOMERO FUGUCHÉ!

EL Bandolero

por
MAYNE
REID



CONTINUACION

como ejército permanente, y en ese caso nosotros nos quedaríamos en la ciudad. Nada tendría que temer de los bandidos; en todos modos, nos aseguró que él era demasiado galante para reparar en las consecuencias cuando se trataba de señoritas.

Había otra dificultad. La cita de Sam con los ladrones había sido para el día siguiente al amanecer, y el sitio una llanura sin un árbol siquiera, situada al lado de una espesa selva y no lejos de una famosa posada de Córdoba. Yendo solo, le sería muy fácil encontrar a sus parlamentarios; pero yendo acompañado de veinte soldados de caballería el caso era muy diferente. El inteligente «yankee» resolvió muy pronto y de un modo que parecía muy realizable. Mis soldados se acercaban lo más posible al sitio de la cita aquella misma noche y se ocultaban entre los árboles del bosque situado al lado de la llanura donde debían encontrarse los dos mensajeros. Sam vendría por la mañana con el dinero del rescate. Aquella noche iría con nosotros hasta cierta distancia como guía y se volvería después para venir al día siguiente, antes de la salida del sol.

Este plan me pareció excelente; pero tenía también un pequeño inconveniente. Nuestra emboscada podría servir para apoderarnos del emisario, pero no de los ladrones, que podían estar muy lejos de allí en lo más profundo de las montañas. Aquí don Samuel no dió luz; pero creía que con el mensajero en nuestro poder y el dinero del rescate a nuestra disposición, podían vencerse muchos obstáculos. Ni un solo saltador en todo México se resistía al brillo del oro; al menos Sam Brown no lo creía posible. Este razonamiento me pareció muy lógico, y decidí seguir los consejos de mi guía.

Quando todo estuvo arreglado, emprendimos nuestro viaje. Al dar las doce en la Catedral pasábamos por la garita de

enviarles sus enemigos, sin tomar precauciones para el caso de una sorpresa.

—Nunca lo hacen, capitán; no son tan tontos como eso.

—Esa es mi opinión; pero ahora que tengo tiempo de pensar en ello, podemos realizar el plan que yo había formado. Después de todo, no hay otro medio. ¿Qué os parece?

—Capitán, mi opinión no es mejor que la otra cualquier, solamente que he podido observar algunas cosas. ¿Dónde y cuándo? Nada más fácil que contestar las dos preguntas a un tiempo; donde y cuando el coche fué detenido.

—¿Habéis notado algo raro?

—No una sola cosa; muchas.

—¿El qué?

—En primer lugar, los bandidos estaban cubiertos con un crespón.

—Eso ya me lo dijo don Eusebio; pero ¿qué tiene eso de particular?

—No mucho, es verdad; solamente que no es general que los ladrones usen esos velos. Les importa poco que vean sus caras, siendo su residencia fija el centro de esas montañas, y teniendo, como tienen, muy buen cuidado de no ponerse al alcance de los alguaciles. De modo que esos crespones indican que pertenecen a la ciudad.

—¿A qué ciudad?

—A la Puebla; es la gran guarida de todos los dominios de México. Se han cubierto el rostro por miedo de ser conocidos, si por casualidad les encontraban en las calles. No es que yo crea por esto que sean menos bandidos que los otros. Los ladrones de la ciudad son enteramente lo mismo que los de los caminos. Todos pertenecen a la misma escuela; solamente que los últimos se cuidan poco de que puedan conocerlos, mientras que los de la ciudad tienen sus razones para desear que no vean sus caras.

—¿Y qué otra circunstancia os ha parecido extraña? —pregunté a mi inteligente guía.

—Otra tan extraordinaria como ésta, e tal vez más. Me chocó entonces y sigue pareciéndome cada vez más inexplicable. Ni un momento aparté mi vista de las dos señoritas que viajaban con don Eusebio. Hay una, sobre todo, que no es posible dejar de mirar. Pues bien, lo que más me sorprendió es que, en vez de mostrarse asustadas, como yo he visto siempre que lo hacen otras señoritas de México cuando son cogidas por los ladrones, las dos se fueron por entre los árboles con dos o tres de aquellos bribones, que las atendían y acompañaban con la misma naturalidad que si estuvieran paseando por la Alameda.

Mientras tanto, el pobre viejo estaba echado sobre su estómago, aplastado co-

mo un arenque, de cuya posición no se le permitió cambiar hasta que las muchachas habían desaparecido. Entonces uno de ellos empezó a tratar con él la delicada cuestión del rescate, diciéndole que debía entregarme el dinero. Le empujaron dentro del coche y me mandaron seguir mi camino, cuya orden, por supuesto, no me hice repetir.

—Pero, y el sacerdote que iba con ellos, ¿qué se hizo de él?

—¡Oh, el monje! Esta es otra de las rarezas de este intrincado negocio. Los bandidos, generalmente, los dejan irse después de obligarle a darles la bendición. Pero a éste le guardaron también; ¿con qué intención? Dios lo sabe. Tal vez hayan querido su compañía para que los convierta. Viendo que ya no teníamos nada que hacer allí, di un latigazo a mis caballos y partimos el pobre señor y yo.

—¿Creéis que sus hijas corren peligro de ser maltratadas por los bandidos?

—Eso depende de la clase de gente en cuyo poder hayan caído. No creo que fuese la partida de Carrasco la que nos detuvo.

—¿Por qué?

—Porque no se hubieran tapado la cara. ¡Dios quiera que no sean ellos!

—Yo, sin embargo, tenía cierta sospecha y me apresuré a preguntarle la razón que tenía para temer que fuesen ellos.

—Si hubiera sido Carrasco —me contestó mi guía—, me darían mucha lástima aquellas dos señoritas. Imposible que no les sucediera algo desagradable. Yo creo que ellas no han comprendido todo el peligro, porque los ladrones las trataban con tanta bondad. Después de todo, tal vez me equivoque. Las escondieron tan pronto entre los árboles, que no tuve mucho tiempo para observarlos, tanto más, cuanto tenía bastante que hacer con cuidar que mis caballos no se fuesen por el precipicio que había en el sitio donde nos detuvieron. En cualquier caso, prosiguió Sam Brown, acercándose más a mí y hablando un poco más bajo, como si no quisiera que los otros le oyeran, me parece que ya es tiempo de que penséis lo que váis a hacer. Ya estamos casi en el sitio donde tenemos que abandonar el camino real. El indicado por los ladrones para la cita está muy cerca. Dentro de media hora estaremos allí.

—¿Habéis pensado algún plan mejor que el que yo había pensado? Le hice esta pregunta creyendo ver en su fisonomía que había discurrido algo bueno.

—Cí; he pensado capitán; creo que hay miedo de coger a esos señores en este mismo momento. Estoy seguro que están allí.

Las últimas palabras fueron pronunciadas despacio y como en una especie de meditativo soliloquio.

—¿Dónde? ¿De qué sitio habláis?

—Un sitio muy raro; aunque os lo dijera, no me comprenderíais. ¡Bien saben dónde se esconden esos bribones! Es preciso verlo como yo lo he visto, y eso no todos pueden hacerlo, capitán.

—¿En alguna casa situada en algún sitio escondido, supongo?

—Podéis llamarle así, capitán, porque es cierto que es la morada más solitaria que yo he visto y que jamás haya sido construída por las manos del hombre. Está por este lado.

Miré en la dirección que indicaba. Se veían algunos terrenos cercados hacia el lado de la montaña, a cuyo pie nos habíamos detenido. Uno de ellos, más profundo y cavernoso que los demás; todos se elevaban hacia la cima. La montaña misma levantaba gradualmente sus árboles y verde follaje, excepto aquí y allí, donde la desnuda roca levantaba sus er-

guidos picos entre el oscuro verde de los pinos. Aunque no había luna, había estrellas. Con su luz pude ver algo blanco en la vereda cubierta de hierba que atravesaba por entre los árboles. Parecía una especie de nube.

—Esa es la «Mujer Blanca» —observó el guía, viendo que mis ojos no se apartaban de aquel fenómeno—. Está situada enteramente debajo de la gran Montaña Negra. Está separada solamente por ese pequeño promotorio.

—¡Cómo! —exclamé yo, reconociendo la nevada cima.— ¿Queréis decir que los ladrones están allí?

—No tan lejos. Si allí estuvieran, tendríamos que trepar lindamente para cogerlos. El sitio que os digo está enfrente de nosotros, hacia este lado; allá abajo es donde yo debo encontrar el mensajero y entregarle los doblones, y por eso creo que los encontraríamos ahora en la guarida que os he indicado.

—Yo creo que nada se pierde por ir allí.

—Eso es lo que a mí me parece —contestó el guía—. Si los encontramos ahí, esperaremos abajo escondidos la salida del sol y seguiremos el plan que teníamos arreglado. Tenemos que hacer otra cosa antes de llegar. Tenemos que subir una montaña muy escabrosa, y el último cuarto de milla es imposible hacerlo en nuestros caballos.

—Eso es lo de menos —le dije, impaciente por conseguir mi objeto—. Indicad el camino, yo yo respondo que mis hombres y yo os seguiremos.

—No es eso lo que me apura —añadió don Samuel Bruno—; pero pensar, capitán, añadió en su inglés chapurrado, que yo no he dicho que los encontraseis. Creo, sin embargo, que debemos probar recordando qué mujer tan hermosa está en poder de esos picaros. Debe ser rescata da a cualquier precio. No necesité preguntarle a cuál se refería; adiviné demasiado bien que hablaba de Dolores.

—¡Vamos! —exclamé metiendo espuelas a mi caballo— y dando la orden de marchar a mis soldados.

CAPITULO XXIX

Desmontados

Sería la una de la noche cuando dejamos el gran camino nacional y empezamos a subir por la montaña, siguiendo una vereda natural, aunque algo paralela al camino que acabábamos de abandonar. Lo menos una milla anduvimos por terrenos muy a propósito para estreñarnos.

Mis soldados tuvieron que colocarse de dos. Una milla más allá está reducida formación tuvo que estrecharse más todavía. El camino admitía un hombre solamente, y así tuvimos que formarnos. Otra milla aún y ya no era posible seguir por allí a caballo; solamente a pie podía continuarse, y aún para eso era preciso estar acostumbrado a saltar por aquellos despeñaderos. Mandé hacer alto, en voz baja, a la retaguardia.

—¿No hay algún camino por otra parte? —dije interrogando al guía que estaba a mi lado.

—Para caballos, no; el que hay es preciso seguirle a pie. Hay una vereda para caballos que va mucho más arriba que ésta, pero va a parar al otro lado, a la izquierda. Sale del camino nacional y está junto al sitio donde fué detenido el coche; de ahí han nacido mis sospechas de que los bandidos tal vez se encuentren en la casa que está aquí arriba.

—¿Y por qué no hemos seguido por el camino real hasta encontrar esa vereda que decís? Podíamos haber llegado hasta

la casa con nuestros caballos.

—Pero siempre hubiera sido mejor que dejarlos aquí. No me gusta separar mis soldados de sus sillas, mucho más no conociendo el terreno que pisamos.

—Hay otro recurso, sin necesidad de ir por aquel camino, prosiguió el guía sin responder a mis observaciones. Si hubiésemos ido por el otro lado, tal vez lo hubiéramos perdido todo.

—¿Por qué?

—Si están arriba, en la casa grande, de fijo tendrán uno de ellos bastante abajo de la montaña, cerca de la unión de los dos caminos. Siempre suelen tener allí un centinela. De fijo nos hubieran visto yendo por allá, mientras que viniendo por aquí tenemos casi la seguridad de llegar a la casa antes que ninguno nos vea.

—¿De modo que proponéis que desmontemos y sigamos a pie?

—No hay otro medio, capitán.

—¿A qué distancia está la casa?

—La distancia es muy corta, apenas estará a seiscientos pasos; al menos yo lo creo así, porque sólo he subido a la casa una vez; pero se tarda mucho en llegar por lo malo del camino.

No me gustaba nada desmontar mis soldados y separarlos de sus caballos: no porque no sirviesen lo mismo a pie que a caballo los individuos que yo había escogido; pero nada más fácil que alguien nos hubiese visto por el camino, y hasta podía dar la casualidad de que perteneciese a una de las muchas partidas que podían tener interés en seguirnos. En los caminos que seguían las gentes a pie, había también guerrilleros. Casi podía decirse que todos los hombres que uno se encontraba y todos los propietarios eran en aquella época nuestros enemigos, cosa muy natural desde el momento que nosotros éramos los conquistadores de su país. ¿Qué haríamos si viniese una partida y nos siguiese? La pérdida de veinte caballos sin haber disparado un tiro para defenderlos, hubiese sido una mancha para mí que difícilmente hubiera podido borrar. Habría sido la ruina de mi reputación militar, que precisamente empezaba ahora a valer algo. No quise correr semejante riesgo, y decidí dejar a mis hombres en sus caballos. No por eso desistí de mi empresa. Eso hubiese sido todavía más vergonzoso; pero buscaba un medio de acercarme a la casa que tuviese menos riesgos. Algunos minutos dedicados a esta reflexión y algunas palabras más cambiadas con el cochero, me ayudaron a conocer algo de lo que yo creía superior a todo lo pensado hasta aquí.

Mis hombres debían quedarse donde estaban; el guía y yo solamente debíamos llegar a la deseada cima, y una vez allí, tomar las medidas que creyésemos convenientes. Si veíamos que los ladrones no estaban, mis soldados se evitaban una subida tan peligrosa y el desengaño de no encontrarlos. Si estaban, entonces ya valía la pena de prepararles una buena visita con toda mi gente. El guía creía que no había peligro en que fuésemos solos, siempre que hiciésemos nuestro reconocimiento con las precauciones debidas. No faltaban seguramente los escondites entre las malezas y los hermosos árboles que adornaban la montaña. Si nos seguían demasiado cerca, mis soldados podían encontrarnos a mitad del camino. Yo tenía miedo de hacerme oír de ellos a una distancia tres veces mayor.

No llevaba teniente conmigo; solamente mi primer sargento, que había servido en las tres cuartas partes del mundo. Se había batido en toda clase de terrenos, en las praderas más incultas como en los bosques más espesos, y podía yo fiarme de él en una empresa como la que

teníamos entre manos. Habéndole dado la señal al oído, y después de haberle comunicado otras varias instrucciones que me ocurrieron, seguido de don Samuel Bruno, emprendí mi subida hacia la casa blanca...

La noche era muy clara, aunque sin luna. Bajo el hermoso cielo de México son muy pocas las noches oscuras. Había millares de estrellas, y más tarde debería también alumbrarnos la blanca luna, que podía servirnos o perjudicarnos, según las circunstancias. La atmósfera era templada.

Menos claridad y más ruido es lo que nos hubiera convenido. Nosotros hacíamos el menos posible. Aunque el camino era difícil, no era enteramente imposible subir por él. Había algunos trozos más escabrosos aquí y allá; pero siempre podíamos agarrarnos a los árboles. Habíamos convenido entendernos por señas cuando no estuviésemos bastante cerca para hablarnos al oído. Sabíamos muy bien que el menor ruido podía perdernos. De cuando en cuando nos parábamos para tomar aliento, menos por cansancio que por tener que aguantar la respiración. Llegó un sitio donde nos detuvimos más tiempo: el terreno formaba allí una especie de terraza de bastante extensión; allí vimos señales recientes de haber pasado gente a caballo. Mi guía me lo indicó, diciéndome al oído que aquel era el camino del cual me había hablado; observé las pisadas despacio. Eran recientes, de aquel mismo día. Mi experiencia en esta clase de observaciones me permitía asegurarlo así, a pesar de la oscuridad con que hice mi difícil estudio. Este signo nos daba esperanzas de conseguir nuestro propósito.

Desde entonces el camino se hizo menos dificultoso; por espacio de más de trecientos pasos seguía una pendiente casi horizontal, por la cual podíamos andar perfectamente. El cochero me precedía en el mayor silencio, siempre despacio y sin dejar de tomar todas las precauciones posibles. Mientras le seguía pude reflexionar una porción de cosas, todas desagradables. Los severos y derechos pinos parecían comunicarme su tristeza. El horrible graznido de la gran lechuza mexicana, al pasar volando por encima de nosotros, parecía burlarse de mí, aumentando la melancolía que por momentos se apoderaba de mi alma. Me había hecho la ilusión de que había olvidado a Dolores Villaseñor, o por lo menos, que su existencia me era ya indiferente. ¡Vana alucinación, engañosa ficción! ahora lo veía.

Largas y penosas marchas, sitios, batallas, heridas recibidas, coquetías de otros ojos tan hermoso como los suyos, nada había conseguido borrar esa mujer de mi corazón y de mi memoria. Allí estaba siempre. Podía ver su cara delante de mí, bajo la sombra de los árboles, tan clara como veía las blancas lechuzas, dulce como el vuelo de sus alas. No la había olvidado, no, y en aquel momento comprendí que no la olvidaría nunca.

Mientras trabajaba por conseguir su rescate, me parecía que su desgracia me causaría placer; ¡tan sumergida estaba mi alma en el dolor que la destrozaba, tan llena de negra venganza! Ningún pensamiento noble me conducía por los penascos de Ixticuhalt; mi afán era poder humillar a la que tanto me había humillado.

La voz de Sam Brown, que me hablaba al oído, me sacó de mis lúgubres pensamientos.

—¿No oís, capitán?

—¿El qué?

—La música.

—¡Si llamáis música el fastidioso gri-

te de esa horrible lechuza! Me paré obedeciendo a la estructura que me hizo por señas mi guía pisando de la oscuridad vi que me apetece con su dedo hacia arriba.

—¿No oís nada hacia ese lado? —dijo.

—Yo oigo el sonido de unos pasos que sin duda toca uno de esos mexicanos.

—¿Oís? Alguien se ríe. Es posible que si no me engaño, me parece escuchado una voz femenina.

La última observación me hizo prestar más atención, escuché... corriendo se perase oír la sentencia de vida.

Había, en efecto, una guitarra que se oía una voz de un hombre; después una serie de dulces sonidos de ese tono particular que sólo se oye de la garganta de una mujer.

—Si —respondí maquinalmente— música.

—Más que eso, capitán; estábamos escuché otra vez. Ciertamente, ellos oían muy claro los pasos que se oían compás de la música de cuando en cuando una pausa, una carcajada, una exclamación... Todo indicaba una gran placer.

—Estas son las diversiones que me dijo Sam—. Deben estar tan go raro debe suceder. ¡Oíd! ¡Oíd!

Cada vez se oía más el ruido producido aquella exclamación que había unido sus acordes a los tarra, y varias voces parecían en la conversación que se oía intervalos que de vez en cuando música.

No parecía que allí pasaba lento ni borrascoso, nada que tampoco la orgía desenfundada; sólo se oían tranquilos ruidos que podían ser una reunión de gentes que estuvieran pasando el día con la diferencia de ser de día.

—Son ellos —me dijo el cochero— diligencia, que era indudable. ¡Oíd! ¡Oíd! ¡Oíd! ¡Oíd! ¡Oíd!

Le contesté únicamente con un movimiento, y fué terrible todo lo que ocurrió. Dolores Villaseñor, meditando por las circunstancias, simplemente, asistía a una jarana. Todos mis estratégicos planes se fueron de imaginación. Hasta me abandonó en aquel momento recuerdo del pasado, las impresiones presentes, todo contribuía a que me olvidara. ¡Aquella en que había fijado mis pensamientos, tan noble, tan santa, tan de diversión a un bandido! ¡Encontrándose feliz entre ellos!

—Vamos —dije a mi guía— por el brazo—; vamos a la casa que los que pasa; vamos, vamos, vamos, peligro. En diez minutos pueden matarnos mis soldados, y si hay necesidad, vamos con ellos. ¡Vamos, vamos, vamos con mis propios ojos si en tan degradada!

Sin comprender enteramente lo que intentaba, Sam Brown vió que me resolví a seguir adelante, y me imperativa orden, volví al camino que debía hacernos a la vez en muy pocos minutos, a la casa.

CAPITULO XXX

El paraíso en la cima de un terraplén

los por fin la casa blanca; era de la estructura maciza y cuadrada, con un grueso piso, y sobre éste una azotea con un alfilero alrededor. Estaba situada en una plataforma de extensión limitada, detrás de la cual había una cuesta muy pendiente, defendida por dos grandes peñas que salían en dirección opuesta. Era imposible encontrar un sitio más apropiado para defenderse. Ningún enemigo podía adelantarse por ninguno de los flancos que se presentaban por el frente. La casa estaba expuesta al fuego enemigo mientras cruzaba aquella llanura. Era mucho más fácil tomar el fuerte por detrás.

Después de atravesar el terreno que la casa nos separaba, nos colocamos delante de una de las ventanas. Dentro de la habitación se veía una mesa, arrebolada con todos los preparativos de un festín; parecía un mueble bastante antiguo, y lo mismo las sillas que había alrededor; el servicio de mesa era bastante bueno; los platos, fuentes y vasos que la cubrían ofrecían, sin embargo, el extraño contraste de estar mezclados los más ricos y elegantes con los más sencillos y económicos; contraste que yo no comprendía.

Las de baño de las más comunes y las de calabaza estaban en naturalidad con copas de plata y botellas de tapones dejaban adivinar el rico perfume y el delicioso «champagne». Se veía allí ir y venir muchachos, moverse de un lado para otro apresurados, como si estuviesen concluyendo de arreglar la mesa. Era evidente que las otras dos ventanas pertenecían a dos distintas habitaciones; la que teníamos nosotros enfrente debía ser el comedor. La que yo debía ver era la sala. No para ver el cuadro ni oír mejor la música, puesto que las cosas habían cesado. En vez de eso se oía una sola voz de hombre que parecía hablar de un modo acompasado y lento. Era preciso inventar algo para poder mirar por la otra ventana; pero eso era la pena. Según los grandes preparativos que se hacían en el comedor, debía haber bastante gente en la sala. ¿Sería de clase tan heterogénea como la de la jilla?

¿Aún no podíamos saberlo. Había un pilar arruinado que debía haber servido en otros tiempos una especie de columna, y nos impedía ver lo que pasaba en la segunda pieza. Habíamos estado arrodillados todo este tiempo en unas sillas que había cerca de la ventana del comedor. Pero no había semejante cosa en el resto de la otra ventana, sino un árbol, el árbol favorito de México. Si conseguíamos llegar a él y trepar por sus anchas ramas, tendríamos un magnífico punto de observación. La dificultad era ver tratar de llegar a él sin ser vistos. El trecho que había desde el árbol donde estábamos escondidos hasta el árbol que queríamos alcanzar era un espacio cubierto de césped, sin plantas ni flores; en él daba la luz de las ventanas. Lanzarse desde un extremo u otro hubiese sido exponernos a una muerte clara como la del día. Pero no teníamos que ser vistos por los que ocupaban la sala. Estaban muy preocupados en el servicio especial que parecía tener lugar y no pensaban en mirar hacia fuera. Así al cruzar el trecho habíamos notado que la puerta estaba abierta, y por la débil luz que había en el zaguán y la más brillante del patio que había a los pies, pudimos ver los criados atravesando de un lado a otro con las fuentes y platos, semejantes a espectros en medio de preparar un infernal festín. Uno de ellos que se detuvo en el zaguán y mirase al pasar por la puerta, podía ver cruzar.

No nos detuvimos. La exposición era muy grande. Si hubiéramos intentado cruzar, era casi seguro que no podríamos escaparnos de allí sin ser cogidos por los bandidos. Había otro recurso: bajar otra vez hacia la montaña, cruzar la ayudada por la débil luz de la casa, y volver por el otro lado de la roca. ¡Qué lástima que no hubiésemos tomado este camino desde el principio! Teníamos ahora que perder un tiempo precioso; pero no había más remedio. Salvar aquella distancia directamente hubiera sido exponer nuestras vidas tontamente, y, sobre todo, estropear el plan que nos había llevado allí.

Diez minutos más, y estuvimos debajo del árbol. Abriendo sus espinosas ramas y pasando por medio de ellas, obtuvimos el deseado punto de vista.

Como ya he dicho, la música había cesado, y la conversación también. Todo ahora estaba en el mayor silencio, como lo habíamos dejado cuando estábamos escondidos entre las malezas. Al principio creímos que habían anunciado la cena, y que los veríamos pronto en el comedor. Aunque no estaban terminados los preparativos, esperábamos ver pronto llegar a los convidados; pero fué muy diferente lo que vimos y oímos en la otra habitación. Los ruidos de alegría cesaron de repente, y éstos fueron substituídos por una sola voz. Era de hombre, y parecía dirigir un discurso a sus oyentes. Todo el tiempo que tardamos en cambiar de sitio seguimos oyéndole, y aún seguía su elocuente sermón cuando nos colocamos entre las ramas del árbol. A la primera mirada nos lo explicamos todo; vimos por qué la música había cesado, y las risas se habían interrumpido. En la sala se estaba celebrando una ceremonia, que con razón puede llamarse solemnidad. ¡Era la ceremonia de una boda! Un sacerdote, cuyo traje gris demostraba pertenecer a la Orden de San Francisco, estaba de pie en medio de la habitación. Le nombro el primero, porque a él fué al que primero vi.

Tenía un libro en la mano y estaba leyendo en él el ritual del matrimonio según la Iglesia romana. Mis ojos no se detuvieron en él un solo instante. Fue ron en busca de la novia y el novio. Una ligera inclinación de las ramas me puso enteramente enfrente del último. ¡Cuál sería mi asombro al reconocer a Francisco Moreno! No fué mucho menor cuando conseguí ver a la futura esposa. Un sentimiento triste y desconsolador me había preparado para ver a Dolores Villaseñor. ¡Era ella! No pude ver su cara, porque estaba de espaldas a la ventana. Además, un tul blanco, echado por encima de su cabeza, y cayendo sobre el pecho, me impidió verla. Pero no cabía duda que era Dolores. Imposible equivocar su hermosa figura, ni por detrás siquiera. Era ella, de pie delante del altar. Un buen espacio la separaba de su esposo. No puedo decir la que había entre los dos. Parecía esto raro, pero era, sin duda, la costumbre del país. Detrás de él se veían otras figuras de hombres. Todos bandidos, por supuesto.

Francisco era el único que se distinguía de los demás, por estar espléndidamente vestido. Pero entonces, ¿era acaso su jefe... Muchas veces me había chocado y causado al mismo tiempo pena algunas frases que, sin querer sin duda habían dejado escapar en sus conversaciones conmigo en la ciudad de los Angeles. ¡Qué amables habían sido sus convenciones, y qué tolerantes sus críticas al ocuparnos de Carrasco! Únicamente como rival, pero nunca como ladrón, es como él había demostrado su indignación por el capitán de Santa Ana.

Lo que veía ahora me lo explicaba to-

do. Don Eusebio había hablado sólo de probabilidades cuando decía que tal vez Moreno fuese un bandido. Si hubiese sabido la verdad respecto al aspirante a la mano de su hija, aún hubiera tenido excusa su designio de encerrarla en un convento. La novia estaba muy contenta. Recuerdo que el cochero me lo había dicho; estaba muy contenta cuando tan bruscamente la internaron entre los árboles. La conducta del momento, confirmaba esta opinión de mi guía. Aún en esa hora solemne me pareció que estaba contenta. Yo no podía ver su cara, pero en los movimientos de su cabeza y del velo que la cubría demostraba cierta animación que no podía confundirse con la humilde actitud de la resignación. Al contrario, parecía estremecerse, ¿pero de alegría? Sería inútil que yo tratase de explicar sus sentimientos. Si una estatua hubiese ocupado mi puesto en el árbol, no podía haber estado más inmóvil. Estaba rígido como el tronco del árbol sobre que me apoyaba. Mis ojos, fijos en el espectáculo que presenciaban, ¡Empecé a creer que era un sueño! ¡Pero no! Allí estaban los dos novios y el monje que aún recitaba sus monótonas oraciones. ¡Oh! ¡No era un sueño, sino la más triste realidad! La mujer que había herido mi corazón, que por espacio de seis meses había procurado en vano olvidar, estaba delante de mí, rodeada de una partida de ladrones, no como cautiva de ellos, sino como la prometida de su jefe, y consentía gustosa en unirse a él para siempre!..

CAPITULO XXXI

Un boda interrumpida.

¡Otra cosa de México! ¡Si no la más incomprendible ciertamente, la más triste que yo he presenciado en aquel país, puesto que tomé parte en ella, y por cierto la parte más amarga y más negra! No hay palabras con que explicar el estado de mi espíritu mientras contemplaba el grupo que veía dentro de la casa. No pensé moverme ni hacia atrás ni hacia adelante; me faltaba la respiración. Mi corazón dejó de latir, como si le oprimiese una plancha de hierro que nunca más hubiese de volverle su libertad. Estaba sufriendo el mayor dolor que puede imaginarse. Mi pena puede comprenderla sinceramente el que haya pasado por una prueba semejante.

El espectáculo que tal impresión me causaba, al mismo tiempo que desgarraba mi corazón, me impedía abandonar el sitio en que estaba. No hacía el menor movimiento hacia ningún lado; estaba paralizado con una pasión que nunca más creo sentir. ¡El mundo me parecía inundado de dolor! Por algún tiempo no pude ni pensar. Mis ideas eran confusas: unas veces buenas, otras detestables; tan pronto desaparecían unas, como volvían otras. Una un poco más noble, al fin, se apoderó de mí. Mi suerte estaba resuelta, pero no la de Dolores Villaseñor, que parecía tan desesperada o más que la mía. ¿Había aún medio de salvarla?

Yo no había oído todavía las místicas palabras que cierran la dorada cadena del matrimonio: «Con esta sortija yo te caso». El brillante símbolo no había sido colocado en el dedo. Era tiempo de interrumpir la ceremonia. Un ligero soplo en el tubo de plata que llevaba colgado sobre mi pecho bastaba para suspenderlo todo; antes de que concluyese la ceremonia, mis soldados estarían a mi alrededor. ¡No fué por temor al peligro por lo que no dí la señal! Era demasiado desgraciado para temer nada; estaba muy desesperado para que me

importasen las consecuencias que pudieran venir.

En aquel momento hubiera sido hoy capaz de perderme con un golpe feliz y dejarlos muertos en el acto. ¡No fué ni precaución, ni falta de valor lo que me detuvo; fué un instinto más noble todavía: el instinto de la venganza! Dolores había escogido su suerte. Por más negra que fuese, no era yo quien podía remediarla. Ella no me hubiera agradecido que la salvase.

Más dulce sería para mí hacerla ver al hombre que había escogido por esposo postrado a mis pies. Estas fueron mis reflexiones, no muy generosas por cierto.

«¡Qué siga la ceremonia! murmuré al oído de mi guía. ¡Será casada, y después... viuda!» Nunca en mi vida he sentido en mi corazón peores sentimientos, deseos de venganza tan crueles. La más pequeña partícula de buenos sentimientos había desaparecido de mi alma.

El imperturbable «yankee» no contestó. La escena que veía dentro de la casa parecía absorber toda su atención, como a mí me sucedía; pero su interpretación era diferente. El no hacía más que suponer, mientras que yo tenía antecedentes, y más que nada poseía el instinto de los crueles sentimientos que aquella escena despertaba en mi alma. Esperamos en el árbol la terminación de la ceremonia. Vimos el brillo de la sortija entre los dedos del novio, pero no llegó a ponerse en contacto con los de la desposada. Antes de llegar este crítico momento, rápida como la transformación de una pantomima, terrible como el cambio de la calma a la tempestad, de la vida a la muerte, cayó la desgracia sobre aquella sublime escena. Una falange de oscuras formas pasó por el sitio en que estábamos. ¡Eran hermanas, pero tan silenciosas en sus movimientos, tan semejantes en su modo de andar, al vuelo silencioso de las aves, que parecían espectros! No podían ser fantasmas. Uno o dos de ellos tocaron, al pasar, las ramas de nuestro árbol, haciendo que sus delicadas hojas se inclinasen hacia atrás.

Eran formas de carnes y hueso, animadas por el espíritu de los infiernos, como demostraron ser un instante después. Los vimos correr y precipitarse hacia la puerta; algunos treparon por la fachada y se quedaron en las ventanas. Oímos el choque de las carabinas y la ruda orden de rendirse, seguida de amenazas de muerte. Hubo un pequeño combate en el zaguán y en el patio; después gritos de dolor y de muerte, que provenían, sin duda, de los criados que cayeron muertos sobre las piedras. Las dos habitaciones fueron invadidas simultáneamente. Oscuras sombras se dibujaban en el comedor, pero más oscuras en la sala.

Se vió un gran movimiento, cambios de sitio y gran confusión. ¡Gritos de mujer, tiros, carreras, y, lo que hacía este tumulto más espantoso, alguna que otra diabólica carcajada! Todo esto duró muy poco tiempo. Yo apenas podía creer en su realidad, hasta que pasó todo. Desde el principio habían sido apagadas las luces de las dos habitaciones; pero si fué casualidad o no, era imposible saberlo. Lo que ocurrió después pudimos deducirlo por el ruido que hacían las armas de fuego. Aunque hablaron todo el tiempo que duró la refriega, fueron detonaciones de ambas partes, que nos dieron la menor indicación de lo que allí ocurría. Tampoco después pudimos explicarnos lo que había sucedido.

Lo único que podíamos asegurar es que el combate había terminado; que después fué seguido por el ruido de pasos en el patio, que gradualmente se re-

tiraban hacia atrás, y, por último, seguían la cuesta cubierta de pinos que se ocultaba detrás de la casa. Conforme se alejaban, el ruido de sus pasos iba desapareciendo, hasta que sólo oímos los gritos de las lechuzas, la cascada que teníamos debajo y el ligero soplo de la brisa de la montaña entre las copas de los altos pinos.

CAPITULO XXXII

El padre Cornaga.

Mi admiración me tenía mudo todavía, y lo mismo a mi compañero, sin movimiento como las hojas del aloe que nos cobijaba. Si yo hubiese podido comprender lo que había sucedido, de fijo hubiera obrado con más prontitud y más energía. Pero sólo pude conseguirlo poco a poco, volviendo de mi estupor, como si me despertase de una terrible pesadilla.

—¿Qué significa todo eso? —pregunté al cochero, sin dejar mi puesto.

—El diablo me lleve si entiendo una palabra, capitán; es cierto que eran una cuadrilla de ladrones. Sin duda están unidos con los otros y han venido para robarles su botín. Los conquistadores parece que se han ido y se han llevado las mujeres también. Han desaparecido por el otro lado de la casa; todavía los puede oír subir por la montaña. Hay otro camino por allí, pero es muy difícil atravesarlo. Estoy seguro que van por él y que se han llevado a las señoritas. Las pobres no han podido gritar, porque les han tapado...

—¿Tapado?

—Sí, las tapan la boca, y las cubren la cabeza con algo que les impide ver y gritar. Esto lo hacen únicamente cuando ellas hacen resistencia.

¿Qué me importaba a mí? ¿Qué más daba que Dolores Villaseñor fuese la mujer de un ladrón o la querida de otro? ¿Por qué me había yo de ocupar de ello? ¡Nunca había de ser ya mía! Me bajé del árbol tranquilamente, como aquél que no tiene motivo para apresurarse. Sentía un dolor frío en mi corazón, mucha indiferencia por la suerte de aquella que casi había destruido para siempre mi dicha. Me alegraba que se fuese lejos, muy lejos, a la cima de las montañas que había elegido como templo para su boda. Era la de Ixticuhualt. La «Blanca Hermana» se veía a la clara luz de las estrellas que nos alumbraban, reposando con su puro traje ¡ay, bien diferente al de Dolores! «¡Qué siga su camino!, era mi resolución invariable. ¡Ella que ha preparado el lecho del dolor, que lo disfrute!».

Sin el propósito de seguir la persecución que había emprendido, sin la menor idea de rescatarlas, coloqué, sin embargo el pito en mi boca y di la señal para que viniese mi gente.

En menos de cinco minutos estuvieron a mi lado, brillando sus verdes chaquetas a la luz de la luna, que en aquel momento empezaba a salir. Al oír los tiros y demás sonidos de combate, habían empezado a subir la montaña, y de aquí su prontitud en acudir a mi llamada. Escogí seis de ellos y me dirigí a la puerta de la casa. Entramos sin la menor resistencia, siguiendo nuestro camino por el zaguán. Dentro reinaba la más profunda oscuridad, a pesar de haber gente, como podíamos asegurar por los quejidos que salían de una de las habitaciones. Encendimos una luz y empezamos a explorar el cuarto en que estábamos, que era el comedor; allí no había nadie; el banquete estaba preparado, pero no había convidados. Nos dirigimos a la sala, de donde venían los tristes lamentos.

La escena que hacía unos momentos era

tan alegre, se había convertido en un espectáculo de muerte. Había dos hombres tendidos en el suelo; uno de ellos parecía dormido, según lo silencioso que estaba, a no ser por el charco de sangre que tenía debajo; aquel silencio debía ser el de la muerte. El otro, también herido, vivía, sin embargo; él era el que se quejaba.

Al pararme delante de él reconocí a Francisco Moreno. Aún estaba hermoso, aunque horriblemente desfigurado por la espantosa lucha, en la que, según mi opinión, había recibido una herida mortal. Era inútil preguntarle nada; ni siquiera me conocía. La idea que se me ocurrió en aquel momento fué bien poco caritativa. Un rival había desaparecido de la tierra: Francisco Moreno. Pero ahora ya me era indiferente. Esta ventaja había llegado, como casi todas las dichas de este mundo, fuera de tiempo, demasiado tarde.

—¿Qué es esto? —gritó uno de los soldados, poniendo su carabina en una banqueta, y apoyándola contra una mesa, al parecer, de carne humana que había en ella—. ¡Por vida del diablo! ¡Si es un monje!

—Es cierto, caballero —contestó una voz que salió del saco gris que le envolvía, y el cual resultó ser de la Orden franciscana—. Soy un monje, para servirlos, caballeros. Es enteramente un milagro que yo viva. ¡Ah, señores!, ya veo que sois su jefe es mi historia muy exnes se han retirado al veros. Decidme que ya se han ido, y que ya no tengo nada que temer.

—Dos de ellos, de fijo, no os harán ningún daño —respondió el cochero—, porque están muertos los tenéis delante, padre Cornaga.

—¿Cómo! ¿Sabéis mi nombre? ¡Santísima Virgen! Si es el cochero de la diligencia, el buen don Samuel Bruno. ¡Qué! ¿Son éstos también ladrones? ¡Por Dios, no! Son caballeros, ¿no es verdad?

—Verdaderos caballeros —le contesté yo.

—Ya lo sabía yo, señor don Samuel. ¡Caballeros, hombres honrados! Pero ¿y estos dos hombres? ¡Ay de mí! —añadió el monje bajándose a reconocer a uno de ellos—. Este es el hijo de nuestro juez. Muchos ladrones he confesado, sentenciados por su padre. ¿Y éste? —continuó mirando a don Francisco—. ¡Ah, señores, este es el novio y está asesinado en presencia de su esposa y bajo el sagrado amparo del altar que debía haberle librado de todo! ¡Pobre Dolores, pobre Dolores! Es el nombre de la señora. ¿Cómo es que os encontráis aquí? Decís que estos hombres no son ladrones; ¿qué son pues? ¡Oh, señor capitán! Porque veo que sois su jefe, es mi historia muy extraña. ¿Queréis saberla?

—Como gustéis. Yo vengo aquí a apoderarme de una partida de ladrones o a matarlos si es preciso, y sólo necesito saber cuáles son los ladrones y cuáles no, puesto que no parece que hay diferencia entre todos ellos.

—¡Oh, caballero! ¿Como decís una cosa así? Seguramente que no confundireis al honrado capitán Moreno con un salteador. Es un joven que vale mucho, y que hace sólo diez minutos estaba casándose con una de las mujeres más hermosas y más cristianas de nuestra hermosa ciudad de La Puebla, la hija de don Eusebio... Villaseñor.

—Conozco todo eso. ¿Pero cómo ha sucedido esto? ¿Por qué la ceremonia tenía lugar en este sitio? ¿Por qué no en la casa de su padre?

—¡Me dejáis atónito, señor! ¿Cómo podéis saber?...

—Eso es lo de menos; decidme, os su-

plico, más aún, os lo mando; ¿cómo es que esta boda, interrumpida, según creo, tenía lugar aquí entre las montañas?

—Señor capitán, tendré mucho gusto en daros la explicación que deseáis. Desgraciadamente no hay ya razón para guardar el secreto de esta estratagema.

—¿Cómo estratagema! ¿Confesáis que había aquí una estratagema?

—Sí, señor, pero estaba dirigida y arreglada por ellos. Don Eusebio no consentía en casarlos; y tanto era así, que para evitarlo había decidido encerrar a su hija en el convento de la Concepción. ¡Pobre Dolores! ¿Podéis culparla por haber procurado librarse de semejante suerte? Yo mismo que soy religioso sostengo que eso era un disparate. ¡Qué idea! ¡Encerrar dentro de los muros del claustro a una criatura tan hermosa! Confieso que he sido el confidente de sus amores y que les he ayudado a realizar este plan, que, por desgracia, ha resultado tan fatal para ellos para todos los que en él han tomado parte.

—¿Cómo ha sido? —le pregunté, sintiendo pocas simpatías con las lamentaciones del monje.

—Veréis, señores, cómo fué. El joven que veis ahí, y que me temo ha sido víctima de sus amores, con unos cuantos amigos suyos disfrazados todos de salteadores, debían detener la diligencia y apoderarse de la señorita Dolores, así como de su hermana, que le acompañaba; otra joven también muy hermosa, más hermosa aún que Dolores, según la opinión de muchos, entre los cuales tengo el honor de contarme. No necesito decir que el plan se realizó con toda felicidad. Pues, señor, se había arreglado que yo haría este viaje con ellos, en mi calidad de capellán de la familia del señor don Eusebio, lo cual, por supuesto, no ofrecía la menor dificultad, y que me quedaría también prisionero con los supuestos bandidos. La boda debía verificarse sin el consentimiento de don Eusebio, y estaba en el acto de realizarse cuando... ¡Jesucristo, qué desenlace! El novio está bañado en su propia sangre, y la novia... ¿dónde está la novia? ¿Y dónde está su hermana Mercedes? ¡Ah, señor! Si vieseis a Mercedes, ¡es la cosa más linda! La mujer más preciosa de La Puebla.

—¿Excepto Dolores?

Estas palabras fueron pronunciadas por mí casi maquinalmente. No estaba en el caso de defender una hermosura que nunca había de ser mía.

—¿De modo que el robo de la diligencia no fué más que una farsa?

—Sí, señor; un engaño. Una pequeña estratagema de don Francisco y sus amigos.

—¡Ya sabía yo que había algo raro en ello! —observó el cochero.

—¿Y como explicáis lo del rescate, los diez mil doblones? —pregunté yo.

—¡Ay, Dios mío, señor capitán! Eso formaba parte del complot. Don Eusebio es muy rico, riquísimo, pero es un poco miserable. Los jóvenes sabían que necesitaban dinero para poner su casa, y como tal vez tardase mucho tiempo antes que consiguiesen el perdón de su rico papá, pensaron que lo mejor era obligarle a este pequeño anticipo ¡Santísima Virgen! Todo ello ha sido un gran error. ¡Oh, señores! No contéis, por Dios, a nadie estos detalles. Si llegan a saber que yo he tomado parte en este negocio no solamente perderá la muy lucrativa posición que tengo en casa de don Eusebio, sino tal vez hábitos religiosos. ¡Dios de mi alma!

—Mi buen padre —le contesté de bastante mal humor, no tenemos tiempo de ocuparnos ahora de vuestro porvenir; lo que queremos es que nos déis más explicaciones del presente. La ceremonia de la

boda ha sido interrumpida, eso ya lo vemos; pero ¿por qué y por quién?

—Por unos bandidos, señor; verdaderos bandidos, salteadores del Gran Camino. Esta contestación respondía a mis preguntas. El monje lo comprendió y no dijo más.

—¿Supongo que no tenían más objeto que robar?

—¡Ah, señor, bien quisiera yo creer así!

—¿Creéis que no era eso lo que los traído hasta aquí?

—¡Ay, señor, mirad y comprenderéis! el sacerdote apuntaba al cuerpo muerto del pobre joven, es quien había recibido al hijo del juez. Estaba echado de espalda, y pude ver sobre su pecho brillante el oro de una cadena, de la cual pesaba sin duda el reloj, por el bulto que formaba en el bolsillo del chaleco.

—Esto es muy raro, dije. ¿estáis seguro que eran verdaderos ladrones?

—Seguro, segurísimo, contestó el monje con un melancólico sacudimiento de cabeza. Demasiado seguro, caballero; verdad que tenían caretas y no he podido ver sus rostros, pero he oído nombre que me lo explica todo. ¡Lo cuando pasaron, llevándose las muchachas!

—¿Qué nombre es ése? pregunté con un triste presentimiento.

—¡Ah, señor capitán! Uno demasiado conocido en los caminos. —¿Carrasco murmuré sin esperar que el padre lo pronunciase.— ¡Dios de mi vida, todo lo sé! Ese es su nombre. Se lo he oído pronunciar a uno de esos hombres que le hablaba conforme se alejaban en medio de la oscuridad. El jefe de ladrones que ha realizado este sangriento crimen, es el famoso Carrasco. ¡Pobres niñas!».

CAPITULO XXXIII

Triste, pero grato.

No esperé más explicaciones por parte del franciscano. Creí que comprendía ahora la situación tan bien como él, casi mejor. La idea de estar Dolores en poder de bandidos hubiese sido para mí más soportable; pero era cosa muy diferente saber que se le había llevado a Carrasco.

En un momento pasaron por mi imaginación las escenas de la Catedral, la calle de los Pájaros. «¡Pronto! grité mis soldados; preparad vuestros fusiles y revólvers. Sargento, formad de uno en uno nuestro gente para subir la montaña» Mientras ejecutaban mis órdenes me volví hacia donde estaba Francisco Moreno.

Con una emoción imposible de describir me acerqué al herido. Desde el primer momento pude observar que había sido muy mal herido. Además de varias puñaladas, la bala de una escopeta le había atravesado el lado izquierdo. La herida roja aparecía enteramente encimada en el lado anterior del muslo.

Era tanta y tal la palidez de su rostro, que anunciaba un fin desahogado. Este espectáculo me causaba doble pena. En sus hermosas facciones, más afectas aún con su mortal palidez, al rival que me había robado el corazón de Dolores Villaseñor. Nada más natural, pero puesto que ya se iba de este mundo mis celos debían irse con él.

Se fueron, en efecto, sin duda...

CONTINUA EN LA
PAGINA 11

Su Majestad LA MUJER

Por Ada Maria Duque

“**L**OS hombres se deleitan en discutir el actual estado de cosas, en que la mujer amenaza tomar riendas en todo—dijo Frances Dee—y pretenden hacer ver que se trata de un problema enteramente nuevo para el llamado “sexo fuerte.” En realidad, desde los albores del mundo, la mujer ha llevado siempre la batuta. La única diferencia es que ahora la llevan abiertamente.”

Esta extraordinaria y franca confesión, hecha por una mujer, fué pronunciada en el “set” donde se filmaba la película “Si yo Fuera Rey”, con Frances Dee de dulcinea y Ronald Colman de enamorado caballero. Frances vestía un traje de corte medioeval, de brocado blanco con bordados de oro, pareciendo imposible que siendo tan bella y femininamente frágil, pudiese albergar en su cabeza pensamientos de esa naturaleza. Pero la tranquila belleza de Frances se complementa con un bien equilibrado cerebro, un sentido muy exacto de las cosas y una suave astucia femenina.

“Héme aquí representando una dama que verdaderamente vivió en Francia hace cinco siglos. En este escenario soy Catalina de Vaucelles, que pasó a la historia guiando a su amante por una oreja con extraordinario disimulo y azucaradas mentiras. Esto, verdaderamente, me encanta, ya que sé que infinito número de mujeres todavía hacen lo mismo.”

“Pero el libreto no es fiel a la historia en lo que respecta a su carácter. En la película represento a una mujer mucho mejor de lo que en realidad fué, pero como por primera vez interpreto un personaje auténtico, no enteramente ficticio, me interesé tanto en el papel que he estudiado cuanto se refiere a ella. Ese estudio me enseñó también muchas cosas sobre las demás mujeres de esta época.”

La mujer ejercía entonces un gran poder, y en aquellos días de grandes artistas, éstos tenían nobles y ricos protectores, hombres, naturalmente, pero detrás de cada hombre había una mujer, de lo que se desprende que las mujeres patrocinaban las artes. Detrás de cada trono, o muy cerca de él, había una mujer, y obvio es decir que la política y las funciones del gobierno estaban en gran parte influenciadas por ella. Por lo que a mi respecta, siempre he tenido la convicción de que en todo tiempo ha sido así, aunque en la edad media, al contrario de lo que pasa ahora, la mujer nunca se vanagloriaba de ello.

A mi parecer, la inmensa diferencia entre entonces y ahora no consiste en el mayor o menor poder de que disfrutaban las mujeres, sino en el modo de ejercerlo. Las damas de la antigüedad lo ejercían indirectamente; las de ahora se ponen decididamente al frente.”

LOS estudios llevados a cabo por Frances Dee sobre aquella época descubrieron costumbres y hechos de gran interés. El almuerzo se tomaba entre las diez y las once de la mañana; se servía a dos personas la misma comida en el mismo plato, costumbre muy económica y que denotaba gran compañerismo, y como todavía se ignoraba la existencia de los microbios, nadie pensaba en el contagio ni mucho menos se le temía.

Existían sólidas reglas respecto al modo de conducirse en la mesa: la principal era no mondarse los dientes con el cuchillo, que era el utensilio más común del período y lo mismo servía para el combate que para comer. El tenedor era desconocido y lo que no podía llevarse a la boca con el cuchillo se llevaba con los dedos, sin el menor sonrojo o temor a la crítica.

En el orden de su importancia las otras reglas eran al parecer las siguientes:

- No jugar con el cuchillo.
- No beber de una copa sin limpiarse la boca.
- No enrollar la servilleta ni hacerle nudos.
- No embriagarse durante la comida.

Evidentemente, esta última ha sido siempre una de las principales preocupaciones de las amas de casa.

FRANCES se mostró muy informada en lo tocante a las modas y la cultura de la belleza de aquella época de Luis XI de Francia, cuando la muchacha a quien interpreta en la película era figura destacada en el movimiento feminista.



Frances Dee, tal como aparece en su nueva película “Si yo fuera Rey”.

¡Señora!
¿Conoce este excelente tónico
EXCLUSIVO PARA LA MUJER?

Muchos son los padecimientos a que está expuesta la mujer por su propia naturaleza—y esos trastornos peculiares—esos estados de nerviosidad, debilidad y decaimiento prematuro que sólo se deben a razones “femeninas” deben ser atendidos con un tónico que se adapte especialmente a la mujer. Una mujer—Lydia E. Pinkham—formuló un compuesto vegetal que es sólo para mujeres para ayudar a sus organismos a hacer frente a los períodos críticos—para fortalecerla, calmar sus nervios y permitirle pasar sonriendo esos días tan temidos de toda mujer. No se trata de una preparación para matar los dolores sino de un tónico que al for-

a 98 de cada cien les hace BIEN



talcer, evita muchos trastornos—y mantiene esa saludable disposición que hace agradable la vida.

Hasta hoy, millares de mujeres en todo el mundo se ha beneficiado con el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Pruébelo y verá qué bien le hace. Deje de sufrir, de engañarse con narcóticos para matar el dolor. Siéntase bien tomando el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham.

Compuesto Vegetal de **Lydia E. Pinkham**

“Las actuales normas de belleza de Hollywood no hubieran sido aceptadas entonces—indicó Frances.—Parece que los parisienses del siglo XV admiraban las frentes muy altas, el busto angosto, los hombros caídos, el cuello largo, la cintura muy alta y delgada y el vientre prominente.”

“Pero las damas de distinción se arrancaban las cejas dejándose una línea tenue y se afeitaban el cabello de la nuca; usaban cosméticos y se perfumaban con ambergris y almizcle. Si una mujer de entonces pudiese ver hoy nuestros cutis tostados por el sol, perdería el sentido, pues la ambición femenina de aquellos días era una blancura de alabastro y para conservarla usaban constantemente el velo, en casa y fuera de ella.

“El velo se prendía de tocados muy diversos, algunos ridículos, muy altos, de más de un metro, y fácil es imaginarse lo que sería ir con una torre Eiffel en miniatura sobre la cabeza, que por ende no era muy cómoda de portar, a juzgar por imitaciones modificadas que he tenido que usar en esta película. No me cabe duda de que los dolores de cabeza eran endémicos en aquellas cortes.”

“Siempre me pregunto por qué los productores escogen para mí papeles históricos, y esto me hace pensar que mi tipo pertenece a otra época.”

EL FIN DEL MUNDO

Hace poco tiempo un asteroide errante pasó a 326.000 millas de nuestro planeta, pero la tierra, por escaso margen como quien dice, escapó del choque y del desastre. El hecho nos hace preguntarnos: ¿Cuándo y de qué manera acabará la tierra? En el presente artículo se discuten distintas posibilidades.

TAL vez el choque con otro planeta sea el fin, pues continuamente, en el ignoto espacio, innumerables cometas y asteroides viajan veloz y silenciosamente, describiendo eternas parábolas, surgiendo de la nada a la que van también a perderse. Algún día, quizás, uno de ellos salga fuera de su órbita—misterioso visitante de más allá de nuestro sistema solar—y se presente deslumbrante en el cielo. Esto podría suceder lo mismo hoy que mañana, o de aquí a un millón de años.

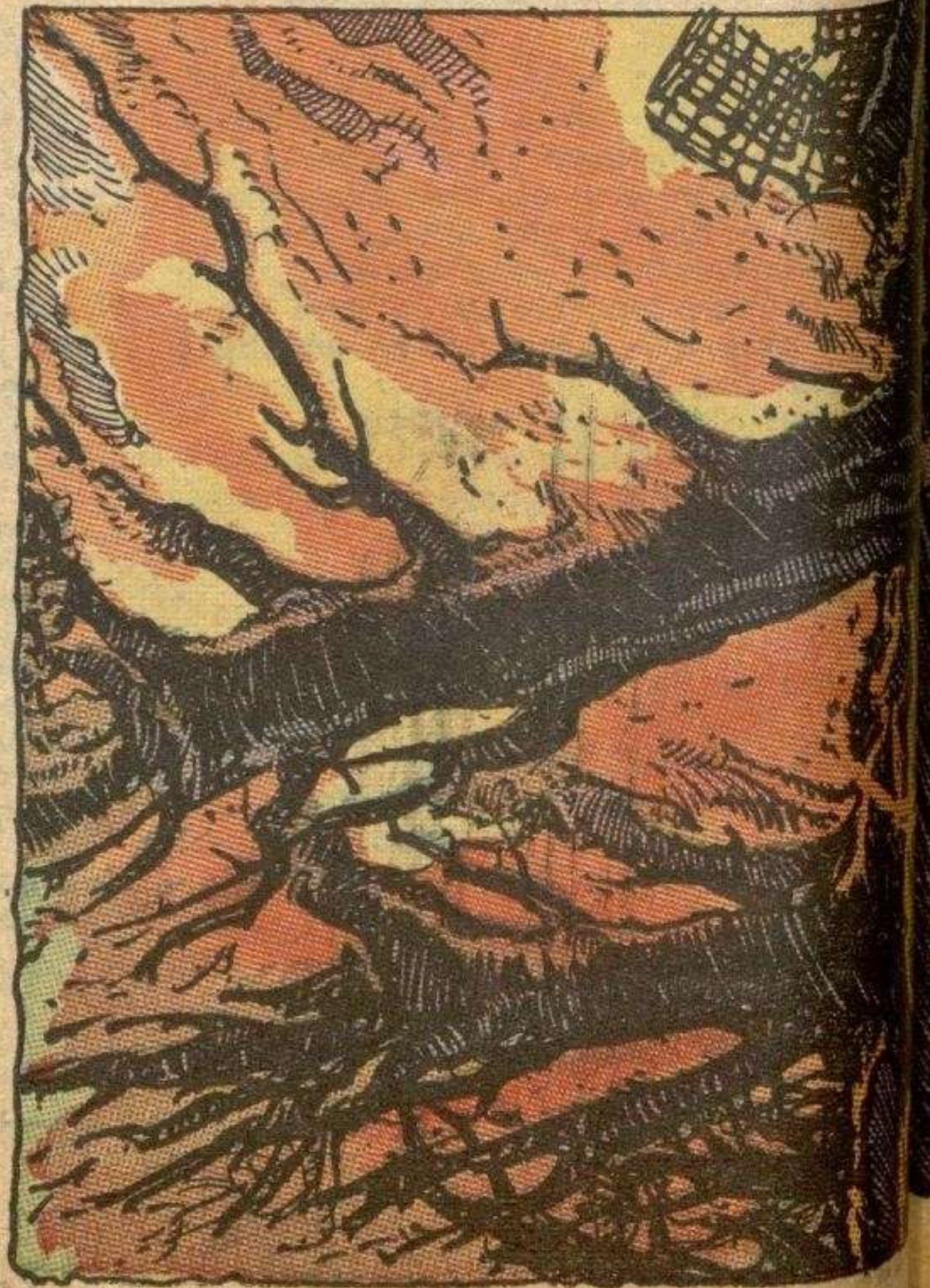
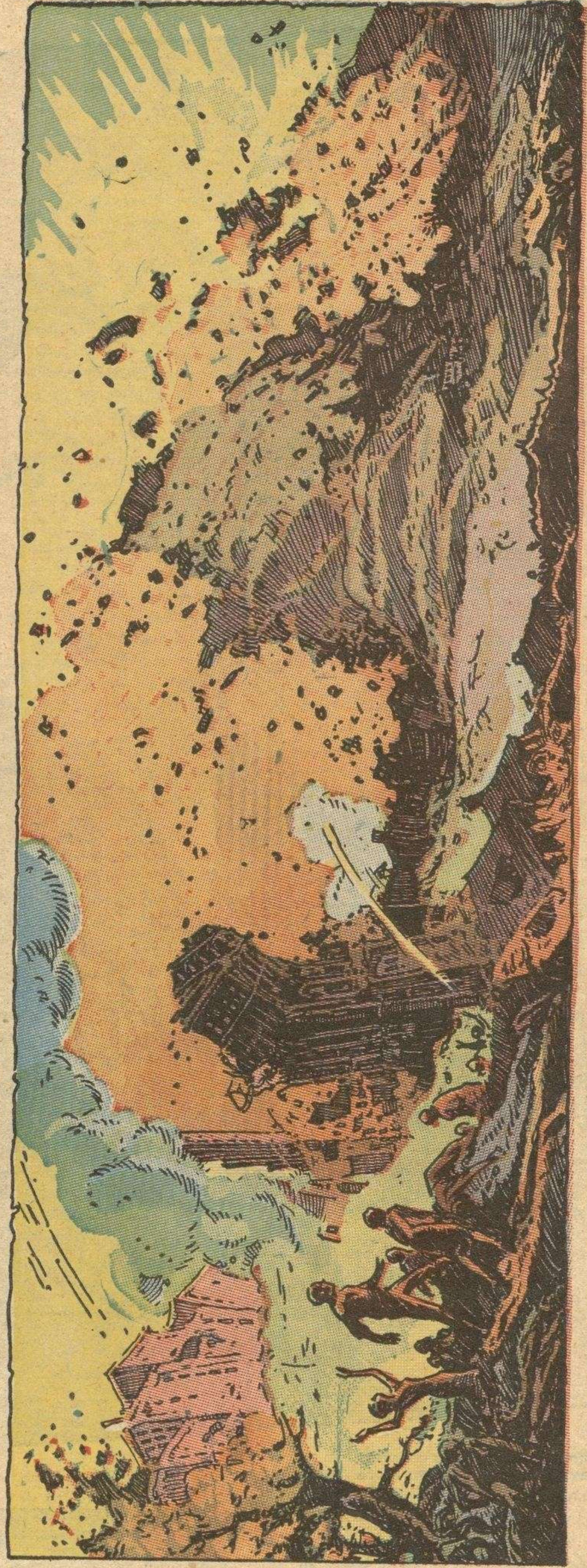
Desde la oscuridad del espacio, este formidable trueno celestial vendría sobre la tierra, veloz, silencioso, invisible.

Ya muy cerca podría verse a simple vista, creciendo siempre hasta ocultar las demás estrellas y llenar el cielo.

A poco vendría el choque...

La tierra volaría tal vez en pedruzcos, o acaso ocurriría un terremoto que haría aparecer como insignificantes todos los registrados hasta ahora: las montañas desaparecerían, los mares barrerían la tierra en inmensas olas y las entrañas de nuestro planeta quedarían destruidas.

Después, el silencio y la paz de la muerte reinan supremos en todas partes.



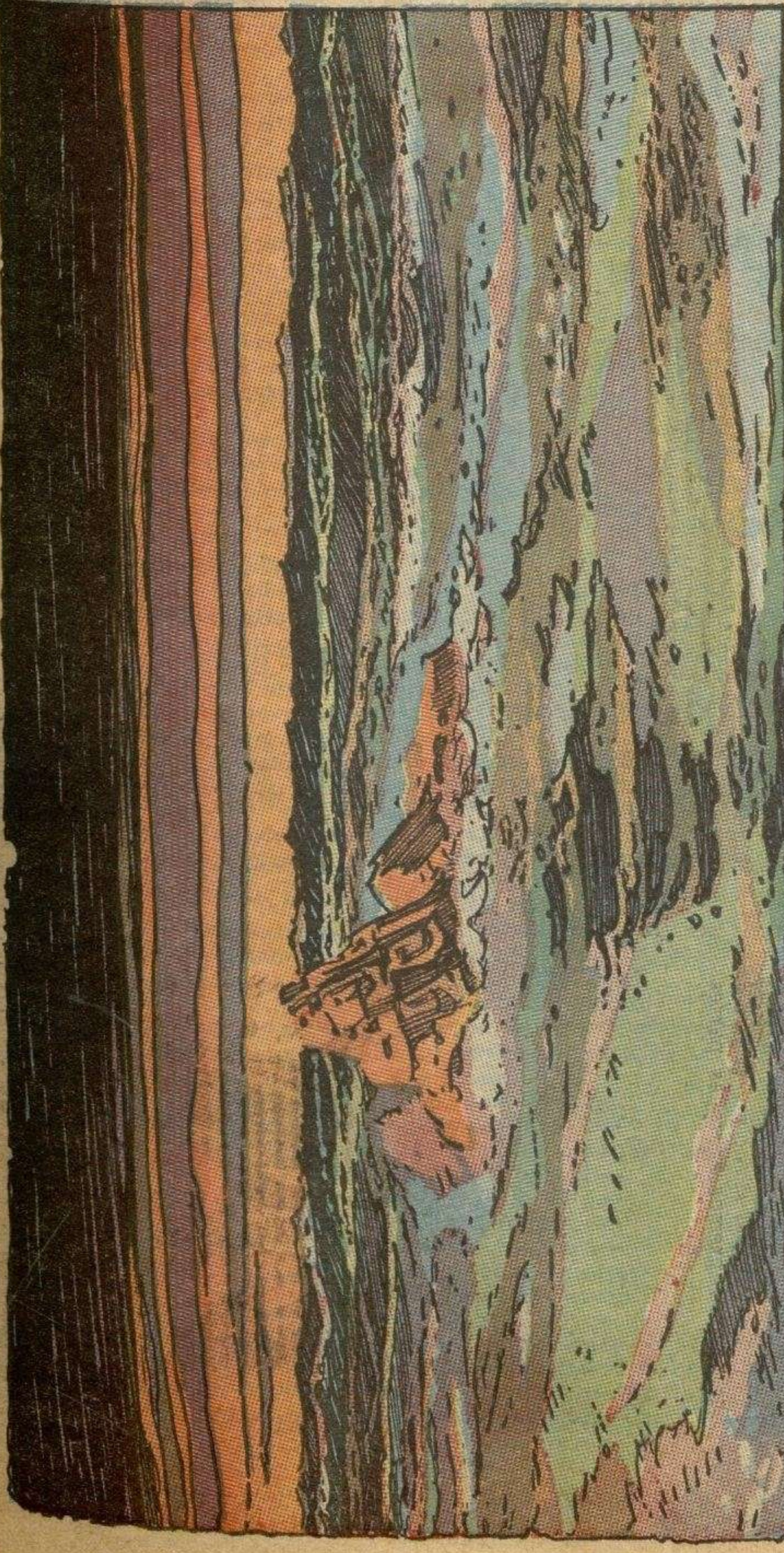
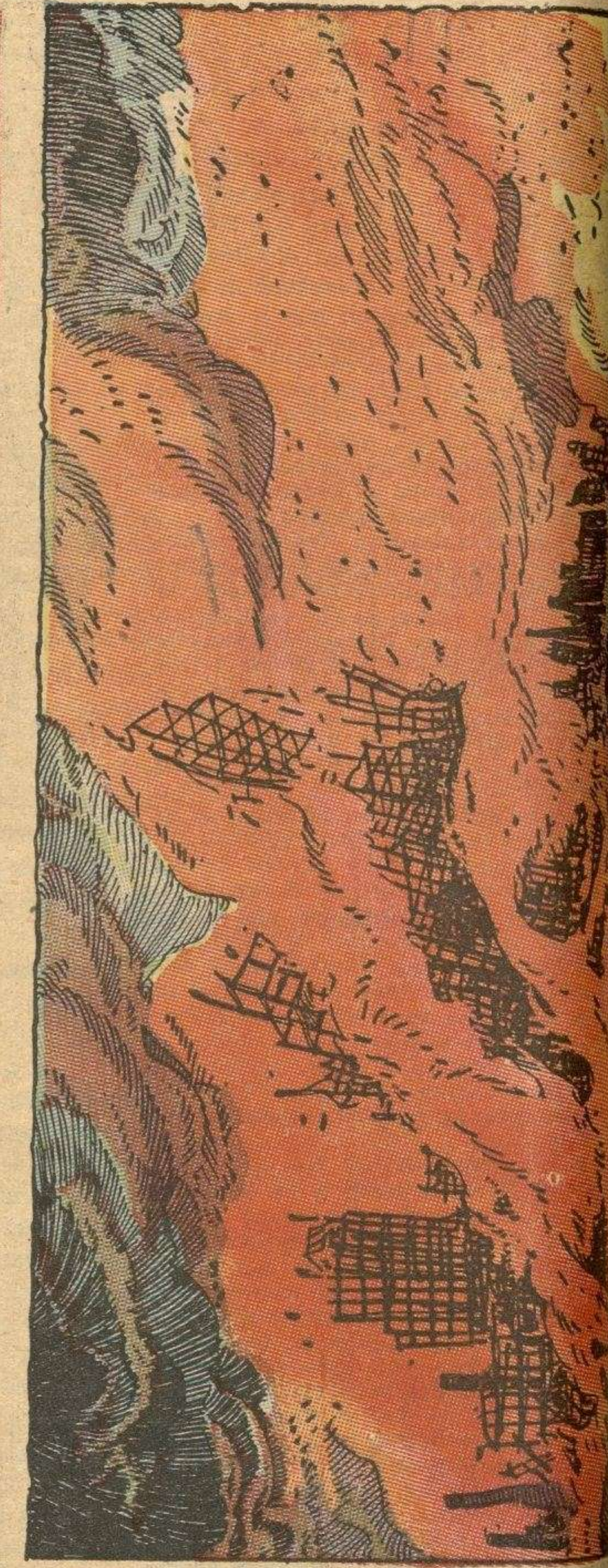
Es igualmente posible que la vida de nuestro planeta, todo ser animado, quede destruido por el fuego. Con frecuencia los astrónomos observan que estrellas conocidas y de condiciones estables, de pronto se incendian. En pocos días, a veces en pocas horas, se hacen más brillantes que nunca.

Nuestro sol es una estrella como cualquier otra, que también puede sufrir en cualquier momento esta transformación. Aún hoy, no es otra cosa que un horno inmenso, en el que los metales más sólidos sólo existen en estado gaseoso. Ahora, súptimamente se multiplicase, elevando la temperatura centenares de veces...

La transformación tendría lugar sin el menor aviso, en unas cuantas horas.

Este calor espantoso lo invadiría todo; los árboles se ennegrecerían y retorcerían; la hierba y todo lo verde se volatilizaría; lagos y ríos se evaporarían en pocas horas y no quedaría en la tierra un palmo de terreno que no fuera un desierto.

Los océanos hervirían furiosos; todo objeto de



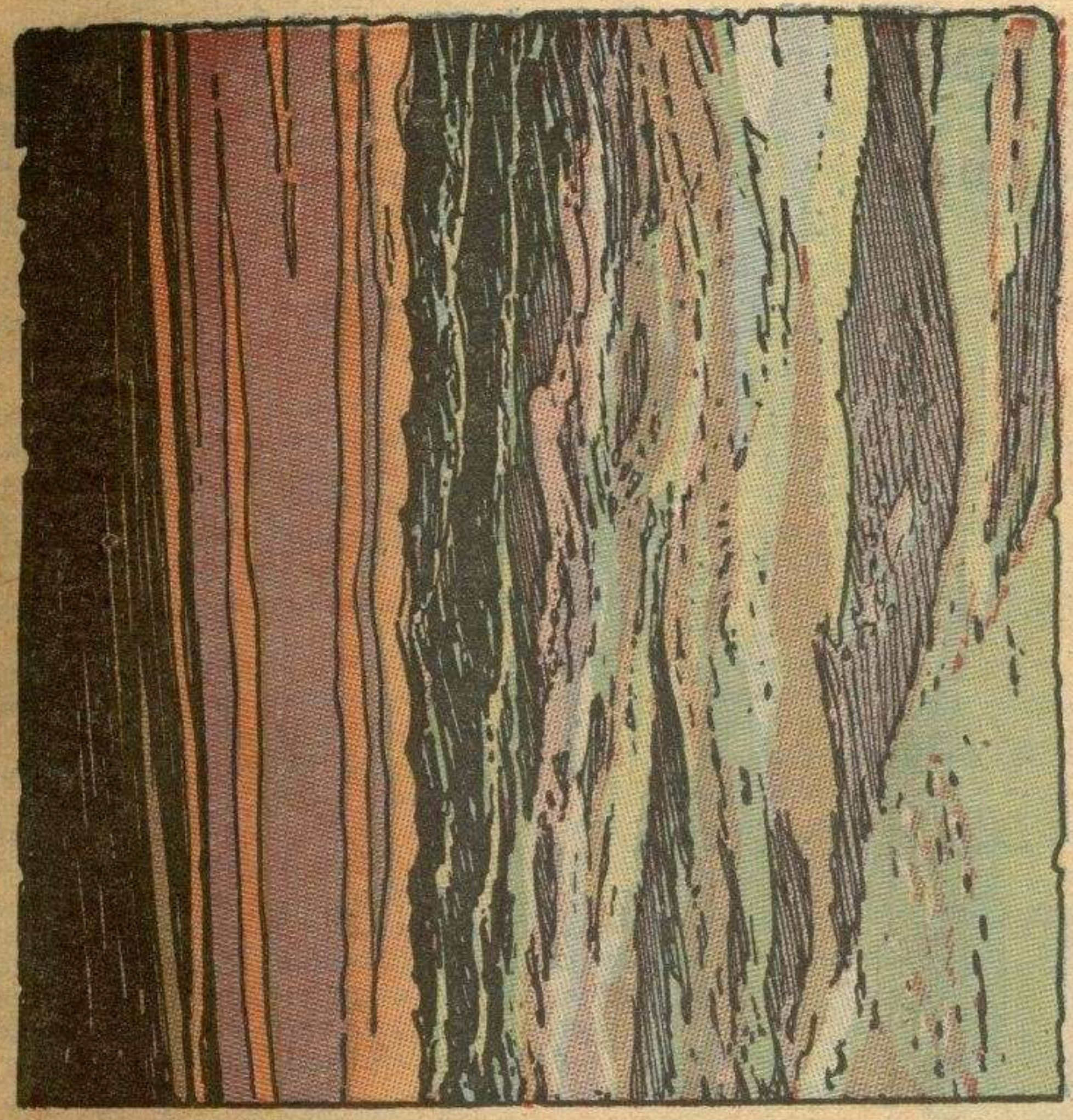
Es posible que escapemos del choque o del incendio, pero que ocurra una inundación.

A través de los siglos las aguas están en lucha constante con la tierra. Las corrientes, grandes y pequeñas, arrastran granos de tierra de campos y montañas. Los ríos abren profundas depresiones en los continentes, y a cada segundo las aguas llevan toneladas de tierra al mar. Lentamente, palmo a palmo, las aguas suben, aunque en este proceso los siglos toman el lugar de segundos.

El resultado final de esta contienda incansante será que los últimos picos de la tierra desaparecerán, borrados los continentes en marcha hacia la eternidad, hundidos para siempre y quedando en toda la tierra una superficie líquida.

En esta extensión inmensa de agua azul barrida por poderosos vientos, no se verá jamás una vela ni habrá ojos que puedan mirar la luz del sol que la haga brillar.

Será un mar sin costas, al que nadie verá ni escuchará.



SUPONGAMOS que escapamos de estos peligros. Aun hay otro, el más antiguo y el más temido: el frío.

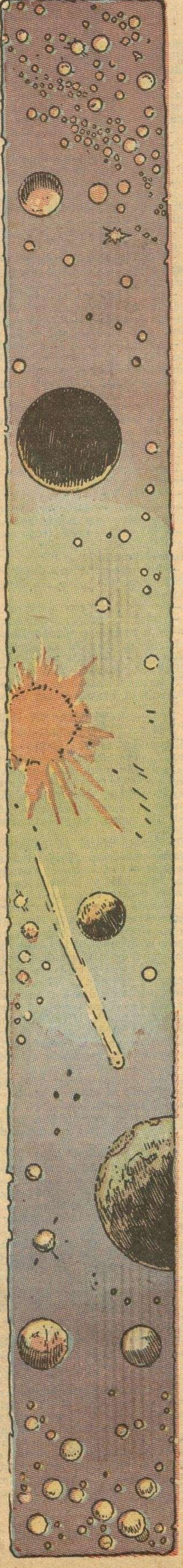
El sol se desgasta. Lentamente, tan lentamente que no hay instrumento científico que pueda registrar el cambio, el sol consume las fuerzas misteriosas que mantienen vivas sus titánicas llamas, y por inexorable ley física se enfriará algún día y su calor se agotará dejando una noche eterna.

Esto tendrá lugar dentro de millones de años, pero sucederá al fin, si es que otra catástrofe no ocurre antes.

Los milenios siguen a los milenios y el frío aumenta. La nieve cubre la zona templada, y la flora, y la fauna sobreviviente, puleta en las regiones que en otro tiempo fueron trópicos. El frío y la oscuridad aumentan.

Por último impera el invierno. El último palmo de tierra desaparece bajo la nieve. Los mares se congelan y toda la tierra se convierte en inmensa Groenlandia. El único ruido que interrumpe el silencio de muerte son los crujidos del hielo, no escuchados por nadie, pues no hay ser viviente que perturbe esta paz sepulcral.

El sol no brilla en esta desolación de nieve, pues el sol ya no existe. Reina la noche eterna, llena de estrellas brillando en un cielo indigo, mientras vientos gélidos que nadie oye, barren constantemente esta tierra desolada y sin vida.



EL MISTERIO

de Barba Roja

POR Tony Castro



TE DIGO que con esa barba no me besas! —advirtió la joven del men- guado traje de baño color canario, esquivando hábilmente el atezado brazo de aquel galán de alta estatura para salir correteando por la playa.

Cuando estuvo a distancia segura, se detuvo. El también. Se miraron de lejos como dos perrillos cansados de hacer travesuras. El joven, de aspecto muy presentable, lucía una flameante barba roja.

—¿Te rindes? —preguntó ella.

—¿Cuándo me das el "sí"?

Tenían que gritar porque la fuerte brisa del Pacífico arrastraba sus voces.

—¡Ya te dije, cuando te afeites!

—¡A qué volver a la misma! Si me afeito ¿cómo comemos? Sin mi barba no paso de ser un extra cualquiera.....

—¡Yo también soy una extra, como, y ni siquiera tengo bigote!

—Con la barba siempre soy el primero para los papeles de explorador, minero, pirata y general de la guerra de Secesión. Soy uno de los barbudos.....

—¡No uses esa palabra! —interrumpió Lola pateando impaciente aunque inútilmente, pues la arena no hacía ruido. —Tú sabes que detesto ese apelativo. ¡Lo detesto casi tanto como a tu barba!

—¡Mira! —dijo ella señalando con su acicalado índice hacia la exclusiva sección de las estrellas en Malibu. —¿Cómo esperas tener una casa de diez y seis cuartos a todo lujo si continuas ocultándote bajo esa maraña roja?

—¡Maraña nó, está peinada! —corrigió Jerry.

—¿Acaso tienen barba Clark Gable o Gary Cooper? —prosiguió Lola. —¿Por qué no te atreves? Colón se atrevió.

—¡Sí, pero tenía barba!

Lola lanzó un suspiro, exasperada, y decidió probar otra línea de ataque.

—¿Quizá haya alguna razón para que uses barba —continuó —Tal vez hay en tu pasado algo siniestro, algo que necesitas ocultar.

—¡Tal vez! —gritó Jerry esta vez estentóreamente, sin necesidad, al pensar de Lola, pues la brisa se había calmado.

—Veamos—continuó Jerry —Debes darme una razón plausible para no casarte conmigo sólo porque ando de.....

—Si no usas esa palabra te daré mis razones.

—Entonces ¿en qué quedamos?

—A tí te toca pensarlo. Estoy cansado—dijo Jerry, y la rojiza maraña se abrió en prodigioso bostezo

—Me pasé casi toda la noche en la escena de la batalla para "Rojos y Azules". Voy a dormir un poco.

Y se acostó sobre la gran toalla, protegiéndose los ojos, con el brazo, de los rayos del sol.

LOLA SE sentó a su lado. Abrió

su bolsa de playa y comenzó a maquillarse las uñas. Esta labor parecía ayudarla a pensar, pero ahora, por más que pensaba, no veía una solución para sus amores con Jerry.

Al cabo de un rato observó a Jerry, profundamente dormido. Su barba subía y bajaba suavemente al ritmo de la respiración. Aquella barba odiosa, color de fuego, parecía interponerse al paso de su felicidad.

De pronto sintió un impulso, que inmediatamente desechó asustada. Pero el deseo volvía persistente, una y otra vez, hasta que comprendiendo que no podría resistirlo y tendría que ceder a él, prefirió dejarse vencer al punto.

Inclinada a gatas sobre Jerry, con sus tijeras de manicura comenzó a cortar. Hubo un instante en que se sintió como inspirada, como el escultor que cincela el mármol, y los mechones rojizos cayeron bajo la acción de la tijera desparramándose sobre la toalla. Y al cabo surgió una cara que se sentía ardorosamente tentada a besar.

Lola no pudo darse cuenta de si fué su exclamación al ver el rostro de Jerry libre de aquel aditamento, o que la tijera lastimó la carne del joven.

De todos modos, Jerry se incorporó con una sacudida y se pasó la mano por la barba. Y sus ojos mostraron una expresión de profundo horror.

—¡Lola! —balbuceó —¿qué has hecho?

—Te la corté—repuso ella gozosa. —La moderna Dalila afeitó al nuevo Sansón. Me dijiste que pensara alguna solución y, ya lo ves, la encontré.

Pero Jerry, como demente, corría dando vueltas alrededor de la toalla, lanzando sonidos guturales, entrecortados.

—¡Lola, Lola! —gritó al fin con voz ronca, pasándose siempre la mano por la barba—¡Y yo que tenía que trabajar mañana!

El gozo de Lola se desvaneció al instante. Sus ojos le miraron asustados.

—¡Mañana iba a comenzar "La Epopeya del Oeste"!

—¡Oh, Jerry, en esa película voy a trabajar yo también! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensé darte una sorpresa! Creí que nos divertiríamos.

El atribulado Jerry miraba fascinado la toalla, que más parecía el piso de una barbería.

—¡Vamos! —dijo Lola solícita —Repararé el mal. Te daré todo lo que gane.

—Gracias, pero eso no arregla nada. Para el director Deever solo hay un motivo cuando un extra no aparece, y es que está borracho. Me pondrán en la lista negra.

—¡Oh, nó! Tendremos que hacer algo.

—¡No sé que será! —Y sus palabras terminaron en un gruñido, mientras se ponía de rodillas para recoger casi con ternura aquellos mechones flamígeros, como la madre que recoge los crespos de su primogénito. Después los envolvió torpemente en la gran toalla.

Aquellas fueron sus últimas palabras hasta que se separó de Lola a la puerta de su pensión.

—Buenas noches—dijo alejándose.

EL SITIO escogido para la

Victoria era un lugar caliente ro al siguiente día, como en honor del gentío que invadía, se hizo más cálido aún.

A las nueve de la mañana el calor era tórrido, y a las once, mientras los extras iban y venían por aquellas calles de mentirijillas formadas por los actores, esperando que las cámaras estuviesen listas, comenzó a soplar una fuerte brisa ardiente, enviada del desierto.

Lola había buscado en vano a Jerry entre los centenares de extras, y por vigésima vez trató de hacer un llamamiento a todo su valor para presentarse ante Deever y confesárselo todo. De pronto se sorprendió al ver una figura conocida entre la chedumbre.

Al verla sorprendida e interrogante, un extraño cano le explicó:

—¿Supo lo que le aconteció a Jerry Blane? La damisela le cortó la barba y hoy tuvo que esperar dos horas pegándose la goma de alcohol.

Lola lanzó una exclamación de alegría. Ya se iba a correr hacia Jerry, cuando vio venir a Deever un pañuelo atado alrededor de su roja frente, lo que le daba un aspecto entre árabe y gitano. Era demasiado tarde. La filmación iba a comenzar.

Deever subió a su plataforma y a través de un monóculo de color, para obtener el efecto en blanco y negro, recorrió con la mirada la multitud. Los órdenes comenzaron a resonar roncadas, transmitidas por el micrófono y todo el sistema acústico, al atronador y terminantes.

Las cámaras comenzaban a zumbiar cuando Deever notó algo que casi le suspendió los latidos del corazón.

Algo que parecía un mechoncillo rojizo flotaba en el aire y pasó cerca de ella. Después otro, y otro. Lola lanzó una rápida mirada a Jerry y vio que éste hacía esfuerzos por sostenerse la barba, que se le aparecía con rapidez dejando al descubierto su rostro afeitado. A poco lo que había sido barba estaba había desaparecido enteramente arrastrada por el lido viento, que había derretido la goma de alcohol.

Jerry logró ocultarse detrás de un grupo de extras, y Lola rogó al cielo que Deever no notase la conmoción. Pero de súbito una voz autoritaria surgió por el altoparlante:

—¿Pero qué sucede ahí? ¿Qué ha pasado con esa barba?

Las cámaras cesaron de zumbiar. Jerry se levantó hacia el director.

—¡Señor..... me temo que se ha derretido!

La risa sacudió la muchedumbre de extras y los fotógrafos, pero la voz imperiosa de Deever la cesó al punto con una orden incisiva:

—¡Vaya a mi despacho que quiero verle inmediatamente!

Al dirigirse Jerry, como reo que marcha al patíbulo, hacia el despacho de Deever, Lola se sintió enferma de remordimientos. Era culpa suya. Ella sola era la causante de todo. Tenía que confesárselo a Deever. Haciendo caso omiso de las curiosas miradas de los extras, salió de la multitud y corrió tras él.

El despacho de Deever no era otra cosa que una tienda de lona, pero su presencia parecía impartir una atmósfera solemne.

Lola se detuvo asustada ante la cortina de la entrada. Las voces se oían perfectamente a través de la lona.

—¡Señor Deever, por favor! ¡No me descuide de usted!

—¿Dónde ha estado Ud. en los últimos tres años? —preguntaba implacable Deever.

—Aquí mismo, en Hollywood, usando barba, trabajando en varias películas tuyas. Era el único modo de ganarme la vida decentemente y ocultar mi pasado.

Deever rió irónicamente, amenazador.

—Y pensar que he revuelto cielo y tierra para encontrarle. He usado detectives privados, agentes de los derales.....

LOLA ABRIA desmesuradamente la boca, completamente aturdida. En el pasado Jerry había algo terrible y ella lo había descubierto por su insensatez.

—Está bien—gruñó al fin Deever—Tengo un trabajo para Ud., un trabajo que solo Ud. puede hacer. Naturalmente, no quiero hablar sobre esto aquí.....

Lola no pudo oír el resto, pero era evidente para ella que Deever iba a realizar algún chantaje con Jerry, aprovechándose de su pasado; y de esto ella sabía bien era ella la culpable.

Cuando, pocos momentos después, Jerry salió del fin de la tienda, Lola le detuvo por un brazo.

—¡Jerry! —exclamó —¿qué ha sucedido? Tienes que contármelo todo ahora mismo.

Jerry se esquivó estremeciéndose.

—Lola, mejor es que no hablemos de eso. Prefiero ocultarlo. Sólo te diré que hiciste bien en quitarme la barba; porque ahora voy a desempeñar papeles importantes y, después de todo, podremos ganar unos cuantos dólares. Eso es todo lo que me importa.....

—¡Pero Jerry, ese algo siniestro de tu pasado!

Jerry se detuvo y la miró frente a frente.

—¿Estás segura de que no cambiarás si te digo?.....

—Te lo prometo.

—¿Tampoco te reirás de mí?

—¿Reirme? ¿Y por qué?

—Pues te lo diré—dijo Jerry tomando aliento.

De todos modos, eso terminó. Mi cara ha cambiado. Deever me lo ha dicho y él debe saberlo, pues actué como de subdirector en todas mis películas. Mira, querido, y su faz se sonrojó—quizá recuerdes al Llorón, el niño que llamaban Llorón en las películas. Ese Llorón era yo, y por eso—concluyó—apretándola contra sí—por eso fué que me dejé la barba.

ar ahora en Carrasco, y mi amis.
por Francisco Moreno reapareció en
su vigor. Miré por la habitación.
había muebles, excepto los más pre-
sentes, que se habían llevado allí para
la ocasión. Miré dentro de un cuar-
to que había al lado, y en él descubrí
un catre, especie de cama de campaña,
con algunos pañuelos y otras pre-
ndas de mujer arregladas encima, estaba,
duda, preparado para servir de le-
nupcial. Coloqué al novio en él;
para caer en los brazos de Dolores,
en los de la muerte. Después de un
largo examen de sus heridas, cobré
una esperanza.

La hemorragia había sido enorme; sin
embargo, la principal arteria no parecía
resaca. Estaba débil como un niño, y
no necesitaba algo que le diese fuerza. No
me ocurrió darle otra cosa que lo que
ni mismo me habían dado en casos
similares: una gota de aguardiente cata-
lán. Mi frasco estaba lleno del mejor que
se podía encontrar en la capital, lo puse
entre sus labios, y dejé caer algunas gotas
de su contenido. El efecto fué como
yo esperaba, y como había sido para mí
en igualdad de circunstancias.

El espíritu pasó inmediatamente, lle-
vándose sus venas de sangre fresca; re-
corrió los sentidos y me conoció: «¡Ah,
señor! me dijo mirándome con agrade-
cimiento. ¡Sois vos, vos, quien me hacéis
tanto bien! ¡Decidme dónde está Dolores,
querida Dolores, mi prometida, mi es-
posa! ¡Ah! no, no lo era todavía. Pero,
¿dónde, dónde está?»

—No os inquietéis con eso, le contesté
en una amargura que ni sus muchos
sufimientos conseguían disipar. Ya sa-
bía ella cuidarse.

—¿Pero dónde está? ¡Oh, señor; decid-
me dónde está?»

—Tranquilizaos, don Francisco. No pue-
do estar muy lejos; espero, que podré
contrar a los bribones que se la han
llevado.

—¿Se la han llevado? ¡Oh, Dios! ¡Y
cómo se ha ido él... él!

—¿Quién? ¡Inútil pregunta! Lo sabía
demasiado. Sentía todavía una voz en
sus oídos, una voz que hubiese conocido
entre mil, y que me parecía hacer oído.
A la hora veía que me había engañado. El
señor me había convencido.

—Ese pícaro Carrasco, contestó el ne-
gro. Estoy seguro que ha sido él. Lo
reconocí a pesar de su careta. ¡Lo
llevó Lola; estáis perdida! Y aún más Mer-
cedes; ¡pobre Mercedes!

No quise pedirle una explicación de
aquellas palabras que me parecían tan
ambiguas, y solamente le contesté: «Se-
ñor Moreno, debéis tranquilizaros. De-
jad este asunto en mis manos. Mi deber
es mandar emplear todos los medios para
conseguir el rescate de esas señoritas y
castigar a los viles que se las han lle-
vado. Si Dios quiere vuestra Dolores os
será devuelta.»

—Gracias, gracias, señor. Ya sé yo que
sabréis cuanto podáis, si no por Dolores,
al menos por su hermana. —Su herma-
na! ¿Qué queréis decir con esas palabras,
señor Moreno? ¡Ah, caballero! ¡Si su-
biérais cuánto os ama!

—¿Qué me ama? —¡Ah! Sólo con la
esperanza de veros consistió en ayudarnos
en nuestro plan. Todo esto debía termi-
nar en nuestro viaje a la capital, donde
después de la batalla de Chapultepec,
estaba que estábais. Había oído contar
vuestra valiente conducta en aquella san-
tamente acción y las peligrosas heridas que
habíais recibido, y no podéis figuraros lo
que ha llorado por vos, a pesar del dis-
gusto que la habíais dado. ¡Pobre Merce-
des!

—¿A Mercedes... un disgusto... yo?

Estáis delirando.

—No, señor; sé muy bien lo que di-
go; vuestra conducta para con ella no
se explica; la habéis destrozado el co-
razón.

—Francisco Moreno, explicad bien, por
caridad, qué significan vuestras misterio-
sas palabras acerca de Mercedes.

—Nada puedo deciros que no sepáis
mejor que yo; ¡pobre niña! Ella me lo
ha contado todo, y al servirla de confi-
dente no tenía más que preguntar, puesto
que a ella a su vez la había sido en mis
amores con su hermana. ¡Oh, señor! Ha-
béis sido muy bueno para mí, lo sois aho-
ra; pero, ¿por qué os habéis portado tan
mal con Mercedes? Aunque no deba nun-
ca levantarme de esta cama, no puedo
menos de deciros que vuestra conducta
con ella ha sido cruel.

—¿En qué ocasión, puedo preguntar,
ha tenido lugar esa crueldad? Os estáis
burlando de mí. —Debéis recordar que os
dió una cita en la Alameda, y aun-
que fuisteis y ella os vió, os volvésteis sin
esperar ocasión de hablarla. Después ya
nunca os volvió a ver. Despertar así los
sentimientos de una mujer para abando-
narla después, ¿no es muy cruel? ¿No fué
cruel vuestra conducta?

Una gran sorpresa me impidió res-
ponderle. Había otra cosa que explicaba
mi silencio. En medio de las nieblas que
rodeaban mi alma, descubría al fin la
luz del día.

—No podéis haber olvidado esta cir-
cunstancia, continuó el herido, siempre
hablándome en tono de reconvención. Lo
recuerdo muy bien, porque me llevaba
aquel día un mensaje de Lola que ha-
bía sido lo más cariñoso que jamás me ha-
bía escrito. En ella me prometía ser mía
nada más, y me juraba que antes que en-
trar en el convento consentiría huir;
¡huir! ¿Sabéis lo que eso quiere decir?

Aunque comprendí muy bien la signi-
ficación de aquellas palabras, no estaba
yo en aquel momento en estado de con-
testarle. Tenía, yo, por el contrario, que
hacer otra pregunta mucho más impor-
tante para mí.

—Recibisteis vuestra carta por la ven-
tanilla del coche. ¿No fué la misma que
la escribió quien os la dió? —¡Por Dios,
no! El billete de que habláis era de Do-
lores La que me lo entregó era Mercedes.

¡Qué abrazo tan cariñoso le di a mi
amigo Francisco! ¡Ahora sí que hubiese
podido cuidarle con esmero, o más bien
cerrar sus ojos para siempre! Me había
dado la vida, y al mismo tiempo una
determinación que absorbió todos los im-
pulsos de mi alma. No necesito decir
cuál fué. En menos tiempo del preciso
para contarle, estaba escalonando los pl-
cos de Ixticihuatl en busca de mi perdido
amor, que otra vez volvía a ser Merce-
des.

CAPITULO XXXIV

Los bandidos sitiados.

Lo primero que hice fué buscar el
guía; de otro modo hubieran sido inúti-
les todos mis esfuerzos. El cochero siem-
pre seguía desempeñando este oficio; por
fortuna, había hecho esta excursión otra
vez, en no sé qué otro negocio de rescate,
y conocía otro nido de ladrones todavía
más alto que el que habían escogido para
celebrar sus bodas los desgraciados aman-
tes. Era un gran hueco donde vivía un
famoso carbonero, que, según la opinión
de San Brown, más que en quemar carbón
se ocupaba de aligerar los bolsillos de los
viajeros. Había grandes probabilidades de
que encontrásemos a Carrasco en aquel
escondite o en cualquier otro sitio de
las montañas.

¡Con qué sentimiento tan diferente los
perseguía yo ahora! Tenía tal empeño en
apoderarme de los ladrones, que estaba
resuelto a buscarles sin descanso, aun-
que tuvieran que taravesar todos los
desfiladeros de la cordillera y subir has-
ta el pico de Popocatepetl. Segundo Or-
dax hubiera sido capaz de sumergirme en
su espantoso cráter para rescatar las
cautivas, que una hora antes hubiesen
podido caer en él sin que yo les alargase
siquiera una mano para salvarles!

Todo había cambiado. La herida que
durante seis meses había sangrado, se ha-
bía cicatrizado por completo. Un gran
peso se me había quitado del corazón.
Me sentí libre y ligero, conforme saltaba
por la montaña. Nadie hubiera podido
igualar mi energía en aquellos momentos,
porque era preciso tener como yo tenía,
un poderoso motivo que aumentaba mis
fuerzas considerablemente. Nada podía
compararse el afán que yo tenía por
rescatar a Mercedes Villaseñor. El cami-
no era no sólo difícil, sino muy peligro-
so. De día lo hubiera sido; pero de no-
che lo era mucho más ese trecho en
cuesta llena de piedras. La superficie es-
taba cubierta de arroyos de lava, que, lí-
quidos durante muchos siglos, estaban
ahora congelados, formando una escoria
semejante a la que sale de un horno.
Aquí y allá había diversos árboles y
plantas salvajes, y en otros sitios pare-
cía que la corriente de lava salía en aquel
momento del volcán que tenía en su ci-
ma. Había dos cosas que me contrista-
ban: la oscuridad y la precisión de no
hacer el menor ruido conforme íbamos
adelantando. El menor sonido, una sola
palabra, podía destruir todo nuestro plan.
Yo había dado las órdenes más estrictas
para que nadie hablase ni aún en voz ba-
ja. El único que podía hacerlo era el
guía, para comunicarme sus órdenes, sa-
bíamos muy bien que los bandidos podían
oir nuestras voces, aunque nosotros no
oyésemos las suyas.

Que estaban más arriba que nosotros,
no podíamos dudarlo, por más que no
pudiéramos verlos ni oírlos. Lo creía-
mos así por el terreno que íbamos atra-
vesando, el cual nos conducía a un puen-
te colocado en medio de dos grandes pre-
cipicios, que no era otra cosa que la con-
tinuación de los dos peñascos que se veían
en la casa de más abajo. No veíamos nin-
guna vereda por la que los ladrones pu-
dieran haber huido. Estábamos seguros
de encontrarlos arriba. Nuestra empresa
prometía encontrar su recompensa. Los
ladrones no podían figurarse que los per-
seguíamos, y muchos menos que éramos
soldados del ejército americano. El úni-
co enemigo que podían temer había que-
dado medio muerto.

Seguimos con el mayor silencio, pisan-
do lo más suavemente que podíamos so-
bre la caliente lava. De cuando en cuando
nos parábamos a escuchar. Nos parecía
que oíamos pisadas y el murmullo de
voces; pero no estábamos seguros de
ninguna de las dos cosas. El torrente que
se despeñaba al pie del barranco, en-
viaba su estridente sonido, que llegaba
hasta nuestros oídos. Sin embargo, ya no
podían estar muy lejos.

No sospechando que los perseguíamos,
no tenían motivo para apresurarse, como
no fuera que Carrasco desease llegar más
pronto por su querida Mercedes. Este
horrible pensamiento me heló la sangre
en las venas, haciéndome saltar con una
impaciencia nerviosa. Aunque el sitio
donde nos dirigíamos estaba escasamente
una milla de nuestro punto de partida,
tardamos más de una hora en llegar a él.
Al fin llegamos y lo primero que vimos
fué un fuerte paralelepipedo, proyectado
en una oscura silueta que parecía perder-

se entre el hermoso cielo alumbrado por
la luna. Era una especie de habitación
construida a la ligera con troncos de ár-
boles, muy parecida a las que se hacen en
los Estados Unidos, solamente que ésta
tenía encima una terraza, en vez de res-
baladizo techo de madera que se usa en
mi país. Estaba construida al extremo del
abismo, y su espalda estaba enteramente
unida con el gran peñasco que tenía de-
trás. Sólo una pequeña abertura se veía
por el lado que nosotros llegamos; era
una puerta estrecha, que en aquel momen-
to estaba cerrada. Al poco rato la abrie-
ron por dentro, dejando salir por ella un
rayo de luz, que iluminó la vereda que ha-
bía enfrente. En ella pudimos distinguir
las figuras de varios hombres que hasta
aquí había ocultado la sombra que proyec-
taban las tapias. Los bribones estaban
muy acurrucados, como si en esta posi-
ción sintiesen menos el frío, porque esta
nueva guarida estaba situada en los li-
mites de «tierra fría».

Mientras que la puerta estuvo abier-
ta, pudimos ver varios hombres que se
movían, y entre ellos se destacaba, por su
traje fino y delicado, la figura de una mu-
jer. Su blanco velo flotaba en medio de
las oscuras y fuertes chaquetas de los
bandidos. Estos parecían haber llegado
en aquel momento, y no era posible otra
cosa, atendiendo a la preciosa carga, que
habían traído consigo. Los que estaban
dentro iban y venían; algunos llevaban
antorchas que parecían recién encendidas.
Encendieron una hoguera, que pronto em-
pezó a iluminar con su hermoso brillo
las copas de los altos pinos del bosque que
crecía al extremo del peñasco y daban
sombra a la casa. Aquellos hombres eran
los más inferiores de entre ellos, y no te-
nían sitio en la casa. Pudimos oír las
voces de éstos y de los que estaban den-
tro; pero el ruido de la cascada nos impe-
dían comprender una palabra. No necesi-
tábamos saber nada más para compren-
der lo que hacían. Era muy claro; ¡ha-
bíamos sorprendidos a los bandidos en su
guarida, estaban allí, y con ellos sus víc-
timas! Por primera vez desde que nos
hallábamos en la montaña nos encontra-
mos indecisos acerca de la conducta que
todos debíamos seguir.

Mis impulsos eran entrar en el acto y
concluir el negocio de una vez. En cuan-
to a si saldríamos vencidos o vencedo-
res en la refriega, ni por un momento
dudé del buen éxito que nos esperaba.
Aunque la gente de Carrasco y la nuestra
eran casi igual en número, sabía yo muy
bien que en fuerza, en valor y en armas,
valía cada uno de nosotros por dos de
los suyos. Pero aún cuando hubiese sido
al contrario, mis hombres no se hubie-
ran asustado por eso. En cuanto a mí,
tenía un motivo poderoso, que me anima-
ba hasta la locura; nunca me había senti-
do más valiente. Tal como se presenta-
ba la batalla, nos parecía encontrarnos
en presencia de un pequeño y desprecia-
ble bicho que podríamos aplastar con el
tacón de nuestras botas. Con estas ideas
orgullosas acerca de nuestros antagonis-
tas, mis impulsos fueron comunicados co-
mo por encanto a todos mis soldados. So-
lo esperaban mi orden. Yo no la había
dado por una reflexión muy sencilla, y,
sin embargo, muy fastidiosa y difícil de
resolver. Al destruir aquel insignificante
bicho, se podía hacer daño a la preciosa
carga que había traído, Mercedes y su
hermana.

Este temor nos dejó parados. Mis com-
pañeros comprendieron mis temores y no
tuve dificultad para hacerlos desistir.

Por algún tiempo seguimos ocultos de-
bajo de los árboles desde donde habíamos
visto la casa por primera vez. ¿Quién

puede decir lo que hemos de hacer? Esta pregunta pasó rápidamente por todos nosotros. El sargento tenía una idea.

Era un viejo veterano que había servido en las campañas de Houston y en las campañas de Houston y había adquirido un gran conocimiento del carácter mexicano. «El mejor medio, mi capitán, me dijo acercándose a mi oído, será sitiarnos y obligarnos a poner sus condiciones para rendirse y entregarnos las señoras.

—¿Pero cómo?

—Rodeando la casa, que ya casi tenemos cercada; no hay más que correr un poco la fila hacia el otro lado, y están perfectamente sitiados.

Había un fondo de buen sentido en lo que el sargento proponía. Yo hubiera aceptado en el acto, a no ser por una idea que no necesito explicar. El tiempo era mi mayor enemigo. En aquellos momentos, cada hora me parecía una eternidad.

—No, le dije, es preciso atacarles de una vez; si los dejamos tiempos hasta mañana, nuestra persecución no tiene objeto. Estos señores...— ya os comprendo, capitán; nunca he pensado yo en dejarles con ellos hasta mañana; ¿por qué no empezamos con éstos de fuera, despachándolos primero y luego vamos a los otros?

—Viendo que sus camaradas están prisioneros y ellos sitiados, si esperan salvarse, se darán por muy contentos con entregarnos las señoras, sin haber tocado un solo pelo de su cabeza. Además, continuó señalando a la cima del Ixticuhualt, que se veía perfectamente desde nuestro sitio, ya empieza a amanecer; mirad, capitán.

Dirigí mi vista hacia arriba y, en efecto, una tinta sonrosada apareció sobre la nieve. Era el primer beso de la aurora. Aunque todavía no se veía donde estábamos, había señales de luz en la cima de la montaña. En menos de veinte minutos se veía perfectamente claro alrededor nuestro. Esta idea me decidió a seguir los consejos del sargento; mis órdenes dadas en voz baja a los soldados que estaban cerca de mí, fueron pasando de uno a otro; como por encanto atravesamos el terreno que nos separaba de los bandidos, y caímos sobre ellos, haciendo prisioneros alrededor del fuego mismo donde se estaban calentando. Hubiera sido muy fácil que dentro no lo hubieran notado, a no ser por la descarga de un fusil que hizo uno de ellos al llegar nosotros. El pobre fué bien castigado por su imprudencia, puesto que no pudo ya tirar nunca más. No hirió a ninguno, y él, sin embargo, cayó muerto un instante después, herido por una bala de nuestros revólvers. Los demás se rindieron sin resistencia, y un instante después eran nuestros prisioneros. Los tiros, por supuesto, llamaron la atención de los que estaban dentro, pero, en vez de abrir la puerta, vimos que la cerraban, y ponían detrás una fuerte barricada. Lo comprendimos así al tratar de derribarla.

Mientras estábamos delante de ella fuimos saludados con una descarga desde arriba, porque los bandidos sitiados se fueron corriendo al parapeto de la azotea. Antes que quisiéramos responder a su cariñoso saludo, escondieron sus cabezas, y tuvimos que guardar nuestros tiros, so pena de dispararlos al aire. Mis compañeros participaban de mis temores.

Un soldado había caído herido a nuestros pies, otro se había quedado de rodillas, mientras que otros tres o cuatro habían sido alcanzados por algunas balas, que más o menos los habían causado algún arañazo. Estábamos en una posición completamente expuesta. Derribar la puerta no era cosa de un mo-

mento. Antes de que lo consiguiéramos podíamos estar seguros de recibir otra descarga desde arriba, sin esperanza de poder devolverla, porque ya habíamos visto que el parapeto tenía unas troneras que, aunque muy mal hechas, bastaban para defender la plaza en toda regla. Lo mejor era retirarnos. Había una espesura en que podíamos colocarnos pegados al muro y algunos, por instinto, lo habían hecho así ya.

Pero nos tiraron enormes piedras desde la azotea, y comprendimos que allí no podíamos continuar. No había más recurso que volvernos a esconder entre los árboles, y tuvimos que hacerlo, llevando con nosotros a nuestro herido. No habíamos perdido mucho tiempo; el intervalo de indecisión había sólo durado algunos segundos y antes de que los bandidos hubieran cargado de nuevo sus carabinas, estábamos nosotros en una fortaleza tan buena como la suya.

CAPITULO XXXV

Un bribón bien defendido.

Aunque algo desconcertados, no pensábamos de ningún modo en retirarnos. La dificultad del asalto animaba a mis hombres más y más, como sucede en todos los asaltos de la vida, y la vista de nuestro herido les inspiraba deseos de vengarlo. Afortunadamente estas heridas no eran graves, pero muy suficientes para aumentar su valor. La situación de las cautivas, ya comprendida ahora por todos, era por sí bastante para que a nadie se le ocurriera abandonar el campo, aunque el enemigo hubiese sido cien veces más numeroso. Nosotros seguimos creyendo que los teníamos cogidos, y que era sólo cuestión de tiempo y de estrategia el concluir aquel negocio. Subiéndonos a los árboles obtuvimos una posición mucho más ventajosa, puesto que dominábamos la azotea mejor, y pudimos distinguir todo lo que en ella había.

Como el cielo estaba cada vez más claro, pudimos ver perfectamente las troneras del parapeto. No eran más que unos agujeros formados por las aberturas que dejaban los troncos con que estaba hecha la casa, pero muy a propósito para el caso y evidentemente hechos con este objeto al construir la casa. Esperábamos ver algunas caras detrás, a las cuales pudiéramos dirigir nuestros tiros, pero no vimos nada, ni siquiera una mano. Los bandidos habían ya descubierto quiénes éramos sus sitiadores, y sin duda tenían idea del valor de mis soldados. Por espacio de cinco minutos continuó esa inacción... ¡cinco minutos que me parecieron cincuenta! Pues si estas esperas eran intolerables, me atormentaban lo que no es decible. Estaba yo discurrendo cómo terminaría aquel suplicio, cuando, con gran admiración mía, vi aparecer una figura de hombre detrás del parapeto. Era alto; su oscura sombra se fué extinguiendo poco a poco en la claridad del hermoso cielo iluminado ya por completo por el astro del día. A la primera mirada reconocí a Carrasco.

No puedo explicar lo que me detuvo para no mandar una bala dentro de su cuerpo. Tal vez la sorpresa de su inesperada aparición. Todos mis compañeros parecían participar de mi sorpresa y sentir la misma impresión, puesto que en toda la línea no hubo uno solo que apretase el gatillo de su carabina. Sin duda el jefe de ladrones había calculado esta circunstancia; de otro modo, no se hubiera tan fácilmente expuesto a recibir nuestras balas.

También debía haber pasado el tiempo que debía fiarse de esta primera impresión; este tiempo fué muy corto por cierto, pero antes que pudiéramos repornos de nuestra sorpresa, vimos una blanca cortina que se interponía entre él y nosotros, y que ocultaba casi toda su miserable persona. ¡Una bandera pidiendo tregua!, pensamos todos dejando descansar nuestros fusiles. Un instante después comprendimos nuestro error, al menos respecto a la bandera. Lo que nosotros vimos no era otra cosa que los blancos pliegues de un vestido de mujer, con su hermosa dueña dentro de ellos, por supuesto. A pesar de la escasa claridad que había, pude ver quién era.

Su aparición tan repentina era evidentemente un acto obligatorio, como si Carrasco la hubiera forzado a ocupar aquella posición; me pareció ver sus brazos sujetos al colocarse delante de él. Nuestros fusiles cayeron instantáneamente sobre sus culatas, mis compañeros todos prorrumpieron en un grito unánime: «¡Vergüenza!» Había, en efecto, motivo para despertar su indignación. ¡Una mujer joven y hermosa sirviendo de parapeto al cuerpo de un bandido! Muchos de ellos se horrorizaban ante la idea del asesinato que hubieran podido cometer.

¡Yo experimenté una emoción particular que ellos no podían comprender, más penosa que la suya, desde el momento en que había reconocido en aquella sombra blanca la hermosa figura de Mercedes! Pude ver también que estaba pálida y que se estremeció al oír la voz de Carrasco, que dominando el torrente, nos invitaba a parlamentar.

—¡Caballeros! —gritó—. En la oscuridad de la noche no pude saber quiénes érais, como no fuese por vuestro modo de acercaros, que me hizo suponer que érais enemigos. Además, desde el momento que os he visto armados de carabinas, he comprendido que sois americanos. ¿No es así?

Yo no habría recobrado la suficiente serenidad para responderle. Mis ojos, mi pensamiento, eran todo para Mercedes.

—¿Qué otra cosa podemos ser? —respondió el cochero que estaba a mi lado.— ¡No creo que eso ofrezca la menor duda!

—¿A qué habéis venido aquí?

—Para apoderarnos del peor asesino de México, que es lo que sois vos, señor capitán Carrasco.

—¡Hola, amigo! Pues os habéis equivocado por esta vez. Parece que me tomáis por el famoso Carrasco, y a mí gente por una cuadrilla de ladrones: No somos semejante cosa, os lo aseguro. Únicamente una partida de patriotas, que amantes de nuestro país, hemos continuado defendiéndole, como sabéis, hasta que nuestro gran ejército se ha visto obligado a abandonar el campo. ¡Por Dios, señores americanos! Nadie menos que vosotros debe censurar semejante conducta. ¡En este momento nos recocemos vencidos, aunque solamente sitiados; pero como no tenemos víveres en nuestro castillo conoceréis que soy muy cándido al confesario, y como nos vemos impotentes para defendernos de vuestro conocido valor, hemos resueltos capitular. Lo más que pedimos es una honrosa rendición. ¡Rendición! Esta palabra sonó muy dulce a mis oídos por una sola razón: prometí la salvación de Mercedes.

—Veamos, caballeros, prosiguió el jefe de ladrones. Decidme vuestras condiciones, y permitidme que os suplique que no seáis demasiado severos. Por espacio de algunos segundos me contuve en dar la contestación que pedía, no tanto por la indignación que me causaba la audacia del bandido, como por estar pen-

sando lo que debía contestarle. Con una clase de hombre no hubiera tenido conveniente en entrar en negociaciones, pero con el malvado Carrasco me resolví a entenderme y justamente en aquel momento recordaba la traición que él había hecho en la Puebla. Pensé en Francisco Moreno, tal vez expirando el lazo de nosotros, en mi amigo el artista, que, según todas las probabilidades, debía ser herido por la misma mano. Con estos recuerdos se despertó en mi corazón el deseo de venganza, y, por consecuencia, la prudencia no pudo influir en mi contestación.

—¿Condiciones?, le grité en el tono insolente. Nosotros no hacemos arreglos con gente como la vuestra. Redios, y después esperad tanta clemencia de nosotros, como vosotros tengáis vuestras víctimas.

—¡Mil demonios!, gritó el bandido, por primera vez me reconoció. ¿Sois vos? ¡Vos, santísimo amigo mío, cuyas condiciones he tenido la dicha de presenciar y la pena de interrumpir en la catedral de la Puebla! ¿Puedo preguntarte por qué me honráis tan distante de los paseos generales de la villa?

—Capitán Carrasco, le respondí, si es vuestro nombre, no pienso perder tiempo hablando inútilmente. Os suplico que os rindáis, y pronto.

—Supongamos que no estoy de humor de rendirme, ¿qué haréis? No tenéis que esperar piedad.

—De vos, caballero, no pienso pedir nada. Pues la necesitaréis, a menos que prefiráis la muerte. No tenéis miedo de escapar, absolutamente ninguno, os lo digo con toda formalidad y sin pensar en el triunfo nuestro. Mis hombres están colocados de modo que dominan todos los caminos que conducen a la casa. Están armados con carabinas y revólvers. ¡Dadme razones!, continué casi con amabilidad, comprendiendo ahora que había cometido un error al excitar las iras del bandido. Entregadme vuestras cautivas y yo prometo respetar vuestra vida y la de vuestros compañeros.

—¡Por Dios, qué generoso sois! ¿Es todo lo que podéis prometer, noble capitán?

—No, no es todo, contesté irritado por su insolente discurso. Algo más si no aceptáis las condiciones que os he propuesto vuestra alma estará en la eternidad y vuestro cuerpo colgado de uno de esos árboles; y al decir esto apunté a los pinos que estaban al lado del peñasco.

—No tan pronto, fué la tranquila respuesta. Tardaríais más de diez minutos en forzar la puerta de nuestra ciudadela. No la toméis por una amenaza; pero más que esta puerta sea de madera, es más fuerte de lo que suponéis, señor capitán.

—Pero podemos prenderle fuego.

—¡Ah, no lo haréis, no temo que me queméis, ni me asfixiéis mientras esté en tan buena compañía!».

La sonrisa con que acompañó estas palabras me puso frenético, y al mismo tiempo me hizo sentir la impotencia que me encontraba de realizar la amenaza que tan orgullosamente había pronunciado.

—No necesitamos prender fuego a la casa—fué mi contestación—; ya os cogiremos sin recurrir a ese medio. Mis soldados tienen hachas, son buenos leñadores y saben usarlas; no tardaremos diez minutos en abrir vuestra puerta.

—Abridla —interrumpió el ladrón—, la mitad de los vuestros no podrán entrar por ella. Los que lleguen a entrar presenciaron una escena y que sé, noble capitán, que no será muy agradable.

—¿Qué escena? —pregunté involuntariamente, mientras que un pensamiento horrible pasaba por mi imaginación.

—¡Una mujer, una hermosa mujer, con un puñal en el pecho!

Sentí como si una espada hubiese atravesado el mío. Sabía muy bien que no era una amenaza. Había tanta firmeza en el tono del bandido, que se seguramente cumpliría su terrible promesa.

—«Dejadme que le pegue un tiro, me dijo el sargento al oído. Creo que puedo herirlo sin tocar a la señora.

—¡No, no! —le contesté asustado—, dejármelo a mí.

—¡Por nuestra vida, no disparéis todavía!

—Me quedé temblando, sin saber qué decidir. Yo tenía mi carabina en la mano, y estaba considerando si habría peligro en dispararla hacia donde estaba el bandido. En otras circunstancias hubiera tenido más confianza de tirar como yo quería, pero en aquel momento, mis nervios estaban agitados con las emociones de mi pobre corazón. Fué una crisis terrible. Imposible que Guillermo, Tell estuviera tan trémulo al apuntar su flecha a la cuerda. El bandido comprendió mis dudas. Había algo de insolente ironía en la risa con que siguió su discurso:

—«Ahora, señor «yankee» —dijo sin esperar mi respuesta—, espero que estaréis pronto a conceder lo que os pida; si es así, decid vuestras condiciones y recordad que deben ser suaves, o de lo contrario, me será imposible aceptarlas. No tengo prisa; es asunto demasiado importante para los dos, y para «ella» también. (Al decir esto señalaba a Mercedes). Os suplico que toméis tiempo para pensarlo. Entre tanto nos retiramos y esperamos vuestra respuesta pacientemente».

Dicho lo cual desapareció del parapeto, y según yo creía, esperó en la azotea. La blanca figura de Mercedes desapareció con él, y otra vez dejé de verla, llenándome de angustia y sufriendo todos los tormentos imaginables.

CAPITULO XXXVI

El puente colgante.

Permanecí algunos minutos indeciso. No parecía poder evitarse una desgracia sino accediendo a los deseos del bandido. Imposible hacer fuego a la casa sin sacrificar las vidas de mis soldados, lo cual no quería de ningún modo. Todos ellos estaban, sin embargo, dispuestos al sacrificio; animados por el insultante tono del jefe de los ladrones estaban prontos a saltar hacia adelante arrojando la muerte, y se consideraban felices si conseguían morir vengándose. La cobardía de amenaza sonaba todavía en sus oídos como en los míos.

Nos retiramos detrás de los árboles, y llamando a mi alrededor seis de los hombres más experimentados, empezamos a discutir los puntos de la capitulación. No fueron necesarias muchas palabras. Atormentado como yo estaba con la idea de aquella adorable figura temblando en los brazos del bandido, no perdí tiempo en tomar los consejos de mis compañeros. Como yo presidí la junta, convinieron conmigo en que los ladrones quedarían libres de abandonar la plaza sin temor a ser molestados, pero dejando sus cautivas en nuestro poder. Dejar escapar aquellos bribones después de haberlos tenido en nuestro poder, era un amargo desconsuelo para todos. Nos parecía abandonar el principal objeto de nuestra expedición; pero según el orgulloso tono de Carrasco, creía yo que, si nuestras condiciones eran menos liberales, no las aceptarían, y aún no estaba yo muy seguro de que aceptase las que íbamos a proponerle. Tenía la idea, y lo mismo los compañeros, de que había algún plan oculto, y que trataban de jugaros alguna mala pasada.

En el discurso que nos había dirigido había un no sé qué de ambiguo que no podíamos acabar de comprender. A pesar de su conocido valor, el jefe de los el peligro en que estaba, y la sangre fría que demostraba escasamente podía avenirse con la situación difícil en que se encontraba. Tal vez en aquel momento ejecutando alguna estratagema, alguna cobarde astucia.

Una vez arregladas las condiciones, salió otra vez al puente donde estaba antes, con la intención de comunicarnos a nuestro enemigo. No se veía a nadie, pero supuse que el bandido estaría aquí sentado detrás del parapeto. Grité para llamar la atención. No respondieron; el eco de mi voz solamente repitió entre los peñascos mis palabras. Grité otra vez más fuerte. El eco solamente, mezclando sus tristes sonidos con los gritos de una «caraca», especie de águila, que pasaba sobre nuestras cabezas.

Otra vez dejé oír mi voz, llamando al ladrón por su nombre, y suplicándole oyesse nuestra proposición. Pero no me respondió; ni siquiera una exclamación pudimos oír. Sólo se oía el continuo ruido del torrente que caía debajo de nosotros, y el que producía la «caraca» repitiendo sin cesar sus graznidos; pero dentro de la casa el silencio más profundo, sepulcral, espantoso. No pude soportar mi ansiedad por más tiempo. Di la orden a la mitad de los hombres de conservar sus puestos y cubrir nuestro paso con sus carabinas, y con la otra mitad me dirigí hacia la casa. Dimos una carrera y llegamos a ella. De un salto nos pusimos delante de la puerta. No había prisa ninguna. Podíamos muy bien acercarnos sin temor a que nos molestasen; ni un grito se oyó dentro, ni un tiro salió fuera, ni siquiera una piedra se dignaron tirar desde arriba.

Decidimos no demostrar nuestra sorpresa. La puerta fué asaltada en un momento, y con los golpes de las alfiladas hachas de mis soldados cedió muy pronto, yendo a caer dentro, con fuerte golpe. Entramos en confuso tropel sin la menor oposición, y sin temerla. Contra todas las probabilidades, íbamos preparados a encontrar abandonada la fortaleza, y así fué. Los bandidos se habían marchado, y al huir se habían llevado con ellos sus preciosas cautivas.

Su desaparición se explicaba perfectamente. El medio que habían empleado, para escaparse, así como el camino que habían seguido, estaba delante de nuestra vista. Había otra puerta detrás de la casa, y estaba completamente abierta; miré por ella, y lo comprendí todo perfectamente. Un puente colgante, construido con palos cruzados, se extendía sobre la hondonada; uno de sus extremos estaba sujeto a los postes de la puerta y el otro a un árbol, en el lado opuesto del peñasco. En aquél había dos hombres ocupados en cortarlo; pero en vez de martillos tenían machetes, y vi que estaban pegando en el sitio en que el puente estaba sostenido.

Consiguieron acabar su obra, a pesar de los tiros, que les mandamos para impedirlo. Fué, sin embargo, la última obra de su vida. Los dos rodaron a los profundos abismos que tenían debajo; pero con ellos cayó el puente, cuya destrucción les había costado tan cara. Mezclada con sus gritos sonó una carcajada al otro extremo de los peñascos. Hubiera sonado siempre bien triste para mí, pues

to que salía de la garganta de Torreano Carrasco.

Le vi de pie sobre una altura, cerca de una agreste roca.

No era que la necesitase para defenderse. Estaba tan bien guardado como antes. Mercedes estaba siempre delante de él. Tenía la carabina a la espalda, sin ningún recelo. Cerca de ellos estaba su hermana Dolores, defendiendo, a su vez, y por el mismo procedimiento, a otro de los bandidos.

—¡Hola! —gritó el jefe, dejando de reír y hablando con el tono más insultante. —¡Hola, amigo mío! Habéis hecho muy bien en venir por estas montañas y habéis tardado poco tiempo en abrir la puerta, y, sin embargo, ya véis que habéis llegado tarde; no importa, podéis repetir vuestra visita matutina cualquier otro día y tal vez me encontréis en casa. Entretanto, tengo ciertos negocios importantes que ventilar con la señorita doña Mercedes Villaseñor, que nos obligan a internarnos un poco más en la montaña. Si deseáis verla otra vez, seguidnos, si podéis.

Aquí sonó otra fuerte carcajada, la cual repitieron sus compañeros, que estaban ocultos detrás de los árboles, interrumpiendo así su precioso discurso «Hasta luego, volvió a gritar. ¡Buenos días, capitán! Os dejo con vuestros meritorios mientras que yo voy a disfrutar un pequeño paseo en compañía de la hermosa Mercedes. Quedad con Dios, o si lo preferís, con el demonio».

Al concluir estas profanas palabras se empezó a esconder detrás de la roca, llevándose a Mercedes con él. Con la carabina en la mano espiaba sus movimientos con una ansiedad que no puedo describir. La febril incertidumbre con que el cazador observa los saltos del ciervo, puede dar una idea de lo que yo sentía. Tenía esperanza de que se separaría el cobarde bandido de la hermosa figura que le cubría con su sombra. Seis pulgadas me hubieran bastado para atreverme a disparar; pero no, ni un instante me concedió este difícil prueba. Parecía adivinar mi intención, y no separaba un momento de la suya la hermosa figura de Mercedes. ¡Oh, Dios! ¡Qué suplicio era para mí verla entre sus brazos y esconderse después detrás de la roca!

El otro siguió su ejemplo, tomando a Dolores, y antes que hubiese tiempo de hablar una palabra más, los ladrones y sus cautivas desaparecieron de nuestra vista. Un instante después aparecieron unas diez o doce cabezas entre las zarzas que cubrían el extremo del peñasco, y fuimos saludados por una descarga de otras tantas escopetas. Un soldado que estaba a mi lado delante de las puertas, cayó en mis brazos, y después fué a parar sobre las piedras. Al querer yo cogerle para evitar que se cayese por el precipicio, sentí algo caliente que me salpicaba la cara. Era la sangre que se llevaba la vida de mi compañero, que había sido muerto por la bala de una escopeta. Vi que no tenía en mis brazos más que un cadáver, y que era inútil sostenerle. Se me escapó de mi cayo, y cayó, dando un fuerte golpe, en el agua que teníamos debajo de nosotros.

Mis hombres estaban medio locos de rabia; no era precisa la muerte de un compañero para ponerlos frenéticos. La vista de las jóvenes cautivas, el desengaño causado por la imposibilidad de alcanzarlos después de haberlo creído tan fácil, y más que nada, la treta que nos habían jugado, los había animado a todos con el más cruel deseo de venganza.

No necesito decir si yo participaba de su desesperación; era tal, que ya no pensé siquiera en las consecuencias, y hasta

había perdido la conciencia del peligro. Permanecí en los escalones de la puerta, no y mirando el cuerpo que había caído, sino al otro lado del peñasco, con la esperanza de ver atravesar el bandido, pero dudando al mismo tiempo que el cobarde jefe apareciera. No me cuidaba de evitar las balas que pasaban por cima de mi cabeza, a pesar de ser muy posible que una de ellas me hubiese enviado a reunirme con mi compañero, si permanecía mucho tiempo en el sitio en que estaba; pero no fué así. Un brazo fuerte me cogió por detrás; era el sargento, que me obligó a entrar en la casa, cuyos espesos muros bastaban para defendernos de las balas del enemigo.

CAPITULO XXVII

En busca de las prisioneras.

Durante algunos minutos todos nos quedamos en silencio; era ese silencio particular que reina rara vez entre hombres que nada tienen que decirse. No había necesidad de que ninguno explicase lo que sucedía. Todo veíamos muy claro que habíamos sido engañados, y que los bribones que se habían burlado bien de nosotros estaban tan libres de nuestra persecución, como si veinte millas los separasen de nosotros. Para convencernos de esta triste verdad, no teníamos más que asomarnos al barranco, donde a cincuenta pies de profundidad se veían los blancos y helados copos donde había encontrado su sepultura nuestro desgraciado compañero.

Era inútil que Sam Brown nos dijese que no había medio de cruzar una milla alrededor de nosotros. Bastaba una simple mirada a los peñascos que teníanmos delante cuyo mutuo ceño parecía decir se habían separado disgustados hasta el punto de no reunirse jamás. Una milla en todas direcciones equivale a diez y hasta veinte de un camino regular. Era la perdición de Mercedes.

—¡Oh, Dios! —exclamé, desesperado—. ¡No hay medio de seguirlos.

El ruido del torrente se encargó de contestarme, y la monótona risa del águila, que movía majestuosamente sus alas sobre mi cabeza; ambos parecían burlarse de la impotencia del hombre.

—¡Mil duros —grité bastante fuerte para que pudieran oírme los que estaban más lejos de mí—, mil duros al hombre que nos indique un camino por el cual podamos alcanzarlos!

—¡Por Dios, caballero! —respondió una voz que venía de un rincón, en el cual nadie había reparado—. ¡Por las decimas parte de esa suma vendería yo mi alma, mucho más si al mismo tiempo podía redimir mi cuerpo.

Estas palabras fueron pronunciadas en español. Me volví hacia donde sonaba la voz. Vi que provenía de uno de los prisioneros que habíamos cogido en nuestro primer ataque. El que había hablado procuraba que nos fijásemos en él, tomando las posturas más extraordinarias.

Me dirigí hacia donde estaba, y di orden de que le quitasen las cuerdas que le sujetaban. Hecho esto, le pregunté

—¿Sabéis?

No me dejó acabar.

—Un camino para cruzar la quebrada —dijo el bribón, interrumpiéndome—. Si queréis que os lo indique, tenemos antes que estipular.

—¡Al diablo vuestras estipulaciones! —gritó uno de mis soldados—. ¡Si no lo indicáis, os pegaremos un tiro, lo mismo que a un perro.

La brusca reprimenda con que castigué la oficiosa intervención de mi celoso compañero, hizo su efecto en el bandido.

ro, y me aseguró su confianza, ofreciéndose a realizar su traidora intención. «Señor capitán, me dijo; ya veo que sois todo un caballero, y que se os puede confiar un secreto. ¿Cuánto me dais si os pongo en el otro lado? Porque supongo que no hablábais seriamente al ofrecer mil pesos. Supongamos ciento, y es cosa hecha. No hablo de mi vida, porque claro es que esa condición es indispensable para que yo me decida a prestaros mis servicios.

—Sí, vuestra vida y los mil duros, si en diez minutos nos pasáis al otro lado.

—¡Diez minutos! —contestó el ladrón reflexionando—. ¡Diez minutos es muy poco tiempo para realizar mi plan; diga, me veinte, señor capitán.

—Veinte, pues, si así es necesario.

—Convenido. ¡No creáis que voy a garmarme la recompensa sin peligro, caramba! ¡Voy a jugar mi vida! ¡Silencio, señores! —continuó en tono de autoridad. ¡Hay moros en la costa! Tengo que escurchar un poco, antes de empear mi obra.

El tunante estaba ya libre de sus cadenas y le dejamos entrar en la casa. Lo primero que hizo fué cerrar cuidadosamente la puerta, y colocándose detrás de ella, se pasó escuchando algunos segundos. Yo había dado orden de que nadie hiciese el menor ruido. Nada se oía, como no fuesen los consabidos gritos de la carara y el continuo ruido del torrente.

—¡Está bueno! —dijo al fin—. ¡Los moros se han ido, y la costa está libre!

—¿Libre? —pregunté sin comprender una palabra de aquellos enigmas.

—Sin duda, señor. Mis camaradas se han ido; si queréis cruzar al otro lado, no hay peligro ninguno ahora.

—¿Qué si queremos? Al momento. ¡Decidnos por dónde!

—Vamos.

El bandido se puso sobre unas piedras que servían de asiento en la puerta falsa de la casa, y se arrodilló en ellas. Según mi experiencia, creí que iba a ofrecer una oración por el buen éxito de su empresa; pero comprendí que me había engañado; al verle deslizarse sobre el extremo de la roca, alargué la cabeza y miré. Estaba a mitad del camino, en el peñasco, suspendido de los palos que habían formado, iba bajando rápidamente por ellos. Veinte minutos más, y llegaba al fondo del barranco, donde un estrecho pico de la roca le proporcionaba un sitio donde poner el pie. Al sentirme, se detuvo, miró hacia arriba, y gritó

—¡Hola, señor capitán! Se me ha olvidado decir que necesito que me ayuden. Yo no puedo levantar el puente solo. Es preciso que me deis uno de vuestros hombres, o, mejor, uno de mis compañeros.

—Ya sé lo que intenta —dijo el cochero, que estaba con nosotros como voluntario—; o espera poder coger los palos del puente, o tal vez piense hacernos alguna nueva traición, que no lo creo; pero, por si acaso, capitán, mejor será tener cuidado. Yo conozco a esta gente lo bastante para saber que son capaces de todo.

Antes de que pudiera contestarle, Sam Brown había desaparecido por el mismo sitio que había bajado el bandido. Cuando volví a verle, estaba de pie en el pico que había debajo, y la espuma de la catarata saltaba alrededor de sus tobillos.

CAPITULO XXXVIII

La consumación.

Aunque el sol estaba ya hacia rato en el cielo, en el fono del barranco estaba muy oscuro todavía. Apenas podía distinguir las sombras de Sam Brown y del

bandido. Pensé entonces que este último no podía tener intención de engañar a nadie, al menos a nosotros, y el que hiciese traición a sus compañeros me importaba poco. Esta era una cuestión que él debía tratar con su conciencia, si la tenía. Pasaron algunos segundos sin que pudiese ver ni al cochero ni al salteador. Cuando aparecieron otra vez, estaban en el otro lado del barranco, subiendo por el peñasco, por un camino, que, haciendo zigzag, parecía conducir a la cima. Algunos minutos les bastaron para llegar a ella, y entonces pudimos verlos en el mismo sitio donde habían estado los dos hombres mientras cortaban el puente.

Un poco después los vi alargando primero una mano y luego otra, como quien tira de una soga, y mirando hacia abajo, observé que el puente colgante iba subiendo poco a poco sobre la superficie del agua; gradual y suavemente fué llegando a su sitio, hasta quedar suspendido como una hamaca sobre el abismo, del mismo modo que lo habíamos visto al salir por la puerta de la casa hacía media hora. Después de un corto intervalo, se oyó la voz



del bandido que nos llamaba, animándonos con sus palabras de «seguidme, no tengáis miedo; el puente está perfectamente seguro. Si pasáis pronto, aún podéis llegar a tiempo». No esperé más; fuese o no traición de aquel hombre, terminé pasar y apoderarme del precioso escudo que tan bien había defendido al jefe.

Empecé a cruzar el puente, y mis compañeros me siguieron, quedándose dos o tres al cuidado de los prisioneros.

—Ahora ya —le dije al ladrón en cuanto pusimos pie en el otro extremo—, habéis ganado vuestros mil duros enseñándonos el camino para cruzar. Os doy mi palabra de oficial que os serán pagados, y os ofrezco otra suma igual si nos guiáis al sitio donde encuentre a Torreano Carrasco.

Mis palabras, pronunciadas con el aire más grave y el tono más formal de que

pude disponer; produjeron el efecto que yo deseaba; despertaron la codicia del bandido.

—Bueno —respondió con un movimiento afirmativo de cabeza—. No está más que a un paso de aquí —me dijo más bajo—. Nuestro capitán se cree en salvo porque nadie como no sea uno de nosotros, podía habernos hecho pasar la quebrada. Vamos allá; veinte minutos más, y veréis a vuestra Mercedes.

—Adelante —fué mi respuesta—; guíame hacia ella y pedid lo que queráis después. ¿Qué me importaba a mí el dinero si tenía en mi poder diez mil duros? Es verdad que pertenecían a don Eusebio Viliaseñor; pero, ¿no me los había entregado para rescatar a sus hijas? ¿Y no era éste el empleo que hacía de su dinero? El mexicano pareció comprender mi impaciencia, y con gesto particular y empesivo emprendió su camino, seguido por mis compañeros y por mí. Fué, en efecto, muy corto.

Después de subir por una escarpada roca, llegamos a un espeso bosque, situado cerca de la blanca línea que formaba la nieve. El guía señaló hacia él, haciendo un gesto que indicaba que allí debíamos encontrarle. Había un «rancho» entre los pinos. Al llegar a él podíamos estar seguros de encontrar a Carrasco. Aquel «rancho» era el cuartel general de la cuadrilla y la guarida del peñasco les servía como una especie de baluarte, usado únicamente en los casos de una seria persecución. Los salteadores se habían detenido en él, esperando la luz del día para atravesar con menos peligro el puente colgante. Su verdadero escondite era el «rancho». Así llamaban ellos a una casa situada en el corazón de la selva, donde el mexicano nos aseguró que encontraríamos a su jefe, a sus compañeros y a las hermosas cautivas, que tanto deseábamos rescatar.

—¡Adelante! —grité sintiendo encenderse mi sangre con las palabras del renegado. Cien pesos por cada minuto que economicemos; ¡adelante, adelante!

Sin esperar otra palabra, el mexicano echó a andar por entre los pinos; el sargento le siguió, sin separarse de él un momento. A pesar de verse ya perfectamente, nos quedamos completamente a oscuras. Habíamos entrado en el bosque y marchábamos entre árboles, cuyas ramas nos rodeaban completamente y cuyas hojas formaban sobre nuestras cabezas una sombra espesa que no dejaba penetrar la clara luz del sol. El camino formaba un intrincado laberinto entre los troncos de los árboles que se levantaban entre nosotros, y más diabólicamente intrincado entre los que se habían caído. Hablando con propiedad, no había allí camino ninguno. Nuestro guía nos llevaba por lado diferente del que generalmente usaban los salteadores. Esto lo hacía para evitarnos una emboscada. A no ser que los ladrones hubiesen tomado la precaución de poner centinelas, no había mucho peligro de que nos viesan, y su cariñoso compañero nos aseguraba que no lo tenían por costumbre. Estaba tan seguro que no había centinela ninguno, puesto que los salteadores se consideraban seguros después de haber cruzado la quebrada. A pesar de esta seguridad, nosotros íbamos avanzando con precaución. No era yo quien tenía este cuidado, sino el sargento. Este último no perdía un momento de vista al traidor bandido; le acompañaba con el revólver puesto al lado de su oído, amenazándole disparar si veía el más ligero signo de una segunda traición. El cochero no participaba de estos temores. Conocía mejor la elástica moral de los mexicanos y tenía completa confianza en la fidelidad de nuestro guía,

que tenía un motivo solo para ser fiel contra dos mil para ser fiel.

—Dejadle solo, dijo el malicioso sargento: dejadle que escoja el camino que quiera; estoy seguro que nos llevará bien; mientras no haya nadie que ofrezca más de dos mil pesos, será fiel, y no es fácil que encuentre esa porción en medio de estas montañas. ¡Jadale sin miedo; él nos llevará, donde está Carrasco.

Las conjeturas de Sam Brown fué muy acertadas; ofrecieron, sin embargo, varias peripecias, si bien no fué el pasado causa de ellas. Hizo todo lo que pudo por ganar la recompensa, que le fué entregada. El había prometido varme donde estuviese su jefe, y cum su palabra al pie de la letra. Por su traición conseguí encontrarme frente a mi enemigo y mis compañeros con la cuadrilla de salteadores.

Lectores: quiero evitaros el mal que pasaríais en la descripción del conflicto que acaeció después. Fué tan griento, que no podría menos de dañar vuestro delicado oído; y tan triste, que su recuerdo me haría sufrir de un dolor horrible. Baste decir que la tercera parte de los valientes soldados que me acompañaban en aquella expedición —cuerpo su último sueño bajo las finas penas de Ixticuhuit; los oscuros pinos cantaban sobre ellos sus eternos «requiem». Aún mayor número de enemigos cayó al mismo tiempo, y el resto, incluso su jefe, eligieron escaparse por la montaña. Me importaba ya si Mercedes era libre y mía... Así fué, y yo quedé contento. Los bandoleros, sorprendidos, no tuvieron tiempo de esconder sus prisioneras; las llevarían con ellos. Cada cual tuvo bastante con salvar su persona y destino momento que entré en el «rancho», me quedé con Mercedes. Al sentirla descansar sobre mi pecho, sentí una impresión parecida a la que siente el niño después de haber corrido mucho tiempo en el campo tras de hermoso pájaro, cuando al cogerle estropear su preciosa pluma, consigue al fin estrecharle sus dedos con la misma fe y el mismo entusiasmo que si poseyese un rico tesoro, del cual nada en el mundo podría separarle. Era la primera vez que tenía en mis brazos, la primera vez que oía su voz, y sin embargo, nos parecían los dos la continuación de un amor antiguo, interrumpido por algún desgraciado acontecimiento.

Hablamos como si nuestro cariño hubiera estado santificado por años, por un amor como el nuestro no necesitaba más que una hora para alcanzar el grado más alto de la pasión. En el mismo sitio llamé a Mercedes «mi Mercedes», mientras que ella, en cambio, me dio el cariñoso nombre de «querido». Ya no era «querido Francisco».

.....

Mi amigo Francisco, perfectamente curado de sus heridas, completó la armonía de su boda entre las montañas tan fatalmente interrumpida. Yo no tuve el gusto de presenciar la terminación de aquel matrimonio, que se realizó en la capital, en la iglesia de los Capuchinos, donde don Eusebio, en vez de insistir en que su hija fuese esposa de Cristo dió su consentimiento para que fuera la esposa de Francisco Morán.

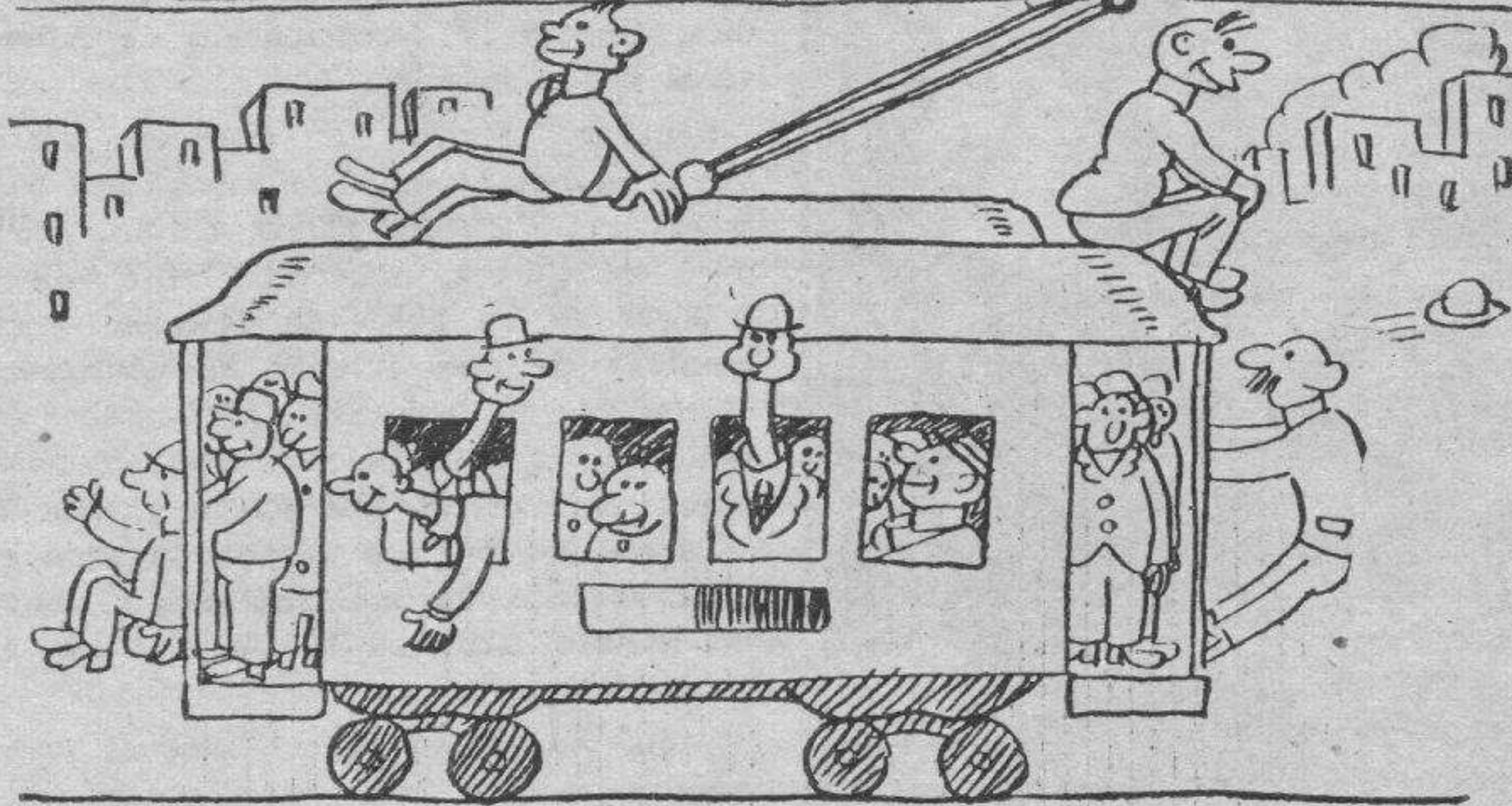
FIN

Viejas postales descoloridas

EL TRANVIA ELECTRICO

en la HABANA

por FEDERICO VILLOCH



El gobierno del general Wood —período de la primera intervención americana de 1900 a 1902— se señala por una serie de grandes progresos, así morales como materiales, que grabaron el nombre de aquella primera autoridad con indelebles caracteres en el corazón de los cubanos. Hizo más el general Wood en dos años, que... Pero no es fiscalizadora la misión de estas viejas postales descoloridas; y dejemos esto, por tanto, para los historiadores de más fuste y sendérisis, como decía el otro; y continuemos adelante con nuestras modestas intenciones. Entre esas mejoras materiales a que nos referimos cuéntase, en primera línea, la inauguración del tranvía eléctrico en la Habana. El público lo tomó en los primeros días como una diversión; algo así como un «tio vivo» de feria; como unos «carros locos» que se metían y corrían por todas partes; despertando la admiración y la risa en calles, barrios y apartados sitios y lugares que habían permanecido hasta entonces en el más profundo letargo; viéndose sumidas en el abandono, como lugares lejanos, barriadas dentro de la misma ciudad y colindantes con su centro de mayor importancia y riqueza: fué como si la Habana se hubiese desdoblado, de un día para otro, en otras tantas Habanas, según se extendieron por ella los raíles de los tranvías eléctricos y como espantadas por el constante y sonoro repiqueteo de sus timbres, las desventajadas «guaguas de Estanillo»; los churriguerescos arrastra-panzas, conducidos por escualidos jamelgos; y los antiguos carritos urbanos

El último carrito urbano, el que salía para el Carmelo de la explanada de la Punta, arrastrado por aquellas «maquintas de cajón», a las que se les llamaba «cucharachas», fué objeto en su postrera noche de una afectuosa manifestación de despedida. Era el carrito que todas las noches, de una a una y media, después de terminadas las funciones de Tacón, Payret y Albisu, llevaba las familias de los espectadores que a ellas habían acudido desde el aristocrático barrio del Vedado. Un tranvía de caballos que se situaba entre el Parque Central y el costado izquierdo del teatro Albisu, y al que se le llamaba el «trasbordo», recogía a este pasaje y lo llevaba a la explanada de la Punta, donde lo esperaba el citado tranvía de la «cucharacha», que lo conducía después al Carmelo: el público culto de damas y caballeros que lo ocupaba por lo general, no tenía reparo en manifestar allí de viva voz sus impresiones, haciendo la crítica de los diversos espectáculos que acababa de contemplar, óperas, dramas, comedias y zarzuelas de gran éxito interpretadas por excelentes compañías; y que eran como las «películas de la época».

Las guaguas y los riperts de Estanillo fueron los primeros competidores de los carritos urbanos; hasta que vino más tarde el tranvía eléctrico; y se anotó la victoria definitiva. Aquellos carritos urbanos venían siendo como una prolongación de nuestros hogares domésticos: se tenía la seguridad de encontrar en ellos, en horas determinadas: en el del Vedado, al insigne filósofo y escritor Enrique José Varona, entonces un buen mozo, no exento de elegancia; a los Alamillas, el padre, don Salvador, agente general de la Transatlántica Española; y su hijo, el que fué después el tan nombrado doctor Alamilla, reputado radiólogo y catedrático de Física de nuestro Instituto de segunda enseñanza; al doctor González Lanusa, siempre con un cuento o un chascarrillo a mano, para solaz de sus amigos etc. etc.; en el de Jesús del Monte, a Manuel Sanguily y su fial e inseparable compañero, el afamado escritor Manuel de la Cruz, autor de «Los Ensayos» y los «Cromitos Cubanos», cargado de libros, periódicos y revistas, entre ellas «Patria», que editaba la Junta Revolucionaria Cubana en Nueva York; en el del Cerro, el doctor Ortiz y Coffigné, Fiscal de la Audiencia; los Jorriñ, Don Silverio y Don Gonzalo; y los hijos de éste, Gonzalito, Juez; y el más joven, Alberto, que murió en la Cabaña, trágicamente, en un desfaso con Duzivil, oficial del Ejército Español; a los hermanos Vieta etc., etc... Los conductores se encargaban por su cuenta de

tocar parada, frente al domicilio de cada uno; y el viajero se podía entregar con todo reposo a conversar con su compañero de viaje, estando además seguro de que no ocurriría durante el trayecto ningún accidente desagradable: los vigorosos caballos no salían de su paso—piano, piano, si va lontano—y el soñoliento cochero—que iba cómodamente sentado en su alta banqueta de madera, al alcance de su mano, colgante del techo de la plataforma, el fresco porrón de amarillo barro, rezumando el agua, filtrada en piedra isleña, de la Zanja Real—sólo tenía de vez en cuando que tocarlas ligeramente en las ancas con el extremo de su larga fusta, para que no se durmiesen en la marcha... Y si el viaje completo duraba tres cuartos de hora; tanto mejor para los novios. Entonces escaseaba el teléfono; no existía el cine, ni por soñación; y había que aprovechar las oportunidades. Cuando la mamá se dormía, el atento conductor la despertaba a su tiempo tocándola suavemente en el hombro; y diciéndole: —Señora, hemos llegado.

Después, con los tranvías eléctricos, ni los novios podían «pegar la hebra»; ni las mamás los «ojos».

Los viajes del medio día, como aquellas horas los pasajeros eran contados, y no tenían prisa en llegar a ninguna parte, eran lentos y calmados; y quien más, quien menos, echaba su «puntica de siesta», desde la loma de la iglesia de Jesús del Monte, o desde las alturas del Cerro.

El público joven que hoy se ríe en el cine, en tono de burla, cuando ve reproducidos los tranvías de caballos en las películas «El Viejo Chicago», «El Antiguo New York» y otros de los años 60, 70, etc. Si entonces hubieran existido los tranvías eléctricos ¿qué fuerza motriz impulsaría ahora los del presente?

El fácil y espontáneo poeta asturiano, Carlos Ciano, pegado a la tradición—y el postalista con él—se preguntaban en uno de aquellos sus leídos romances de la actualidad, que escribía entonces en el DIARIO DE LA MARINA, lo que después del tranvía eléctrico iba a hacerse con tantos cascabeles, colleras, riendas; cinchas, gruperas y demás arreos que usarán las mulas y los caballos de los antiguos coches y carritos urbanos. En verdad que todo ello suponía un inaccesible montaña de cueros y vaquetas; y una manada de cuadrúpedos que no se vieran más numerosas ni en las caballadas de Kentucky: el avance del progreso, que así acaba con los brutos, como con los racionales. Hasta el reloj diríase que había aumentado sus horas, de tal manera vió cada cual ampliado y mejor invertido su antiguo itinerario, lleno de complicados problemas de tiempo, que hasta entonces, casi, no le alcanzaba para nada; pudiendo ahora en cambio almorzar tranquilo; lustrarse las botas; descansar; leer el periódico y llegar a la ho-

ra de ordenanza a la oficina. Todo se encarriló, como el tranvía eléctrico. Nos colocamos a lo menos, en eso, en la línea de las ciudades civilizadas. Subió el valor de la propiedad urbana; las barriadas y pueblos próximos a la ciudad, Vedado, Marianao etc, ascendieron de categoría de inusitada manera; infinitos solares yermos y duras canteras que no «servían ni para los perros», crecieron de valor e importancia y, en su consecuencia, mucho sindigentes de las visperas, empezaron a separar sus pasajes en las más acreditadas agencias de trasatlánticos, para dar su correspondiente paseo al extranjero, como todo millonario que se estima; lo propio que sucederá de un momento a otro, en cuanto los trenes y tranvías aéreos empiecen a desplazar a los terrestres; y así hasta que tropecemos con la constelación de Hércules, hacia donde marcha nuestro sistema y se acabó lo que se daba.

No todos fueron bendiciones para los tranvías eléctricos. La falta de costumbre del público para sortear los peligros que aquellos presentaban continuamente, ocasionaron muchas desgracias; al extremo de ser notable el día en que los periódicos no dieran cuenta de alguna de ellas; por lo que el pueblo empezó a bautizarlos con mote depresivos, como «la funeraria eléctrica» y la «langosta», por las dos antenas que llevaban en el techo—troles—y que saliendo a cada rato de los alambres que le comunicaban la corriente, producían un descomunal y vivo chisporroteo; y una de descargas y estampidos eléctricos, que amedrentaban al pasaje, obligando a muchos timoratos a abandonarlas presas del terror más profundo. Al principio, y cuando era muy numeroso el pasaje en las fiestas y juegos de pelota, llevaban los tranvías a remolque, otro más pequeño llamado «jardinería»; lo que con frecuencia daba lugar a desgraciados accidentes, pues al apearse el pasajero por la plataforma trasera del primer tranvía solía ser alcanzado por el que iba a remolque; como le sucedió a una distinguida dama, cuyo nombre no recordamos al escribir esta postal, que perdió la vida; y al conocido y popular maestro y director de la orquesta del teatro Albisu, Modesto Julián, al que hubo que amputarle una pierna. Señalado era el día que la «funeraria eléctrica» no se apuntaba un estropicio; hasta que nos fuimos civilizando y aminó la «lista negra»; sin que desapareciera por completo, desgraciadamente de la prensa diaria, el sueltico que daba cuenta de aquellos accidentes. Hace apenas unos meses pagó su tributo el viejo y buen amigo del postalista Juan Estable, que gozaba del general aprecio; cayendo en el mismo sitio —Prado y Neptuno—por el que durante años y años estaba acostumbrado a transitar todos los días; lo que demuestra que no vale para librarnos de los ten-

táculos de esa «langosta», ni la experiencia, ni el cuidado.

Todo ello no es óbice, sin embargo, para que se olvide aquel tan fructífero período de la primera intervención americana, que nos trajo, entre otras mejoras, el tranvía eléctrico y el alcantarillado; y con él el uso de los nuevos servicios sanitarios; el pavimento de las calles etc. etc. El tranvía dió origen a varias frases populares que se hicieron célebres: entre otras, aquella que se aplicaba más continuamente:

—«Yo lo conozco, guardia; es motorista».

Y aquella otra, pudiéramos decir, es, en la Corte Correccional uno de los abortos, que aplicaba invariablemente gados de la Empresa, cuando la defendía en alguna acusación de atropello:

—«El tranvía va por su línea».

En el popular teatro «Alhambra» se estrenaron varios apropósitos con motivo de la inauguración del tranvía: «El Tranvía Eléctrico», original del postalista, en que el escenógrafo Miguel Arias reproducía el interior de uno, girando sobre sus ruedas y con todos los detalles del caso; y también se estrenó el sainete «De guardia a Motorista», por cierto del entonces novel autor Agustín Rodríguez, que llegó a ser más tarde uno de los maestros del género.

Y sin embargo, aquello que constituyó una demostración elocuente y ventajosa de progreso, en el espacio de muy poco más de treinta años, ya va resultando molesto; y hasta se piensa echarlo a un lado para sustituirlo por otro sistema de locomoción más eficaz y cómodo; en ese eterno afán de superarse en todos los órdenes que anima a las generaciones modernas; y que sólo el diablo sabe a dónde habrá de conducirnos. El «Tran-bus», «hijo bastardo del tranvía», parece, hasta ahora, ser su heredero.

Poco—como ha enseñado la experiencia—vale la historia de los hombres; pero, por si algo puede pesar en la conciencia de los llamados a dirimir el pleito en cuestión, recuérdese que el tranvía viene siendo «hermano de leche de la República», porque casi vinieron juntos a la vida...

Por la misma fecha empezó a moverse también el Ferrocarril Central de Van Horne. La «más hermosa» dejaba su sueño de criolla llamémosla Indolente, por no llamarla holgazana, que suena mal, aunque es lo propio; y tolo el mundo, estimulado por el ejemplo, empezó a poner en práctica sus planes y sus proyectos. Los tradicionalistas camagüeyanos y orientales—que esta vez no tenían razón—empezaron a ponerle piedrecitas en la vía al Ferrocarril del ilustre canadiense; pero sus locomotoras potentes abrieron toda la válvula; y en menos tiempo del que se creía, irrumpió en la Terminal de Santiago de Cuba el tren expreso de la Habana, que en aquellos tiempos, para satisfacción de los afortunados accionistas de la empresa ferroviaria, iba atestado de pasajeros hasta los topes. Luego vino la carretera central y el tío «Paco» con la rebaja en forma de ómnibus a dos quillos, o algo así el kilómetro. A su tiempo se inauguraba en los terrenos del Arsenal la Estación Terminal de la Habana; y formaban una sola empresa los ferrocarriles de Cuba, transformación que se inició desde los días en que el Lcdo. Arturo Amblard hizo la fusión del ferrocarril de la Bahía con el de Villanueva, el de Cárdenas y Júcaro y otros. También merecen una tarja en alguna parte visible por sus beneficiosas iniciativas Amblard; Tiburcio Castañeda; Van Horne, Steinhart; y sobre todo, el general Mr. Leonardo Wood: aquel hombre, como recordarán cuantos le conocieron, en plena juventud; que frisaba apenas en los treinta y nueve años; de elevada estatura; de aspecto simpático y complexión hercúlea, quien cuando daba la mano estrujaba la del que se la ofrecía; hasta dejársela dolorida... El apretón de manos de la sinceridad.

Y también la mano fuerte, que había sabido guiar, entre los últimos escollos, la nave de CUBA LIBRE, con su casco nuevo; su flamante cordage; ondeando en el palo de popa la nacional bandera; bien abastecida la despensa; sin pesado lastre de deudas; hasta entregársela a sus verdaderos y definitivos poseedores. Y allá va la nave...



Una familia de sirios, resignados y famélicos viajeros de Oriente, que suelen llegar a Jerusalén, donde está el Santo Sepulcro, en busca de trabajo, de pan y tal vez de fe.

HAY en Oriente una palabra que ha sido pronunciada más veces en el mundo, y que en todos los idiomas tiene traducción exacta.

—¡Meshkin!

Es la palabra con que se implora limosna. Ha llegado a Jerusalén, y es la única que resuena en esta calle por donde vamos. Dos hileras de mendigos se han dispuesto a nuestro paso para clamar incesantemente:

—¡Meshkin! ¡Meshkin! ¡Meshkin!

Voy por el camino del Calvario, y es justo que sean hombres implorantes los que me reciban. Los miro de soslayo, y pienso que hay en los mendigos un misterio: estos hombres, estas mujeres, estos niños pertenecen a la raza de Melquisedec, el personaje bíblico que no había nacido de madre, que no tenía padre ni ascendencia y que no tuvo tampoco descendientes carnales. Melquisedec fué sacerdote de esta ciudad, según la leyenda. La ciudad se llama Salem, y a ella no habían llegado aún los judíos. Melquisedec no era hijo de nadie; y estos mendigos tampoco pueden ser hijos de nadie. ¿Cómo concebir que un mendigo tenga madre? Estos mendigos son para mí los eternos sacerdotes de Jerusalén. Y están aquí desde el comienzo de los siglos. Más que conmovirme, me espantan. Y por eso los evito.

Pasan mujeres cargadas con enormes hatos. Pasan los burritos, camino del mercado. Detrás de las hileras de mendigos adivino los negocios: tiendas de telas, de



El sacerdote abisinio dijo melancólicamente: Hubiéramos querido tener al Negus entre nosotros... Aquí está el reinado que jamás hubiera perdido.

cacharros; un taller de zapatero. ¡Un taller de zapatero! Nada más vulgar, y nada más tremendo, sin embargo. Porque aquí, en esta calle, vivió Asheverus, hace casi dos mil años. Asheverus: el zapatero que no quiso permitir que en el zaguán de su casa descansara Jesús. Asheverus dijo a Jesús:

—¡Anda!

Y Jesús le habría contestado:

—También tú andarás. Recorrerás la tierra hasta el fin de los siglos, y cuando tu pie fatigado quiera detenerse, esa terrible palabra que has pronunciado te obligará a ponerte en marcha de nuevo.

Y pocos años después, tras una guerra

JERUSALEN tiene una palabra: "Meshkin!"

en la que perecieron un millón de judíos, empezó la peregrinación de Asheverus por el mundo.

Asheverus anduvo sin descanso, hasta que el mundo conoció una guerra que parecía el fin de los siglos. Cuatro años duró esa guerra. Asheverus quiso volver a Jerusalén en busca de descanso. Pero hombres de otra religión se opusieron. ¡Asheverus no debía abrir nuevamente su taller en la calle del Calvario! Y para impedirlo iniciaron una nueva guerra. Y en todos los pueblos por donde pasa el judío errante, los mahometanos gritan:

—¡Anda! ¡Recorre la tierra hasta el fin de los siglos!

¡Aquí estaba mi taller!—dice el judío errante.— ¡Este lugar es nuestro!—contestan los fieles de Mahoma.— ¡No! ¡Es nuestro!—gritan los cristianos de la iglesia griega.— ¡Nuestro!—gritan los católicos.— ¡Nuestro!—gritan los cristianos de Etiopía.

¡Nuestro! ¡Nuestro! Y este grito se confunde con la imploración de los mendigos: ¡Meshkin! ¡Meshkin!

Pero nadie se apiada de los mendigos. Yo mismo continué avanzando sin conmovirme porque sospecho que esta ciudad no es de nadie.

Vamos del Calvario al Santo Sepulcro. Nos detenemos ante una piedra. Hay, alrededor, muchas lámparas encendidas. Hombres de todas las religiones y de todas las razas han querido poner aquí su luz para iluminar una piedra, nada más que una piedra. El resplandor de las lámparas es uno solo. Símbolo de la unión que los hombres dicen perseguir. Sobre esta piedra fué depositado el cadáver de Jesús antes de ser descendido a la tumba. Una de las lámparas arde con brillo tembloroso. Es la encendida por los cristianos de Etiopía. Los sacerdotes que pertenecieron al imperio del Negus tienen a su cargo, en Jerusalén, la cripta de Santa Elena. Por eso el Negus otro judío errante, anunció un día que deseaba venir a Jerusalén. Un sacerdote abisinio—enjuto,

melancólico,—nos ha dicho:

—Hubiéramos querido tener al Negus entre nosotros. Aquí está el único reinado, el reinado eterno que los hombres hubieran podido arrebatarse. Bajo la cúpula de la Basílica está el Santo Sepulcro. Hay que agacharse para descender a él. Un sacerdote griego nos acompaña. Cuando nos hallamos en el sepulcro, sufrimos una decepción. Es un pequeño espacio vacío. Nuestra expresión es de asombro. Nuestro acompañante nos advierte:

—Este no es el Sepulcro. Este es el lugar donde el ángel apareció para decirles a María y a Magdalena: Sé que estáis a Jesús... No está aquí, porque resucitado.

Y nos invita a pasar al sepulcro más cercano. Pero también el sepulcro está vacío. Nuestro asombro se agranda. Sabíamos, al descender, que el sepulcro estaba vacío. Pero ahora, al verlo, no entendemos que pueda estar vacío. Por conquistar los hombres guerrearon durante tres siglos. «Vayamos a la conquista de la Tierra Santa!». Un Papa dió esa orden, y todos los rincones de Europa partieron ejércitos, caravanas que sucumbían a las puertas de Jerusalén, vencidos por el hambre, la peste y el acero.

El sepulcro está vacío. Los sacerdotes griegos cuidan de él. Pero nadie puede decir: «Este vacío es nuestro». Arriba, las lámparas encendidas se hermanan en una sola luz. Pero los hombres no ven que hay muchas lámparas. Y siguen luchando, matándose, para conquistar un poco de vacío.

Vamos al convento de Ratisbona. Allí están las «Damas de Sión». Viven allí dilladas perpetuamente, sin más destino que el necesario para comer y dormir. Turnan en sus plegarias y en su acto de devoción. Muchas de ellas han llegado a Jerusalén hace dos décadas. ¡Veinte años de rodillas! ¿Para qué? Para suplicar a los judíos.

Y, como ellas, suplican los mahometanos en su mezquita, prosternándose abajo, ante el muro de las lamentaciones. Suplican los judíos, de cara a la piedra. Todos piden perdón para sus pecados y para los ajenos. Todos dicen, en lenguas distintas, lo mismo. Todos se acusan: «Hemos endurecido en la maldad. Nos hemos alejado de tus preceptos. Somos culpables y merecemos todo lo que nos

Continúa en la Pág. VEINTINUEVE

...y en el «Muro de las lamentaciones» suplican perdón para sus pecados. Para sí y los demás.



SALLY RAND

la bailarina "de los abanicos" araña a los fotógrafos que la RETRATAN

A estas horas Sally Rand, la famosa bailarina de las danzas desnudas, debe estar convencida de que los aptos de malhumor y violencia «no pagan». Por haberles dado unas cuantas bofetadas y haber producido unos cuantos arañazos en los rostros de dos fotógrafos «amateurs» que la sorprendieron desnuda—o casi desnuda—en el ensayo de una de sus danzas, C. R. Stanford y Hazen Drain la acusaron de asalto ante un juez de Los Angeles, y la artista tuvo que pasar por la experiencia de ir a parar a la cárcel aunque sólo por breve tiempo.

Miss Rand es una muchacha culta y educada—aunque a veces pierda la paciencia—que lee a los clásicos griegos y tiene un concepto bien establecido de la propia filosofía. De unos 30 años y de pelo rubio, se dice que desde que comenzó a bailar su célebre danza «de los abanicos» ha ganado exhibiendo su arte al par que sus desnudeces más de un millón de dólares.

Parece que el furor de Miss Rand, el motivo que le hizo perder los estribos y abofetear a los fotógrafos, no consistió en que la retrataran al desnudo—que ya otros artistas lo habían hecho antes que ellos—sino en el hecho de que lo hicieran sin su permiso. Por lo demás, la muchacha no estaba completamente desnuda sino envuelta en una tenue malla que, cuando tiene de fondo el color blanco, da la impresión de desnudo auténtico. Así no se vulnera la ley y, en cambio, se complace a los clientes.

Peron o es sólo ese caso el que confronta la famosa artista, que como todas las personas que se hacen ricas en los Estados Unidos, tiene que soportar las embestidas que gentes sin escrúpulos y sus menos escrupulosos abogados producen continuamente contra sus fortunas. Otra bailarina que se llama Faith Bacon y que en otra época actuó en Broadway, acaba de demandar a la Rand reclamándole 375.000 dólares y pidiéndole el juez que le prohíba que siga usando sus abanicos de cinco pies, esos abanicos de plumas con los que Sally baila su danza célebre: completamente desnuda, mantiene los dos milagrosos artefactos ante el busto y la espalda y los cambia continuamente de posición, siendo en ese momento del cambio cuando el espectador le está permitido adivinar más que ver sus esculpturas encantos.

La demanda se fundamenta en que Sally Rand le robó a Faith Bacon la idea de la danza de los abanicos. Y «el robo» lo ha explicado la demandante del siguiente modo:

«Yo trabajaba con Earl Carroll—el célebre empresario newyorkino—desnuda. Para no vulnerar la ley tenía que permanecer como una estatua, sin hacer un solo movimiento, porque si una mujer desnuda se movía, ello constituía una indecencia. Si se estaba quieta, entonces no pasaba nada. Pero esa quietud no complacía a Mr. Carroll, que quería que el público me viera desde todos los ángulos. Entonces nos pusimos a considerar que podíamos hacer para saltarnos a la torera la ley. Y finalmen-

te se me ocurrió la idea de los abanicos. Mientras bailaba me cubría con los abanicos, pero en cuanto me quedaba quieta me los cocolaba sobre la cabeza.»

«Al iniciar Mr. Carroll la temporada de 1930 la revista «Vanities» fué un fracaso. Pero cuando la policía suspendió el espectáculo debido a mi danza y subsiguiente el juez me dejó libre y autorizó el «show», las entradas se agotaban todas las noches.»

«Más tarde comencé a bailar la danza en el vodevil y en el elenco había un cómico que tenía una asistente llamada Sally Rand. Ella observaba mi baile y un buen día se puso a bailar la danza de los abanicos. Al principio no me importó porque yo era famosa y ella una desconocida.»

Ahora Faith Bacon, olvidada de todos, quiere que la célebre y popular Sally Rand la indemnice con la tercera parte del millón de dólares que se dice le ha sacado a la danza de los abanicos.

LA BAILARINA DE LOS ABANICOS, ACUSADA DE ARANAR A UNOS FOTOGRAFOS



Sally Rand, la bailarina que ha ganado un millón de dólares con su danza «de los abanicos», llega a un juzgado de Los Angeles, acompañada de su abogado, a responder de la acusación que le hacen unos fotógrafos de haberlos abofeteado y arañado cuando sacaron fotografías de su danza sin su permiso.

UN "OTELLO" DE LOS Angeles, Causa Una Gran Tragedia

El marido que paga en sangre y la mujer que acaso tenga que pagar en dólares.—Martin Snyder, abandonado por su mujer Ruth Etting, conduce a su rival, Myrl Alderman ante su antigua esposa

RUTH ETTING, hace más de tres lustros, era una muchacha campesina que había descubierto que podía cantar—aunque su voz no fuera un prodigio—y que había llegado a Nueva York con la cabeza llena de ilusiones. Otras con tantas condiciones como ella fracasaban a diario, pero Ruth encontró en su camino a Martin Snyder, «El Coronel», que estaba en el negocio de «shows», sabía hacer publicidad y la tomó bajo su ala.

Como ocurre con frecuencia en estos casos, la muchacha linda y rubia y el agente de prensa avisado terminaron por casarse. Y

a punta de pistola, y ya ante ella le aloja una bala en el abdomen.—Snyder confronta una sentencia de 3 a 50 años de cárcel, mientras que su ex mujer Ruth, ha sido demandada por \$150.000.

Ruth Etting fué ascendiendo toda la escala del éxito hasta llegar a Hollywood e intervenir en la filmación de películas. Pero su marido era bastante más viejo que ella y la popular artista se tropezó un día con el pianista Myrl Alderman, que pasado algún tiempo le juró adoración.

Mientras vivieron en Nueva York, Snyder se mostraba siempre como marido celoso, que no dejaba a su mujer ni a sol ni a sombra. Lo mismo cuando actuaba en la escena que cuando cantaba por radio, allí estaba siempre «El Coronel», dispuesto a lanzar miradas furibundas sobre el primero que se atreviera a



En los momentos en que Ruth Etting salía del juzgado de Los Angeles donde había testificado contra su ex marido Martin Snyder, que en su presencia atacó a tiros a su nuevo amor, Myrl Alderman, Max Gorman, en nombre de la ley, le presenta la demanda que contra la conocida cantante de «blues» formula Alma Alderman, ex esposa del pianista herido. El bálamo que solicita la rival preterida es solamente de 150.000 dólares.

posar sus ojos sobre la artista o a decirle alguna galantería.

Hace poco más de un año Ruth sorprendió a su marido con una declaración increíble:

—«Moe»,—parece que le dijo.—Ya no te quiero, acaso nunca te quise y en cambio estoy enamorada de otro hombre. Ha llegado el momento de que sigamos sendas distintas...

El coronel se sintió tentado de responderle reprochándole su ingratitude. El la había hecho. A él se lo debía todo. Si no lo hubiera encontrado a él en su camino, lo más probable hubiera sido que hubiera tenido que retornar a su localidad provinciana derrotada, extenuada, infeliz para toda la vida.

Pero el orgullo lo venció:—Está bien—le dijo—si ese es tu deseo...

Se separaron, y ella se divorció de él y se unió al otro. Y él, incapaz de odiarla a ella, se dedicó a odiar al hombre que le había quitado el cariño de su mujer...

Aquel odio se fué agrandando hasta convertirse en una hoguera inextinguible, devoradora, mortal. Mientras él, que había invertido su juventud en adorarla y agasajarla, se consumía ahora solo, viejo y triste, ellos eran felices no sabía donde, pues su ex mujer llevaba su crueldad hasta negarle el consuelo de su sola presencia.

Snyder, decidió a terminar con aquel martirio, acudió un día a la estación de radio de Los Angeles donde Alderman tocaba, y a punta de revólver lo obligó a que se metiera en su automóvil y lo condujera a la casa de campo donde vivía con su ex mujer. Luego, ante su vista horrorizada, hizo dos disparos contra él, uno de los cuales le atravesó el abdomen.

Creyéndolo muerto Snyder se dirigió a la casa de un amigo, le contó lo que había hecho y le pidió que llamara a la policía.

Felizmente, el pianista había sido solamente herido, y la lesión que en un principio se estimó peligrosa, solamente lo mantendría unas semanas en cama. Mientras tanto Snyder, a quien se le señalaron 50.000 dólares de fianza para disfrutar de libertad, continúa en la cárcel al no haber podido prestarla. La acusación de secuestro y lesiones que contra él ha formulado el fiscal, hace posible, bajo las leyes de California, una sentencia de tres a cincuenta años de reclusión.

El fiscal del episodio, al menos en su etapa actual, ha traído a escena otro personaje, que no es otro que la esposa divorciada de Alderman, casado tres veces. Alma Alderman le reclama a la antigua protegida de Snyder, hoy la artista opulenta, un bálamo de 150.000 dólares por haberle arrebatado el amor de su ex marido. A ello ha contestado el abogado de la cantante con la afirmación de que su matrimonio con Alderman nunca fué legal debido a ciertos tecnicismos de la ley que no vienen al caso. De todas maneras el asunto está dando motivos para que los periódicos más o menos escandalosos de todo el país, llenen sus páginas con las fotografías y los relatos de los actores de esta tragicomedia.



Leer recientemente un libro titulado «La Résurrection des Villes Mortes», en el que se resume el estado de las actuales excavaciones arqueológicas, fijó mi atención la siguiente frase: «Nunca se ha viajado tanto en el mundo como en el período comprendido entre los años 4000 y 3000 antes de Jesucristo». Los sabios son implacables; esta frase acaba de golpe con el orgullo y la vanidad de los turistas modernos, que creen que nadie ha viajado antes que ellos y que los hombres de los siglos preteritos eran gentes apegadas a sus habitaciones como la lapa a las rocas, y a quienes estaba vedado el placer de la agitación.

Es cierto que esos antepasados milenarios no viajaban por gusto, y que la necesidad era la principal razón de sus desplazamientos. Cuando los arqueólogos modernos descubren, mediante indicios aparentemente insignificantes—un trozo de alfarería, por ejemplo,—la prueba de relaciones, de intercambio comercial entre Egipto y México, entre Palestina y África del Sur, hace seis o siete mil años, es evidente que no se debieron a las «agencias de viajes» ni a pura curiosidad, sino al deseo de adquirir mercaderías indispensables para la vida o nuevas fuerzas que pudieran ayudarlos a luchar contra numerosos adversarios. En torno y a través de las mesetas centrales de Asia, que formaban una especie de «mar seco», el paso de pueblos se sucedió interminablemente durante siglos, del mismo modo que hoy la humanidad cruza el Mediterráneo o el Atlántico. Y dentro de cuatro o cinco mil años, probablemente nuestras agitaciones no serán mucho más reales y nuestros sucesores creerán que ignorábamos todo de los viajes.

Pero el viaje puede tomar aspectos tan distintos, que es difícil decir dónde empieza y dónde termina.

Recordaba, al extremo opuesto a estas migraciones en masa, un pasaje divertido de las cartas de La Fontaine a su mujer: «La fantasía del viaje—decía—había entrado en mi espíritu poco antes. Hacía quince días que no hablaba más que de ir a Saint-Cloud o a Charonne, y estaba avergonzado de haber vivido tanto sin ver nada, lo que ya no se me podrá echar en cara, gracias a Dios». La Fontaine emplea aquí los recursos de su ironía a costa de los agitados de su tiempo, pues Saint-Cloud y Charonne se hallaban, en esa época, a una hora de París, en carroza, y además, cuando escribía esta carta, no estaba a más de 200 kilómetros de la capital. El viaje que entonces realizaba no lo hacía por gusto; acompañaba a un pariente que la autoridad del rey desterraba a provincias por algún tiempo. En cuanto a haber vivido sin ver nada, sus inmortales fábulas demuestran que vió, y vió bien, muchas cosas.

El viaje depende de la idea que de él se forma y de sus consecuencias; la distancia no cuenta o representa un elemento menos importante de lo que en general se supone. A veces quien no se mueve de un sitio viaja mucho más que otros que atraviesan el mundo, pues, como dice con razón un escritor contemporáneo, «lo esencial en el viaje es el viajero».

No opinan lo mismo la mayoría de los que viajan o creen viajar. Esperan todo del exterior, y al mismo tiempo, pretenden no modificar en nada sus costumbres y sus inclinaciones. Si se reflexiona, esto es lo más extraordinario que hay en los viajes, tal como se realizan en nuestros días, y en la idea que de ellos se forma generalmente.

En el fondo, todos esperan del viaje una aventura, una revelación y hasta un milagro: los países nuevos deben, induda-



«LA LLEGADA DE UNA DILIGENCIA», por Boilly. (Museo del Louvre).

VARIACIONES SOBRE LOS VIAJES

Por G. Jean Aubry

blemente, modificar y transformar el modo de ver, de pensar y de sentir. Todos sueñan en escapar a sí mismos, en liberarse, en metamorfosearse en otro ser, en descubrir en sí mismos recursos nuevos e insospechados. Y si, por desgracia, falta un poco de agua, un poco de fuego, un poco de pan, se ven perdidos, se rebelan, se indignan. Desean que el milagro o la revelación se realicen, pero sin cambiar en nada sus pequeñas costumbres, sin molestias, sin el menor dolor.

No olvidaré nunca la indignación de aquel inglés que, en una pequeña hostería de montaña, en Córcega, no podía obtener sus tradicionales y cotidianos «eggs and bacon», y se creía por ello perdido entre indígenas tan primitivos como los de Papuasía. Sin embargo, en este cambio debía haber empezado el viaje, para él; pero en el olor de su tabaco, en la forma de su pipa, en el diario que sacó del bolsillo, en la distracción con que miraba el paisaje, reconoció el ejemplo típico del viajero moderno, que quiere cambiar de cuadro, pero no quiere cambiar él mismo, que, según dice, desea escapar a sí mismo, pero se aferra por todos los medios, los más mediocres o extraños. Quizá piensa como el poeta latino: «¿Para qué ir a buscar regiones iluminadas por otro sol? Basta para huir de sí mismo, huir de su país». Pero Horacio no es ya un autor muy en boga; a falta de Horacio, o cuántos de nuestros turistas podría recordarse la frase de Sócrates que Montaigne cita en el capítulo de «La Soledad»: «Declaré a Sócrates que alguien no se había

enmendado lo más mínimo en su viaje. Lo creo fácilmente—dijo—; se había llevado a sí mismo». Basta escuchar las conversaciones de los turistas aun cuando se hallan muy lejos de su casa; lanzan a los monumentos y a los paisajes miradas ávidas, dolorosas y precipitadas; se advierte que temen olvidar lo que han visto y que demasiado a menudo se imponen la obligación de mirar sin deseo de hacerlo. Pero esas miradas se iluminan, se serenán, adquieren una expresión bastante parecida a la de la felicidad, cuando la casualidad los favorece con el encuentro de algún compatriota con quien pueden hablar del país en que viven de costumbre y de las personas que conocen. No han ido tan lejos más que para complacerse en recordar lo que pretendían tener tanta prisa en abandonar.

Es la inconsecuencia humana. ¿No sería más sensato pensar que, aun sin saberlo, los hombres no viajan más que para convencerse de que nada en el mundo puede transformar realmente su propia personalidad y de que con el viaje ocurre en fin de cuentas lo que con los disfraces: no es más que un juego en el que todos cuidan de no empeñarse a fondo?

Hay quienes sienten al disfrazarse un placer real e inagotable, que aprovechan para ello la menor ocasión, el menor pretexto. Recuerdo haber pasado una semana en una casa de campo, en la que todas las noches la mitad de los invitados se presentaba a cenar disfrazada y transformada con los más inesperados y heteróclitos utensilios. Manifestaban extrema ingeniosidad y tenían, a veces, bas-

tante gracia. Es increíble que en una casa de campo se encuentren tantas telas, objetos e ingredientes con los que seres humanos pueden modificar hasta ese punto su indumentaria, su apariencia y hasta su rostro. He de confesar que esos disfraces o más bien la inclinación que revelaban me causaba extraño malestar contra el cual luchaba difícilmente procurando aclararlo. Me pareció, después de reflexionar, que una afición muy viva y muy frecuente a los disfraces revelaba un espíritu poco satisfecho con lo que el destino le había concedido, pero que deseaba, al mismo tiempo, que la transformación fuera duradera y no le impidiera seguir siendo lo que era. Bajo este aspecto el vuelo, se trataba nada menos que de la lucha del hombre contra la fatalidad y el descontento inherente a los descendientes de Prometeo. Puede verse en ello, según la tendencia filosófica, el triunfo de la hipocresía en el placer de parecer lo que no se es, o el triunfo de la cordura, en la demostración del carácter pasajero de nuestros esfuerzos para transformarnos, para adquirir un aspecto, un color, una virtud nuevos, que no se hallan unidos a nosotros más profundamente que esos disfraces endosados y retirados en un momento. ¿Qué sucedería si una potencia superior impusiera repentinamente a esas personas disfrazadas la permanencia del disfraz que supone el disfraz y si tuvieran que seguir viviendo descentradas de ese modo? Se tiembla sólo con pensarlo; contemplarían los viajeros si la misma potencia les impusiera esa transformación, ese cambio radical, que dicen y que hacen creen esperar del viaje. ¿Quién se marcharía, aunque estuviera cansado del hogar y del ambiente en que vive, si se supiera que el destino le reservaba el regresar absolutamente transformado, completamente descentrado? Se arriesga uno mismo y de que el viaje no será para el viajero más que un disfraz entretenido momentáneo, que abandonará cuando se cansa y que no se pegará al cuerpo como la túnica del centauro Neso y que no habrá del ser que es—y con el que se entera bastante bien, a pesar de todo—otro ser extraño.

Seguramente, hay quienes abandonan para siempre su hogar, sus parientes, amigos, para marchar directamente ha-

(Continúa en la Pág. VEINTISIETE)

EL PARACAIDAS

Y SUS Sensaciones de MUERTE

DESCENDIENDO UNA ALTURA DE 5,000 METROS SIN ABRIR EL ARTEFACTO, SE VIVE TODA UNA ETERNIDAD EN TRES MINUTOS.—LO QUE LE PUEDE OCURRIR SI NO CUMPLE CON CIERTOS SIMPLES REQUISITOS INDISPENSABLES.—¿QUIERE USTED HACER LA PRUEBA?—LE PAGAN CINCUENTA DOLARES.

por
**GENE
AUSTIN**

Miembro principal del «Pelotón de Suicidas»

La idea de la cosa era establecer un record de descenso sin abrir el paracaídas, es decir, abrirlo al final de la caída, esperar todo lo posible antes de abrirlo. John Trantum, un inglés, había descendido 5,300 metros antes de tirar de la cuerda de su paracaídas, y yo pensé que podía esperar aún más, tanto más cuanto que ello representaba para mí un premio de cincuenta dólares.

Trantum subió hasta 7,200 metros, se lanzó del avión y abrió su paracaídas cuando estuvo a 1,950 metros del suelo. No obstante, la prueba no iba a ser tan fácil para mí, pues se me pagaba para provocar una gran emoción entre la gente que me miraba desde abajo, aburrida tal vez, y pensando que mejor hubiera sido leerlo en los periódicos. Así, pues, yo tenía que esperar hasta encontrarme más próximo a las tribunas, casi hasta poder divisar las caras pálidas de espanto de los espectadores.

Me lancé del avión cuando estábamos a 6,000 metros de altura y tiré de la cuerda del paracaídas cuando pensé estar a 600 del suelo, pero en realidad, como resultó después, estaba a 1,200, lo que me impidió mejorar el record y me hizo sentir inquieto hasta que el promotor me entregó los \$50.00, diciéndome: «No importa; quedó perfectamente. Me tuvo usted sin respiración mientras bajaba y bajaba, pareciendo que no se detendría hasta chocar con la tierra». Además, me dió unos golpecitos en el hombro, añadiendo que se alegraba muy de veras de no haber tenido que hacer una colecta para enviar flores a mi entierro.

Los segundos son de un valor inestimable

Había bajado ya 4,800 metros antes de abrir el paracaídas, mientras el público pequeño gritaba y volvía la cabeza pensando en que sólo por cincuenta centavos, precio de la entrada, había tenido ya bastante espectáculo. Pero me faltó mucho para establecer el nuevo record, pues quedé con ocho y medio segundos de diferencia, el tiempo necesario para descender 450 metros en un día de calma. Ocho y medio segundos: el tiempo para sacar un pañuelo del bolsillo, comprar una entrada para el cine, o hacer cualquiera otra cosa, aunque para el que viene en descenso, es una verdadera eternidad, viendo la tierra subir veloz, extendiéndose por momentos.

El caso es que al abrir un paracaídas

con retardo es cuestión de tanteo. No hay nada tan científico en este arte, ni instrumentos que indiquen la velocidad de la

caída ni el punto preciso en que debe tirarse de la cuerda antes de que sea demasiado tarde. En ese tiempo hay que

Los primeros 300 metros son terribles. Luego comienzan los saltos mortales y las cabriolas en el espacio. Para abrir el paracaídas tiene que estar en posición horizontal, porque si no el tirón es tan tremendo «que se le pueden salir los zapatos».

pensar en dar al paracaídas tiempo para abrirse, y también, sin que uno pueda contarlos, en si se abrirá o no. Es necesario pensar en estos «pequeños» detalles, en todo lo que puede acontecer en un segundo. Todo esto mientras se hacen cálculos sobre la rapidez con que la tierra aumenta de tamaño, viniendo inexorable hacia nosotros.

Esperar y pensar

Cuando comienza la caída, el aeropuerto se ve del tamaño de la uña. Al mirarlo otra vez ya parece una pieza de cincuenta centavos. Dos parpadeos más y es del tamaño de un pañuelo, pues nos acercamos a él a razón de 193 kilómetros por hora.

En un par de minutos uno piensa: «Se acerca el momento». Después decidimos esperar un minuto más antes de soltar

(Continúa en la Pág. VEINTISEIS)



EL PLANETARIO

UNA MARAVILLA DE LA TECNICA

A UN recuerdo con placer la impresión que cuando niño dejé en mi ánimo una pintura que si bien ficticia, representaba un bello ideal. Un viejo astrónomo, de luegas barbas, apartaba con su siniestra mano el gran cortinaje que cual telón inmenso, le impedía la visión nocturna de la bóveda celeste; en un pequeño atril el libro sufría el peso del vetusto índice, quien obedeciendo a la escrutadora vista del sabio constataba la exactitud de la carta con la posición real de las luces del espacio.

Yo le contemplaba; tras el amplio ventanal, mi mirada se extendía escéptica; el vasto dominio de lo inmenso era entonces para mí, aunque inaccesible, hermoso y sugestionador.

Más tarde, cuando la noticia clara del mecanismo y sabias leyes que gobiernan esos informes luceros que con ritmo invariable gravitan en el espacio ilustraban mi inteligencia, no era ya alegría la que saturaba mi ser, antes bien una profunda tristeza me hacía preguntarme: ¿Por qué tanto público, y aún gran parte del que se aprecia de culto, ignora tan crasamente las bellezas macrocósmicas?

«Una ciencia, dice Gratry, que se presente rodeada de instrumentos a primera vista ininteligibles, erizada de fórmulas matemáticas, desfigurada por un sinnúmero de palabras altisonantes, envuelta en círculos difíciles de imaginar, y sobre todo emperrada de toda clase de figuras de animales, dioses y serpientes, no es sino una ciencia que decepciona los espíritus». Si a esto añadimos, como anota Villiger, que la enorme luz de las grandes capitales perturbe en parte de noche la visión clara del cielo, que una densa cortina de nubes impida muchas veces contemplar un fenómeno anteriormente previsto, que la lentitud con que se mueven las máquinas celestes excite la impaciencia del que las contempla, y que en fin nuestra misma estrella central nos dificulte grandemente la debida orientación en el cielo y nos imposibilite llegar al conocimiento de las relaciones en el universo, comprenderemos no sólo las causas de la ignorancia pública en dicha ciencia, mas cuán razonablemente el sabio director del Museo de Munich, Sr. Dr. von Miller, se apresurará a idear y llevar a la práctica el modelo sensacionalmente objetivo que despertaría en el ánimo de la cultura pública los profundos sentimientos que inspira tan noble ciencia.

A este fin en el año de 1913 la casa Carl Zeiss se encargaba de construir el modelo de nuestro sistema de copérnico ideado por von Miller (Fig. 1).

En una sala de superficie cilíndrica de

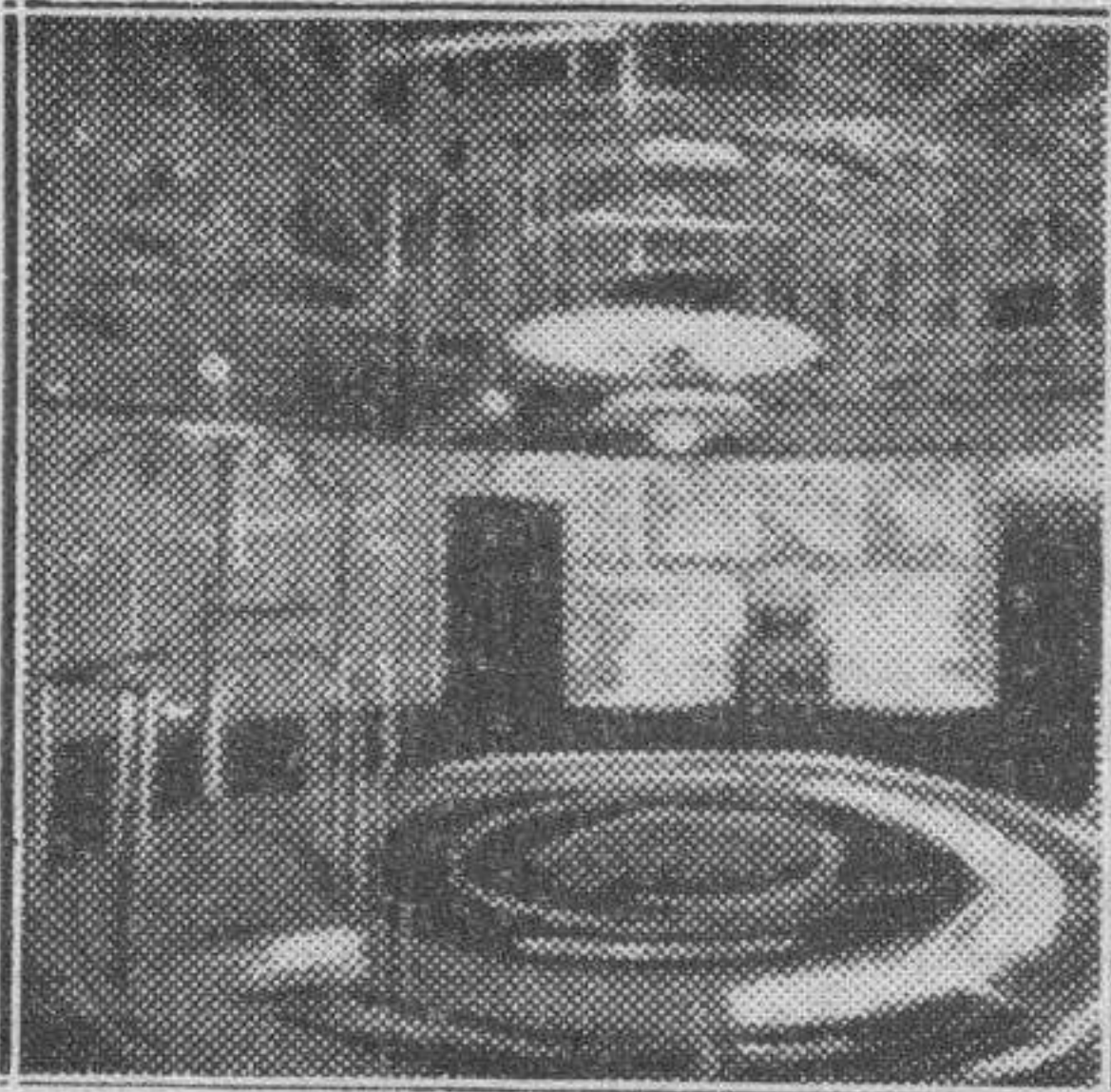


Figura 1: Primer Planetario del Museo de Munich. (V. Miller)

12 m. de diámetro y 2.8 m. de alto se halla dispuesto el conjunto astronómico. El Sol, astro central en medio del techo, está representado por una pequeña esfera de cristal de 22 cm. de diámetro, dentro de la cual se encuentra una ampollita de 300 v. En otras tantas esferas de 4 a 20 cm., Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter y Saturno con velocidades proporcionales a las verdaderas giran eléctricamente alrededor del

Sol. Una tribuna de observación, debajo de la esfera que representa la Tierra, efectúa la vuelta entera sobre el piso en 12 minutos (1 año). En la parte interior de la superficie cilíndrica 180 ampollitas luminicas representan los 12 signos del Zodíaco. El observador situado en la tribuna puede por medio de un periscopio dirigir su vista en todas las direcciones celestes.

Obra tan maravillosa y de tanto valor mecánico no satisfizo al doctor von Miller. Su espíritu idealista fantaseaba la realización del pensamiento de los antiguos astrónomos.

La Tierra, a la cual se uniera una pequeña plataforma de observación, centro de una magna esfera giratoria, donde

miento, de la misma manera que acostumbramos verlas en la naturaleza» (Fig. 3).

Después de cinco años de dura labor, por agosto de 1924, Bauersfeld veía coronados sus esfuerzos, ante la honda impresión de escepticismo que rodeaba su fantástico cielo artificial. En una cúpula de malla construida por el mismo Bauersfeld sobre uno de los tejados de la fábrica Zeiss (Jena) lució esplendente el firmamento. 80.000 personas aproximadamente hasta el año 1926, atestiguan que el instrumento destinado al Museo Alemán de Munich era el único capaz de hacer llegar a las masas populares los secretos de la naturaleza.

Ya desde un principio, una vez apreciados los espléndidos resultados obtenidos, y a base de ricas experiencias, indicaciones y advertencias recogidas por los mismos constructores, conservándose siempre el principio fundamental del aparato, se decidió la construcción de un instrumento más perfecto y de más universalidad si era posible. Carl Zeiss llegó a crear el Planetario que hoy lleva su nombre (Fig. 4).

La brevedad de un artículo no sufre la descripción completa del Planetario-Zeiss; abandonando pues, para ocasión

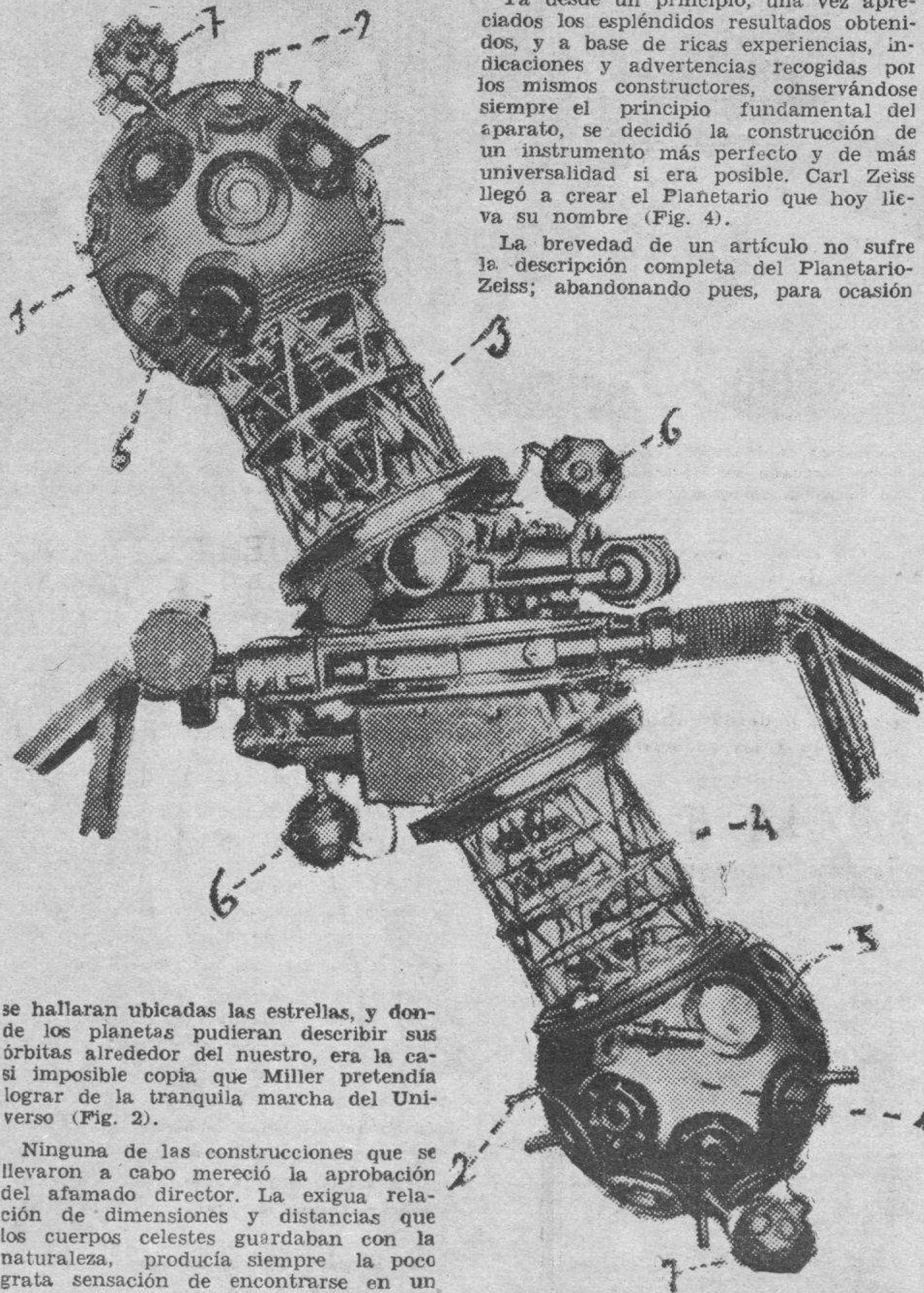


Figura 4: Planetario Zeiss.

mas propicia la exposición científica de sus partes, nos ceñiremos a una somera explicación de este mágico aparato de proyección estelar.

Consta el Planetarium-Zeiss de un andamiaje cilíndrico dividido en dos partes, que rematan en sus extremos con dos esferas de un metro de diámetro cada una. En ambas se han practicado 16 agujeros distribuidos uniformemente sobre su superficie. Cada uno de ellos, cual máquina fotográfica, ha reproducido una negativa de la parte del firmamento que le corresponde; obtenidas las dispositivas han ocupado el lugar de aquéllas, e iluminadas por lámparas de mil v. colocadas en el centro de las esferas, dejan pasar los rayos luminicos representando

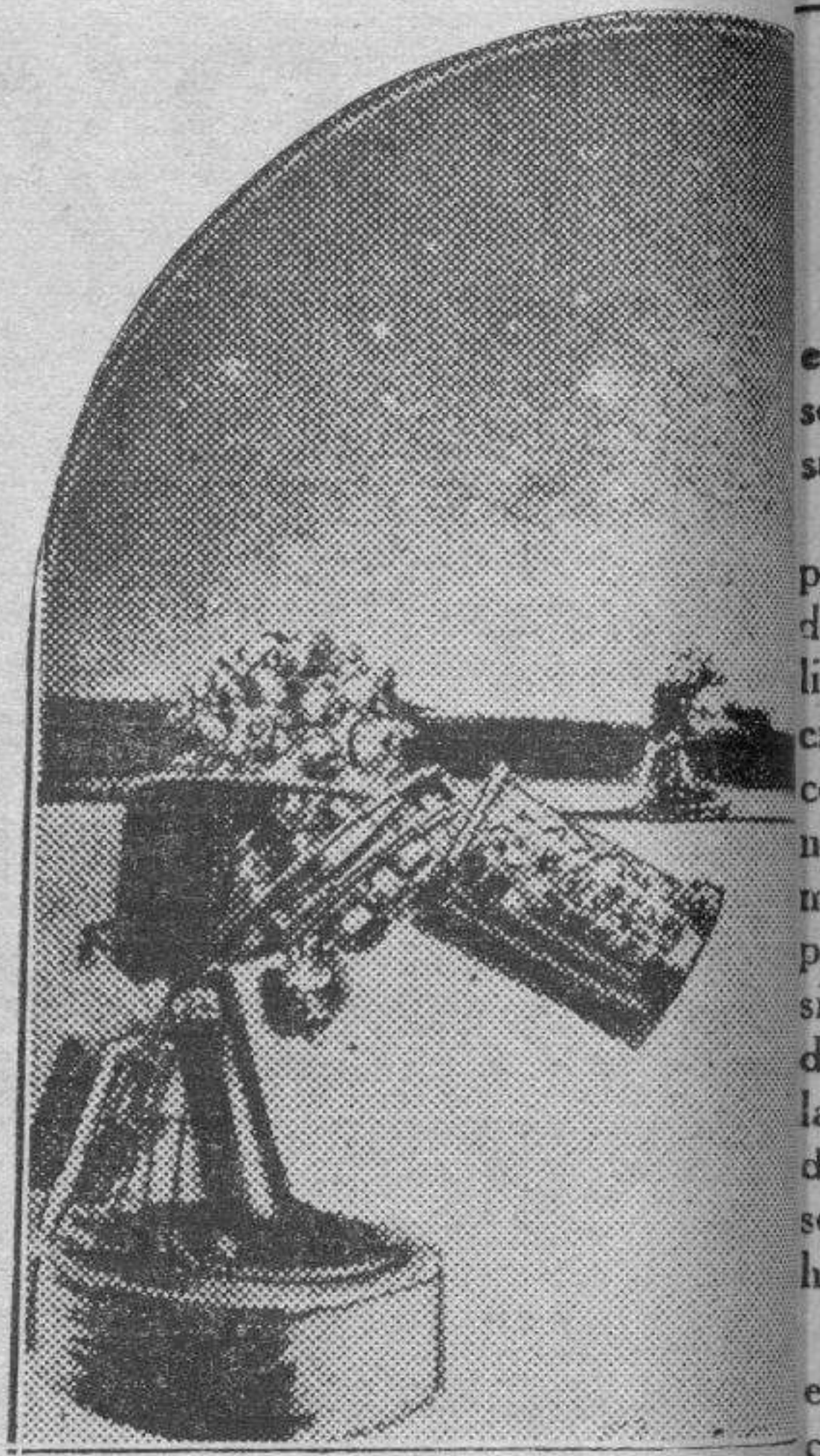


Figura 3: Segundo Planetario del Museo de Munich. (Bauersfeld).

exactamente, en la bóveda artificial, que ellas anteriormente fotografian. Huelga decir, que como en todo aparato de proyección, se halla colocado un condensador entre las lámparas de incandescencia y cada diapositiva.

El conjunto de 1.700 Kg., consta de dichos (1) representan unas 5.400 esferas fijas de ambos hemisferios; a las mismas esferas se encuentran adosados unos como tubitos (2) quienes en número de 18 proyectan las nebulosas, estrellas múltiples y la más luminosa, el Sol. Si a estos objetivos luminicos añadimos aún 36 a fin de representar el firmamento y planetas visibles a simple vista (3), la vía láctea, meridiano (5), líneas ecuatoriales, polos y Zodíaco (6), y otros para determinar la nómina de las constelaciones, movimiento de los polos y la oscilación de los años (7), no sólo quedaremos extasiados al sentirnos capaces de penetrar con nuestra mirada muy dentro de los espacios siderales, sino que podremos por completo la noción de infinito.

Más aún: 7 electromotores a una velocidad regulada por un conductor de corriente eléctrica que soportan regulan los movimientos diurnos, anuales, giroscópicos y de rotación este último sobre el eje del instrumento determina la variación de la latitud geográfica.

Observando además con precisión en el transcurso de pocos días (y de pocos segundos en el cielo artificial) el movimiento de los cuerpos celestes

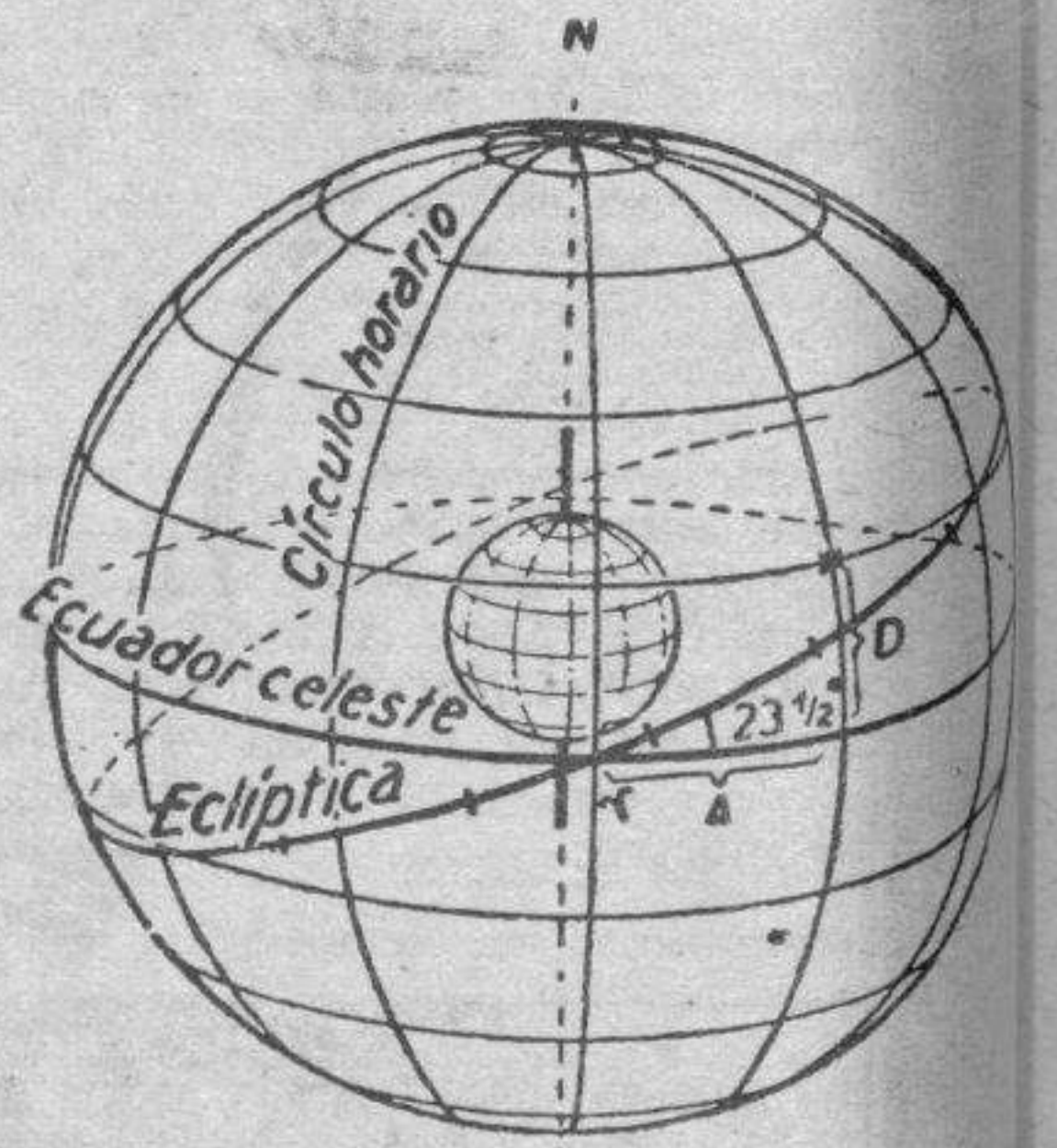


Figura 2: Proyecto irrealizable.

nuestro sistema solar, debido a su mayor proximidad a la Tierra, hubiere variado con relación a las estrellas fijas infinitamente alejadas, se estudió durante un movimiento completamente independiente del aparente diurno de éstas. Esto obedece la disposición de estantería cilíndrica (esqueleto planetario) (Fig. 4) que aparece en el instrumento; ahí se encuentran el Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno y nuestro satélite.

(Continúa en la Pág. VENTICINCO)

DALADIER

ROMPE EN MARSELLA EL FRENTE POPULAR FRANCÉS AL DENUNCIAR A LOS COMUNISTAS

El pacto de Munich, que tan hondas preocupaciones ha tenido en Europa, ha sido causa de que en Francia quedara virtualmente roto el Frente Popular, que llevó al poder al socialista León Blum y que hizo posibles sus discutidas reformas.

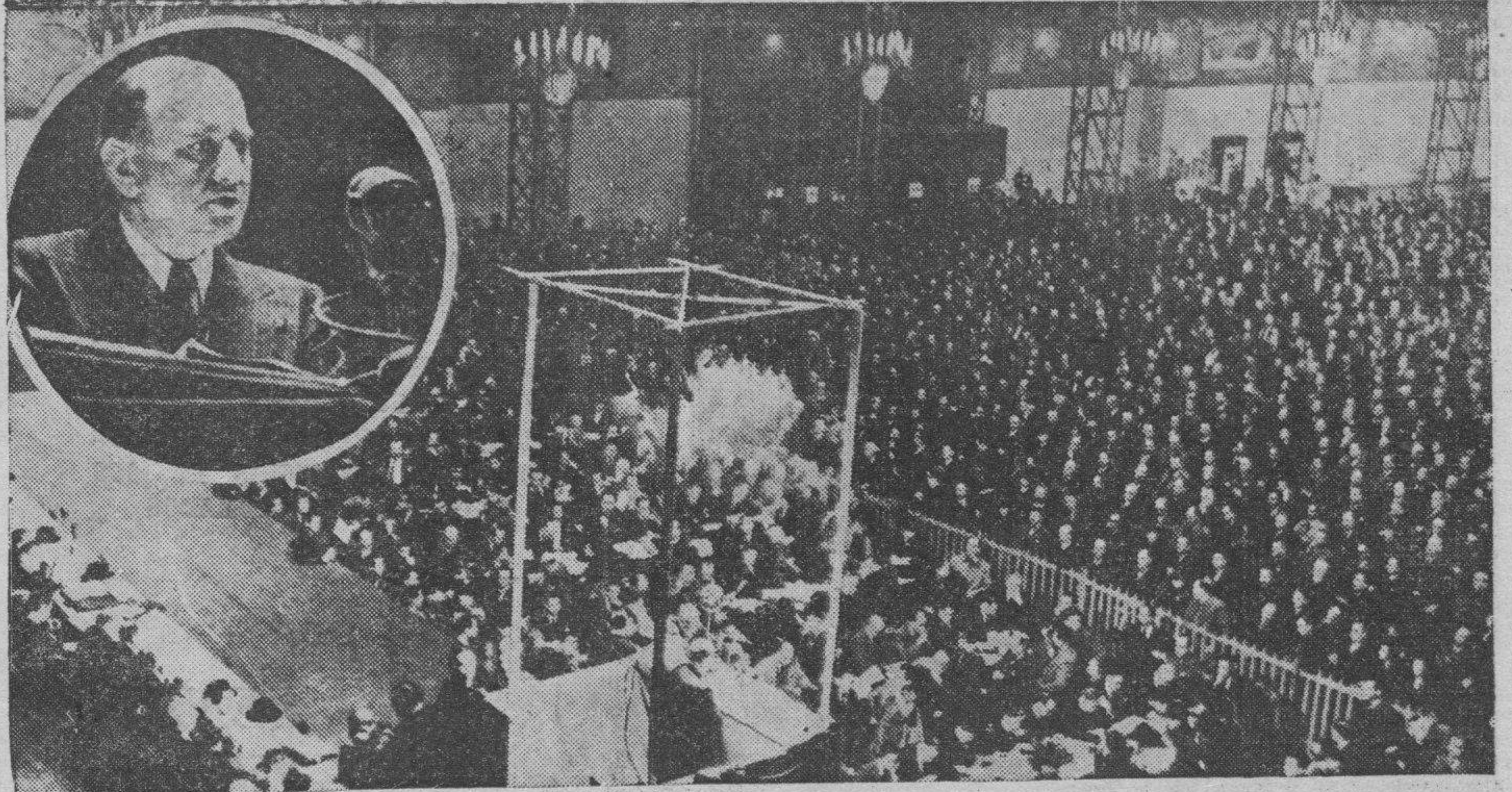
Cuando el 27 de octubre pasado, el premier Daladier pronunció su discurso de apertura del Congreso Radical Socialista, no solamente le dió carácter oficial a la ruptura entre el gobierno y los comunistas, sino que produjo en el seno de su mismo partido, lo que un momento pareció el inicio de un cisma, que pudiera culminar a la larga en la escisión de algunos de sus componentes. Se dice que Eduardo Herriot, presidente de la Cámara, se dirigió al premier después de su discurso en éstas o parecidas frases: ¿"Se da usted cuenta de lo que ha hecho"?

Lo que había hecho M. Daladier, era denunciar con toda acritud, a los comunistas, a los que acusó de haber tratado de obstaculizar la movilización del ejército francés durante la reciente crisis europea, por un lado y de haberse mostrado ciegos a los dictados de la razón, queriendo que la guerra se desencadenara de todas las maneras, por el otro.

Daladier insistió en su discurso sobre lo que ya había anticipado: que un entendimiento entre Alemania e Italia de un lado y Francia del otro, es posible y necesario. Y que él marchará decididamente hacia ese entendimiento, sin regatear esfuerzos.

«Con toda la fuerza de que soy capaz—dijo—declaro que para la civilización europea, para el ideal de libertad, para nuestro país y para la misma Checoslovaquia la situación que prevalece hoy es muy preferible a la que hubiera resultado si no hubiéramos evitado la guerra».

M. Daladier habló de que en septiembre había él pasado, como todo el mundo, por distintos cambios de sentimiento.



Hablando en Marsella, durante el Congreso del Partido Radical Socialista, el premier de Francia acusó a los comunistas de haber tratado de obstruccionar la reciente movilización del ejército francés, mientras se mostraban adversos a todo lo que no fuera la solución de la guerra. He aquí una vista del mencionado congreso, con Daladier, hablando, en el círculo.

Pero añadió no podía permitir que se hable de la capitulación de Francia. Si en Munich se hubiera intentado hacerle aceptar un ultimátum, hubiera regresado a París resignado a la residencia.

De los comunistas afirmó que se había opuesto a las negociaciones querían

EL PREMIER DE FRANCIA ACUSO A LOS ROJOS DE DESEAR A TODA COSTA LA GUERRA, OBSTACULIZAR LA MOVILIZACION Y PROPALAR AHORA LA "ABOMINABLE MENTIRA" DE QUE AQUELLA SOLO FUE UN PRETEXTO PARA OCULTAR LA CAPITULACION ANTE HITLER.—EL PARTIDO APROBO TODOS SUS ACTOS DE GOBIERNO Y EL PREMIER RETORNO A PARIS DECIDIDO A IMITAR AL "TIGRE" CLEMENCEAU.

la guerra a toda costa y votaron contra el acuerdo de Munich, manifestándose de manera tan violenta durante la tramitación de la crisis, que habían puesto en peligro su actuación, atacando con dureza al primer ministro inglés y dedicando toda clase de insultos a los gobiernos con que Francia negociaba. Ahora han hechado a rodar la abominable mentira de que el gobierno francés había ordenado la movilización para de ese modo esconder su abdicación ante Hitler.

Se asegura que el discurso de Daladier, disgustó a mucha gente entre los

ocho mil miembros de su gobierno tales como el ministro de Marina César Campinche, el ministro de educación Jean Zay y el del interior Albert Sarraut. Esos miembros temían que las palabras del premier, aunque dedicadas exclusivamente a los comunistas, fueran tomadas a mal por los socialistas, sus correligionarios, en lo que a las doctrinas de Carlos Marx se refiere. Sin embargo al final del Congreso, y después de que el ministro de Relaciones Exteriores M. Bonnet había expuesto con toda franqueza la política extranjera del gobierno, basada en la entente con Inglaterra, pero favorable a un completo entendimiento con los otros dos poderes que estuvieron representados en Munich, todos los miembros del partido se mostraron sólidamente de acuerdo con su jefe, tanto en lo que respecta a su política exterior de distanciamiento de Rusia, como en el descarte de los comunistas como aliados internos del gobierno.

De ese modo, M. Daladier retornó a París, decidido a manejar los intereses de Francia con la misma mano de hierro que en otra época usara Clemenceau, el Tigre. En su cartera llevaba una serie de decretos contundentes, con los que se prepara a restaurar la industria y las finanzas de la nación gala.

CURIOSIDADES



PENSAMIENTOS

Con excepción de los humoristas, casi todos los hombres son divertidos.

Nunca sabemos la cantidad de amigos que tenemos hasta que nos hacemos ricos.

De oro es el polvo que ciega a todos los ojos.

Siempre el pudor encuentra la manera de exhibirse.

La vida es una lucha continua para el hombre que lleva en sí mismo a su propio enemigo.

El hombre que nunca se equivocó no es el mejor para tener en un cargo de responsabilidad e iniciativa.

FRENTE a las Ojivas de Nuestra Señora de CHARTRES

ATRAVESANDO UNO DE LOS GRANADEROS DE FRANCIA. — RODIN ANTE LA CATEDRAL DE CHARTRES. LA ICONOGRAFIA Y ORIGEN DEL CULTO A LAS MADRES DE CRISTO. LA "CAMISA DE LA VIRGEN".—DILUVIOS DE ESTATUAS E IMAGENES. CUARENTA "PANEAUX" BELLISIMOS.—LOS PRESTIGIOS DE SUS CRISTALES POLICROMADOS

por
**RENATO
Villaverde**

ARRIBA: Un detalle del Puente Viejo de la ciudad de Chartres. ABAJO: Una imponente y bella vista de Nuestra Señora de Chartres, florón preciado de la arquitectura religiosa de Francia.

sanos del Partenón, reconoced aquí obra de vuestros hermanos, de vuestros iguales! De la gran ciencia escultórica al aire libre, los Góticos sabían tanto como vosotros. ¡Ah, Renán! Habéis partido de Bretaña para ir a prosternaros ante el Partenón. El escultor, enseñado por los Griegos, viene del Partenón y a Chartres a adorar la Catedral.

El más grande de los escultores modernos se expresaba así de la Catedral de Chartres. Sus palabras no pueden ser más halagadoras para el monumento de piedra. La compara con la Acrópolis y el Partenón. Dolido echa en cara a Renán, su viaje a Grecia, en un arrebato admirativo muy compatible con el carácter apasionado de Rodin. Estas palabras del extraordinario maestro cincel, son el mejor elogio que se puede hacer a la Catedral de Chartres.

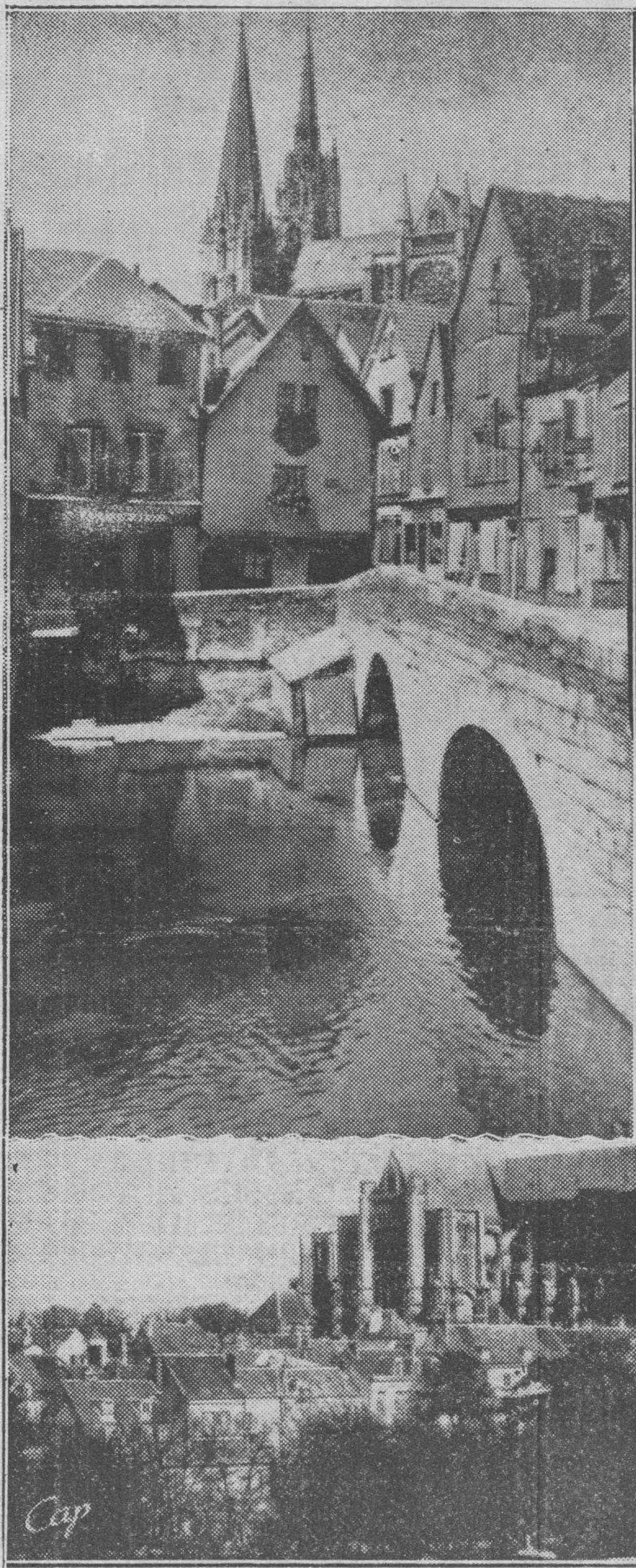
Sin embargo, como en la vida es una cuestión de apreciación, otro gran hombre francés, el inmenso Racine, después de haber hecho una larga visita a Chartres, al solo objeto de conocer la decantada Catedral, resumió su impresión en la siguiente frase:

«La Catedral de Chartres es grande pero un poco bárbara».

A las glorias arquitectónicas que corona la Catedral, puede unirse otra que no va en zaga a sus prestigios de piedra. En sus dominios, por vez primera, se reveló el culto a la Virgen. La imagen de la Madre de Cristo poco después fue imitada en París, en la Iglesia de Santa Ana. Las dos figuras son tan parecidas, guardan una correlación tan estrecha, hasta en sus menores detalles, que con razón se piensa que ambas son obra del mismo artista.

El culto a la Virgen, adentrado en el espíritu de los fieles, siguió extendiendo su popularidad. Posteriormente se instala en Bourges, en Tolosa, y la santa iniciativa gana poco a poco al cristianismo occidental. En Chartres puede hallarse también la base del tipo de la iconografía sobre la teología que, espiritual y alada, repudia la creación de las imágenes.

La devoción a la Virgen de Chartres es tan antigua, que sus orígenes los tenemos que buscar allá por el siglo tercero de nuestra era. Dicen los que dicen que saben de estas cosas, que en la antigua «Civitas Carnotum», existía un santuario levantado cerca de una fuente en el que se veneraba una imagen desvaída, poco precisa en su forma, hasta en la ideología que encarnaba. Los fieles, veían en ella una especie protectora de la familia, de los dominios de las ciudades. Cuando el cristianismo comenzó a ser predicado en Chartres sus apóstoles no se opusieron al culto a la «madona de la fuente», y en él se pretende cimentar la adoración a la Virgen. Entre las cosas curiosas que se admiran en la Catedral de Nuestra Señora de Chartres, no podemos silenciar



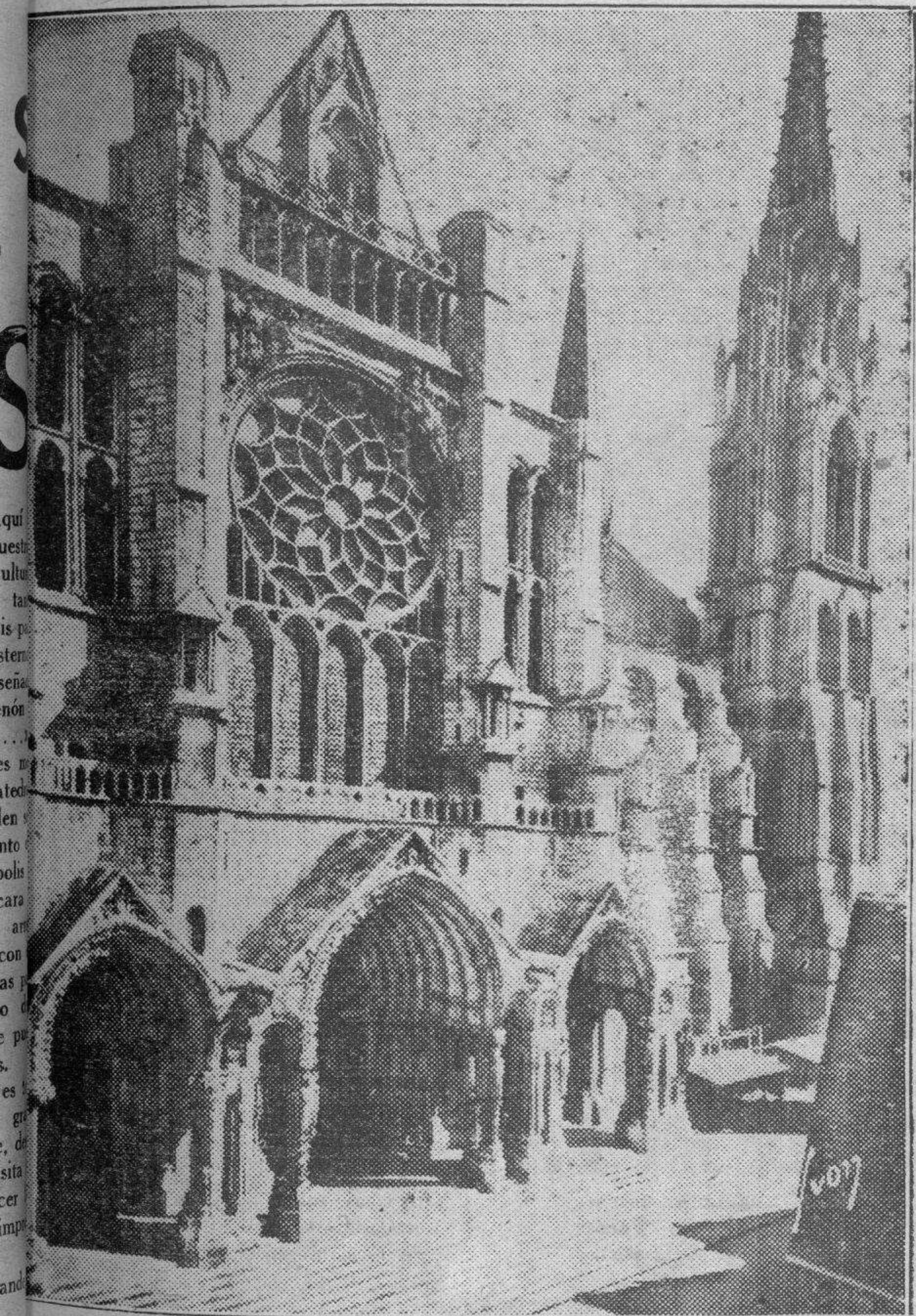
A poco que el automóvil abandona París rumbo a Chartres, el Departamento de Eure-et-Loir nos abre uno de los más importantes graneros de Francia. Los trigales se mueven rítmicos acariciados por los primeros vientos otoñales. Ya, más adentro, cerca del objetivo de nuestra escapada, la planicie de Beauce nos muestra orgullosa sus campos de remolacha, sus millares de ovejas y siempre, como un diluvio infinito, las espigas rubias, altivas y versátiles. Atravesamos una de las tierras más fértiles de Francia. Viendo sus riquezas comprendemos la resistencia de los celtas; las codicias de los romanos; el cebo que significaban para las ansias nutricias de los piratas de Escandinavia; las épicas batallas

que en sus dominios librara el legendario mandoble de Rollon; los esfuerzos de Ricardo de Normandía para aposentarse en sus planicies; las guerras constantes que Thibault «El Tramposo» y sus descendientes sostuvieron contra los Condes de Anjou, los Duques de Normandía y los Reyes de Francia defendiendo a sangre y fuego la posesión del magnífico granero...

En el centro de la planicie de Beauce, con sus dos mil años auestas, vislumbramos la ciudad de Chartres que muestra, bajo el orgullo de sus milenios, la joya gótica de su Catedral. Desde treinta kilómetros antes de llegar a los muros de Chartres y por cualquiera de los cuatro puntos cardinales que nos aproximemos, las dos puntiagudas torres de la Catedral, sobre el mar esplendo-

roso de los trigales, lucen como dos gigantes espigas que pretendieran filtrarse en el cielo. Hacia ellas vamos, a ochenta kilómetros por hora, atraídos por el imán irresistible de sus fastuosos prestigios ojivales.

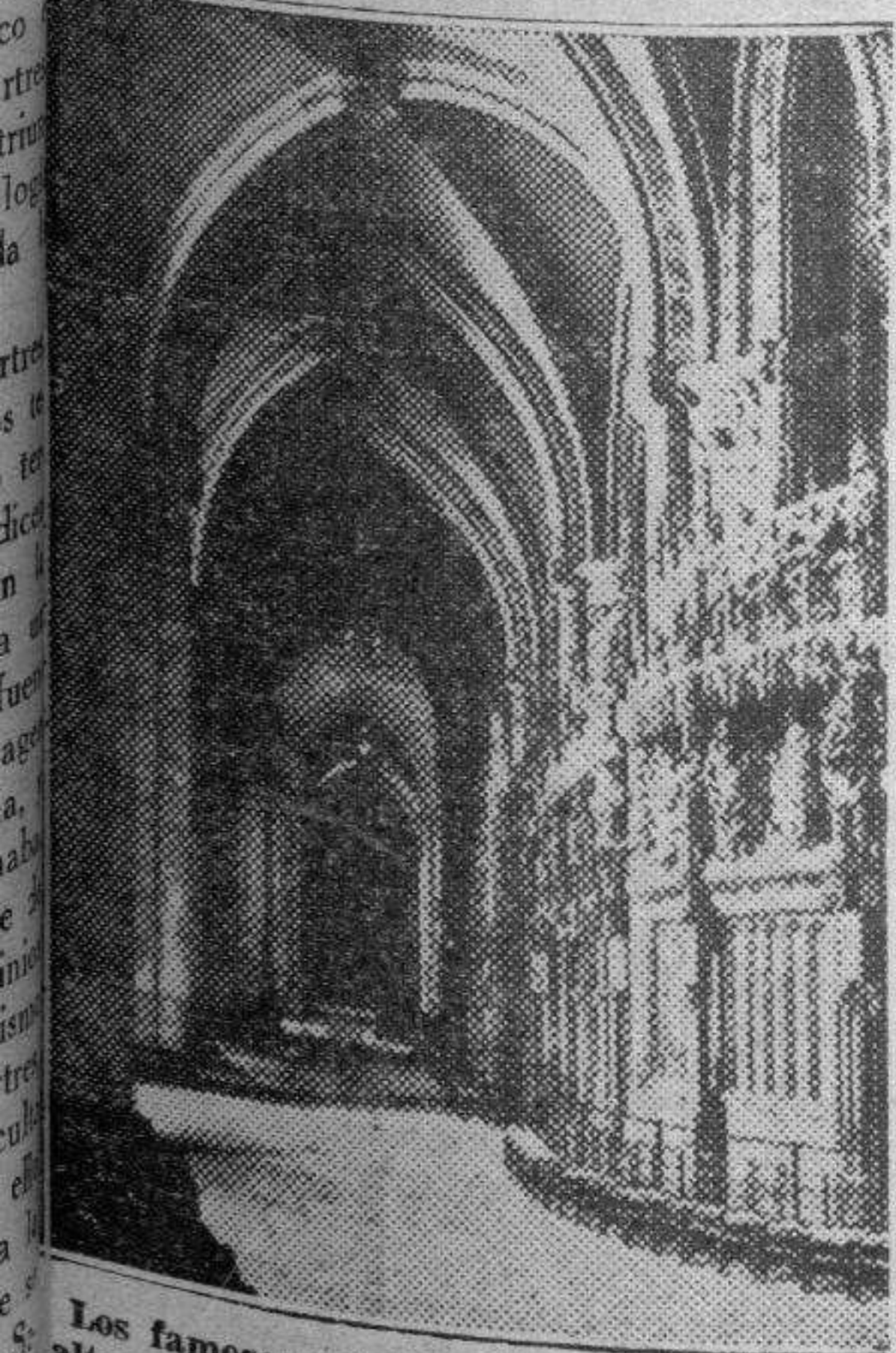
La Catedral de Chartres significa, en el glorioso volumen de lo gótico, una de sus páginas más brillante. De ella decía Rodin que «es la Acrópolis de Francia». Más tarde escribía, consumido en el fuego admirativo: «¿Por qué no he realizado mis estudios aquí, ante los arcos de vuestras bóvedas? Quizás entonces yo no los hubiese comprendido. ¿Acaso no es el resultado, el fruto de los esfuerzos de mi vida entera lo que yo recojo ahora? ¡Ojalá mi ejemplo tenga alguna autoridad sobre los verdaderos amantes de lo Bello! Gloriosos arte-



La Puerta de Guillermo, interesante construcción del Medioevo.

reproducción de la estatua primitiva de la Virgen María, obra tosca, de gran interés histórico, cuya creación se pierden en la noche de los tiempos.

Las primitivas iglesias de Chartres, matrices pretéritas de la actual Catedral—fueron víctimas de incendios y saqueos. Es así que el famoso «velo de la Virgen», llamado antiguamente «la santa camisa», no hizo su aparición en Chartres hasta después de construída la tercera iglesia. El popular «velo de la Virgen», dice la tradición que era el que la Madre de Cristo llevaba puesto el



Los famosos retablos que circundan el altar mayor de la Catedral de Chartres.

día glorioso de la Asunción. El regio regalo fué ofrecido a Carlomagno por el Emperador de Oriente, Constantino Porphyrogénete y la Emperatriz Irene. Posteriormente, Carlos el Calvo, lo donó a la Virgen de Chartres. Dicha «camisa» poseía virtudes milagrosas. Se le atribuía el poder de ahuyentar los peligros de guerra, y especialmente la influencia de lograr partos felices. Durante muchos años, las reinas y las Deifinas de Francia que se hallaban en «family way», se les ofrecían camisas que por espacio de nueve días, habían reposado sobre la caja que contenía la «camisa de la Virgen». Cuando la revolución se desbordó en toda Francia, el «velo de la Virgen», fué despedazado por los ciudadanos en jauría que sembraron los Derechos del Hombre. Pero el «velo de la Virgen», ha conservado en Chartres toda la fuerza de la tradición.

La Catedral de Chartres, con sus ciento treinta metros de largo, es el documento en piedra de esta clase más grande que existe en Francia. Una de las cosas que más llama la atención al visitante, es la profusión de estatuas que encierra. Un diluvio tal de imágenes, sólo lo he contemplado en el Duomo de Milán. En sus fachadas exteriores, se admiran dos mil doscientas; dos mil en su interior y cerca de cuatro mil en el maravilloso Arco Iris de sus vitrales. ¡Ocho mil estatuas e imágenes en una Catedral! He aquí una cifra que causa escalofríos. Sin embargo, están tan bien colocadas, dispuestas con tanto arte y con gusto tan exquisito, que en ningún momento se percibe la aplastante catarrata del guarismo.

Quizás lo más interesante de la Catedral de Chartres, —¡qué difícil es lanzarse a hacer una apreciación semejante—! sean los cuarenta grupos que circundan el Altar Mayor. Tres siglos tardaron en completar esta obra maestra. Diferentes escenas del Viejo y Nuevo Testamento están representadas en la piedra con una vivacidad y un realismo de expresión, verdaderamente notables. La piedra, entre las manos de un artífice, ha logrado una vida perfecta. Los arabescos de sus molduras, lucen como encajes de Brujas. Cada una de las doscientas figuras que forman el total de estos cuarenta maravillosos «paneaux», logran una existencia tan real en el claro oscuro de la sosegada nave, que diríanse plasmadas en pleno siglo XX, después de haber sido arrancadas al ciclo histórico de sus actividades diversas.

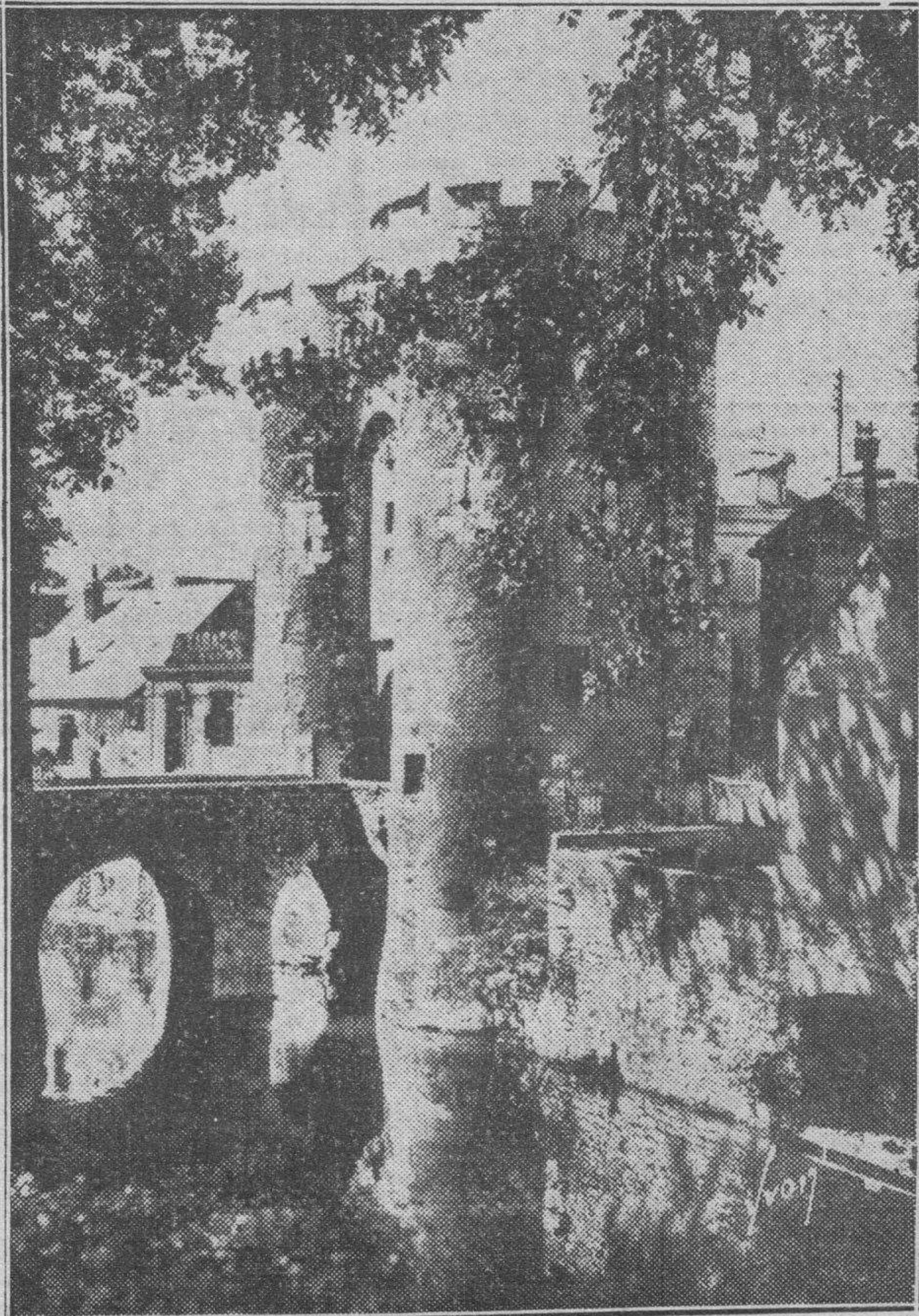
Al hacer la afirmación recogida en el párrafo que antecede, no he pretendido ignorar los prestigios de sus vitrales. Las admirables cristalerías de la Catedral de Chartres, junto con las de Bourges, se consideran como el más completo conjunto que posee el arte francés de la centuria décimo-tercera.

Si Nuestra Señora de Chartres recoge en la majestuosidad y en la perfección de su construcción gótica, detalles tan acabados, que puede colocarse con éxito junto a los maravillosos templos de Amiens, de Reims y de Nuestra Señora de París, la perfección de sus vitrales, arrojan luz sobre el arte del medioevo, que ganan en sublimidad a las extraordinarias rotondas de las catedra-

les que acabo de citar. Sólo por admirar los efectos lumínicos que produce el sol al chocar y deslizarse por las filigranas de su cristalería, un viaje a Chartres está justificado. Colocado en el vértice de la cruz latina de sus naves, de frente al Altar Mayor, y recibiendo los efluvios que se filtran por las inmensas rosetas laterales, el espíritu experimenta una sensación de grandiosidad y reconocimiento, en que vibra el concepto de la divinidad. Únicamente, bajo la comba paradisiaca de la cúpula de San Pedro, en Roma, he recibido una galvanización semejante que haya corrido todas mis cédulas.

Y pongamos punto final ante las joyas de Chartres. Quinientas cuartillas más, no serían suficientes para decirnos todas sus bellezas; para describirnos sus ántares, sus columnatas, sus frisos, sus arbotantes; para hablaros de estos diez siglos de piedra aligeras que enorgullecen a Francia y honran el trabajado arte de ojiva; para narraros los episodios múltiples de su existencia, en que la voluntad devocional de lo ético dentro de lo hermoso resistió todas las codicias y todos los asaltos; para tratar de explicaros los milagros de la fe de sus artífices, capaz de plasmar en plenos momentos de disgregación, en que el juramento pretendía acallar la plegaria, en que la pasión se cimentaba sobre el estampido del arcabuz, la cumbre prodigiosa de esta Catedral de Chartres, templo indescriptible de la Virgen, que nos asombra por portentosa y nos subyuga por alada...

París, noviembre de 1938.



Fachada Norte de la Catedral de Chartres.

DE tropezar con Alfonso Daudet, un contemporáneo, en cualquiera de las múltiples incidencias que matizaron su grotesca epopeya, Antonio de Tounens sería literario hermano mayor de Tartarín de Tarascón, intrépido cazador de gorras nuevas y leones inválidos; aventurero imaginativo, defraudado por la rutinaria modalidad de la época; héroe bizarro, puesto en ridículo por el auge del verismo.

También Antonio de Tounens naciera en tiempo y ambiente adversos a las altas ambiciones y las inéditas aventuras. Por más que, una familia... Pero no adelantemos causas y efectos.

En su aldea natal, La Chaise (departamento de Périgueux), vivíase una tranquila comodidad campesina, irónicamente fundada en la excelencia de las aromáticas trufas y un agradable vinillo, que los figoneros de Arcachón vendían por legítimo burdeos y digno competidor del chablis, en la epicúrea tarea de rociar las famosas ostras.

En La Chaise nunca ocurrió nada de nuevo ni asombroso.

Por espacio de treinta años largos vegetó Antonio de Tounens en la monótona quietud del pueblo. Cuando le nombraron alguacil del juzgado de Chourguac, cantón de Hautefort, parientes y amigos creyeron definitivamente orientada la existencia de aquel hombre joven, cuya taciturnidad les preocupaba. Se equivocaron.

Durante el día, los ojos distraídos, absortos, descifraban expedientes y papelechuchos, y la voz cansina, nasal, notificaba demandas y citaciones. Mas las noches de Antonio de Tounens eran suyas, sólo suyas, ¡y tan distintas!...

Otros les malgastaron jugando al «piquet» en el mesón cercano, o en rondar ventanas entreabiertas por el ansia de amar y entrecerradas por el temor a las murmuraciones. El las consagró a ideales amores. Amaba una biblioteca densamente habitada por las memorias y descripciones de los grandes viajeros y exploradores, por los relatos y diarios de los inmortales descubridores y navegantes. La cortejaba, extenuadoramente, hasta altas horas de la noche. Y ya se sabe, por diagnóstico cervantino, que ocurre a quienes las pasan en blanco (y los días en turbio): «del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio».

El sedentarismo burocrático de Antonio de Tounens necesitaba el reactivo de intensas emociones; sus anhelos desafiaron perpetuar un nombre y vivir en la paz y gloria de Dios». Nuestro personaje, que imaginaba heroicas empresas, se evadió de lo vulgar por el ensueño; de lo real, por la locura...

Ya muy cerca de los treinta y cinco años, la calenturienta fantasía exigió que se concretaran proyectos, mil veces trazados y vueltos a trazar. El ejemplo de una familia, los Bonaparte, prestó asidero al audaz plan.

Napoleón I, transitorio dueño del mundo, muriera en el cautiverio. Sin embargo, ahí estaba Napoleón III, hijo de Luis Bonaparte, que luego de restaurar el imperio y hacer la campaña de Crimea, apoderarse de la Cochinchina y libertar a Italia, planeaba intervenir en la política mejicana.

«Un loco razona cuerdamente sobre premisas falsas», sentara Locke. Tal hizo Antonio de Tounens. ¿Acaso el gran corso, cuando inició su meteórica carrera, contaba con más recursos y posibilidades que él?... Y el misionero David Livingstone, ¿no pudo coronarse rey de medio continente africano?

Es probable que Antonio de Tounens estudiara con relativo método el asunto. Entre sus libros abundaban las crónicas y los mapas sudamericanos. Y en estos últimos, América, desde el paralelo 40 hasta el Cabo de Hornos, era «tierra ignota», inexplorada, casi virgen... Bastaba reivindicar su posesión, después de asegurarse el afecto y el concurso de los indígenas, con elocuentes proclamas y oportunas dádivas... Además, a los criollos argentinos y chilenos, despóticos sucesores de los españoles, debían odiarlos los nativos...

En base a tamañas «seguridades», Antonio de Tounens quemó sus naves con el gesto decisivo de héroes y genios, de apóstoles y locos. Abandonó el hogar y la tranquilidad enervantes, y en un bergantín velero zarpó de Burdeos rumbo a la



TAMBIEN LA PATAGONIA TUVO SU EMPERADOR

Orllie Antoine, primer rey de Araucanía y Emperador de la Patagonia, soñó ser un Napoleón redivivo

POR ROBERTO ALMEDA

gigantesca aventura que le señalara el destino.

El Atlántico advirtióle las quebras de la empresa. Primero fue una advertencia humorística, el mareo, que doblaba sobre las bordas la elevada y cenecia silueta del presunto conquistador. En segundo término, fue una advertencia cenuda, la tempestad, que por espacio de setenta y dos horas sacudió al barco como una brizna... Antonio de Tounens despreció presagios, y una mañana brumosa desembarcaba en Valdivia. De allí, para el sur, el continente le pertenecía...

Pronto abandonó la ciudad para poner en práctica su plan. A lomo de mula internóse en la región araucana. Los caciques oían prédicas y arengas con imperturbabilidad característica. Aceptaban, sin un gesto, los regalos propiciatorios. Silenciosos y graves, parecían meditar. Lo probable es que no entendieran palabra de la jerga francoespañola aprendida en el viaje por Antonio de Tounens. Y éste, naturalmente, tradujo mutismo por aquiescencia...

De ello a proclamarse por sí y ante sí Orllie Antoine, primer rey de Araucanía, mediaron pocas semanas... Sus súbditos y el gobierno chileno ignoraron el corto y pacífico reinado.

Pero, dice un refrán, que el apetito viene comiendo. A la facilidad con que creyera suzyugar a los aborígenes, sumóse un dato de importancia. La raza araucana extendíase allende los Andes, y si sus hermanos resultaron tan dóciles, ¿por qué habrían ellos de serlo menos?

Sin tomarse el trabajo de averiguarlo,

Antonio de Tounens decidió ampliar sus dominios, y al título primitivo agregó el de emperador de la Patagonia. Sonaba



bien: Orllie Antoine, primer rey de Araucanía y emperador de la Patagonia.

Lo malo fue que las autoridades locales conocieron, al fin, las intenciones de Orllie Antoine, y sin tomarlo en serio al desequilibrado monarca, tronaron con la ayuda de tres gendarmes.

Preso y juzgado, se le sentenció a prisión por ser un agitador de indígenas y perturbador del orden público. La condena permitía elegir entre prisión y destierro. Orllie Antoine Premier decidió retornar a Francia en 1862, un año después de su coronación.

Su permanencia en París se hizo cada vez más triste y conmovedora. Orllie Antoine bregaba inútilmente por imponer los «derechos» suyos por su delirio. Intriga, gestos, amenazas, todo lo que se le ocurría, clamaba. Las «negociaciones» con las autoridades francesas aguardaban respuesta. Napoleón III le concedió audiencia a quien iba a proponer el cambio de ayuda guerrera, la cesión de los territorios reivindicados. Los que envía a los periódicos para que se publicaran los cosos comentarios. En postrera instancia intenta una suscripción nacional para permitirle organizar flota y ejército.

Inútil. En todas partes le recibían con idéntica silenciosa sonrisa.

¿Rendirse?... ¿Abdicar?...

En 1869 emprende un segundo viaje a Chile. Su presencia bastará para perturbar a los fieles súbditos araucanos, arrastrarles a la revolución restañada. No confiará en el derecho, como Napoleón I apelará a la fuerza...

De riguroso incógnito llega a Valdivia, pública Argentina y, cruzándola, se interna en la cordillera a través de un paso raramente frecuentado, por donde se llega a la cordillera de los Andes. En tierra chilena, en un recodo del camino, surge la policía. Un momento de silencio, parco en palabras, prodigo en acciones, y Orllie Antoine, primer rey de Araucanía y emperador de la Patagonia, vuelve a territorio argentino, más conmovido que en Chile. Desciende fatigado de las montañas, duerme al grágalo, achicharran los solazos, le calan nuevas ideas, come charque mohoso y galados trea. Aprende a rehuir a sus súbditos, los araucanos, que andan en son de guerra por valles y planicies, sin serlo, con solutamente nada de reyes y emperadores... Molido, deshecho, arriba a Valdivia. Blanca. Le auxilian con hospitalidad cordialísima. En cambio, ninguna necesidad demuestran para sus ideas, ridiculizadas por sonrisas y dicharachos sarcásticos intuye más que entendidos. En un barco para Buenos Aires.

El 21 de agosto de 1871, «La Tribuna» y «La Tribuna» reciben noticia de un caballero de estrafalario nombre. La abotonada levita, el bigote de delgadez, las amplias alas del sombrero, ocultan revuelta melena los ojos un brillo revelador. Habla, habla, habla, Reinos e Imperios, el Derecho y la Justicia, la Injusticia y el Destierro.

—¡Ah, sí!... Usted es Orllie Antoine, primer rey de Araucanía y emperador de la Patagonia, ¿no?

Antonio de Tounens adopta una postura napoleónica al introducirse en la derecha entre las solapas de la levita. Y las risas estallan... Vencido y perseguido por ellas, sale a la calle, para las risas se personifican, se forman en chiquillos sucios y alborotados que gritan insultos incomprensibles y arrojan una que otra piedra.

Se refugia en la fonda donde se queda. Pasó una noche de insomnio, al día siguiente, en los diarios, lee los burlescos, mortales, con pueril ridículo. Uno insinúa que Orllie Antoine debe ser recluido en un hospital de locos.

Orllie Antoine, soño, impotente, Regresa a Francia...

Le restan siete años de delirio, sería de hambre, antes de morir en un hospital de locos en 1878, en un hospital de locos.

¿Morir?... ¿Quién sabe!... Hay res eternos. En lo real se llaman Napoleón I; en lo imaginario, Quijote o Tartarín. Cuarenta años después, en 1918, el delirio de gran dominio reencarnaba en el hijo multimillonario francés, «rey del mundo» —Jacques Lebaudy, «rey de la carera de oro», como le apodaban por su humor de los bulevares— aspirante a noble reyecía y proclamóse «Emperador del Sahara, Supremo Emperador de los Oasis, Protector de los berberes, beduinos, kabileños, etc.»

Como Orllie Antoine, Jacques Lebaudy perteneció a una estirpe inmortal.

EL PLANETARIO...

HARMODIO ARIAS

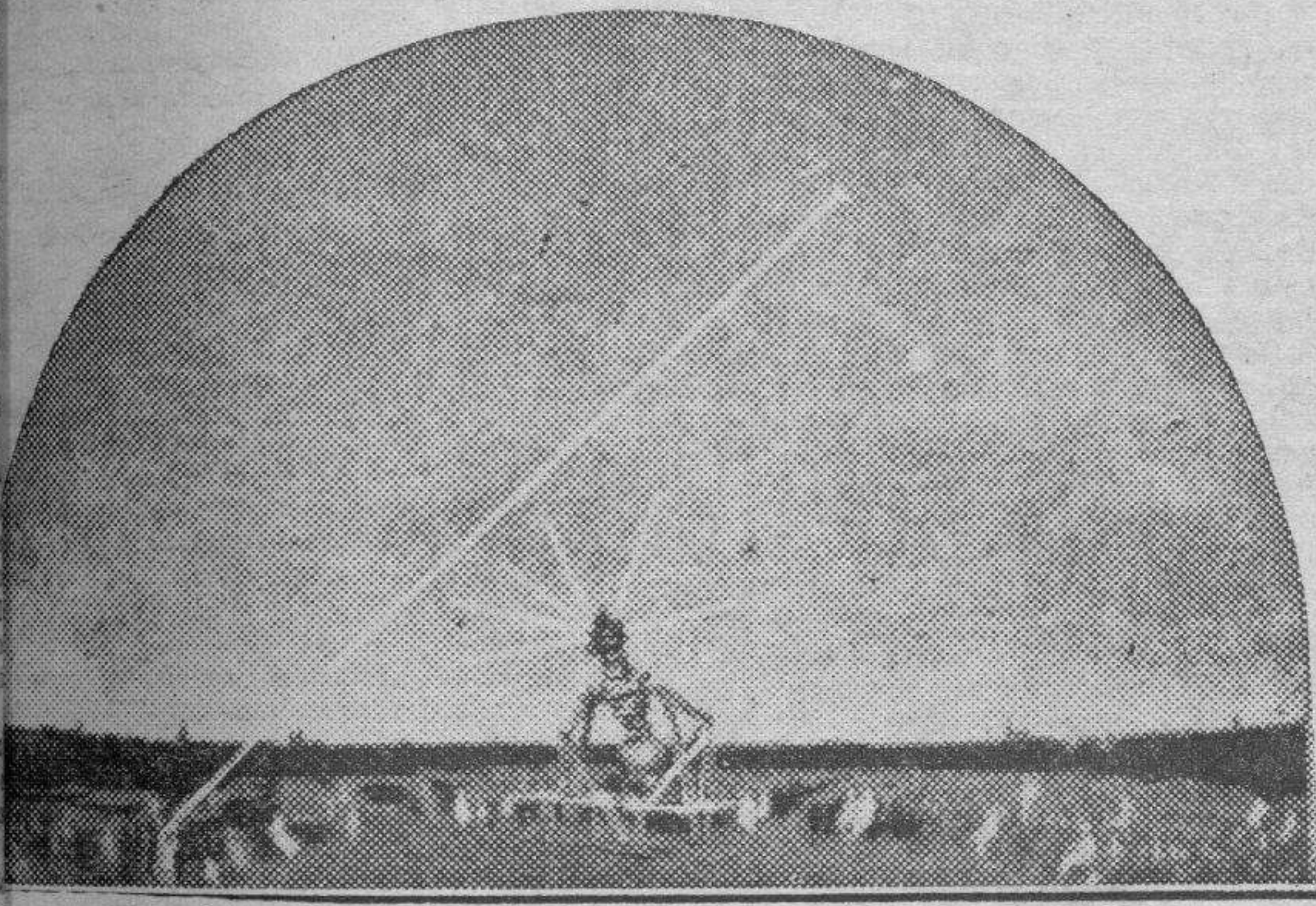


Figura 7: Teatro sideral.

la debida inclinación uno respecto a otro como ocurre en la naturaleza, representadas sus órbitas en pequeños estibas de metal de 25 cm. de diámetro. Como dice Villiger que «óptica, mecánica y electricidad, se han dado la mano para la creación de un teatro sideral que siempre nos resultará atractivo cuando queramos olvidar las impresas diarias». Y el teatro estelar es la realidad... una gran cúpula semi-circular de unos 25 m. de diámetro, interiormente pintada de blanco, es la receptora de las imágenes luminosas de los mundos lejanos. Es además en verdad el aparato, el complejo condensador automático del tiempo que a la inversa de la lente cinematográfica retardadora, hace desfilar ante nuestra vista en varios minutos o segundos lo que en la naturaleza transcurre en días, decenios y miles de años, como se expresa el sabio Stromgren que cuenta sólo como componentes básicos, una lámpara nitra, un proyector de bolsillo unos cuantos metros de cable eléctrico; es, continúa el mismo director del observatorio de Copenhague, a la vez teatro, cine, una clase bajo la bóveda del cielo y un espectáculo donde «Los cuerpos celestes son los actores».

Además el equipo de Planetario incluye una mesa de distribución, un proyector y un indicador luminoso (Fig. 6).

El pupitre de distribución, colocado en el extremo de la sala, comunica con el teatro por medio de cables subterráneos; el instrumento, sin ningún ruido, ni intervalos superfluos, obedece únicamente a los mandos eléctricos que operan desde el cuadro por el conmutador; además a cada conferencia pueden tenerse unos diez minutos de instrucciones para que los oyentes comprendan

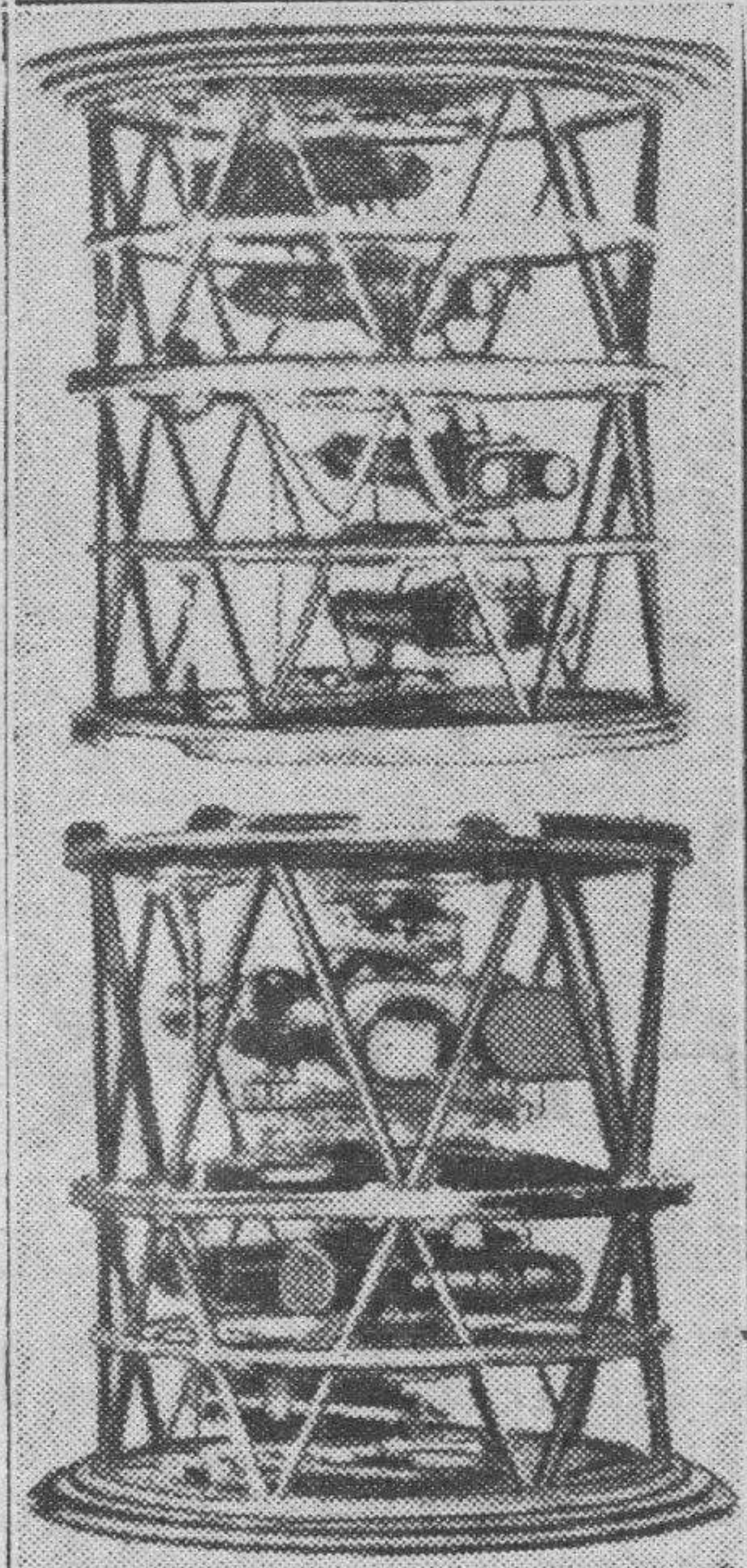


Figura 5: Mecanismo de Saturno. Sol, Luna, Mercurio, Venus, Marte y Júpiter.

ma de flecha luminosa en la bóveda estrellada, hace de aquel recinto el lugar más encantador y poético de la tierra (Fig. 7).

He aquí brevemente expuesto, lo que justamente se ha dado en llamar la maravilla de la técnica.

Alrededor de veinte son hoy los planetarios existentes; las ciudades alemanas han requerido para sí la mayor parte de ellos. Milán, Roma, Moscú, Estocolmo, Chicago, Filadelfia y algunas otras cuentan también entre sus innumerables objetos de divulgación científica con tan valioso instrumento.

Y Chile... país culto y progresista, adornado más que ningún otro de bellezas y encantos naturales (no se pondría a la cabeza de las naciones sud-americanas, con la adquisición de uno de estos aparatos verdaderamente celestiales? Parques, plazas, paseos públicos, todo convida y alienta tan noble empresa; la Elipse, la Quinta o el Forestal son jardines que sin lugar a duda emulan las bellezas del de las Princesas de Jena.

¿Qué es lo que falta entonces?... un espíritu altruista, inteligente y generoso,

EL EX PRESIDENTE PANAMEÑO QUE LOGRO, DURANTE SU ADMINISTRACIÓN, QUE LOS DOLARES DE SU PATRIA NO SUFRIRAN LOS EFECTOS DE LA DEVALUACION ROOSEVELTIANA

HARMODIO ARIAS ha sido uno de los presidentes más jóvenes de Centro América y uno de los que han dejado un recuerdo grato y efectivo de su paso por la alta magistratura de cualquier país. Nació el 3 de julio de 1886 y a muy temprana edad trasladó su residencia a Europa, efectuando sus estudios en la Escuela Universitaria de Southport en Inglaterra, y más tarde en las famosas aulas de Cambridge y de Londres.

Ya con su título de abogado regresó a su patria y bien pronto unió a su prestigio de Letrado sus características de periodista de primera categoría. Estableció la sección hispana del «Panamá Americano» de cuyo gran rotativo convirtióse más tarde en director, reflejando en las columnas de esa gran publicación sus grandes dotes de estadista y sobre todo sus ideas básicas de liberalismo y sensatez que al encajar perfectamente en el ambiente en que iba desarrollando su meritoria obra le hicieron desde mucho tiempo ha un indiscutible candidato para regir los destinos de la nación panameña.

Y así fué en efecto; en 5 de junio de 1932 ocupaba la Presidencia de la República del Panamá. Como se recordará el mundo se debatía entonces en una de esas etapas difíciles de la Historia financiera. Reciente el crash de Wall Street, es natural que sus efectos repercutieran en el mundo entero y con doble motivo en la nación de la que acababa de ocupar el poder, tan ligada a los Estados Unidos por vínculos numerosos.

Pero no era Harmodio Arias de los que se arredan frente a situaciones difíciles. Luchador de pura cepa, puso entonces en juego toda su habilidad de gran estadista y todos los recursos de que podía disponer con su alta inteligencia. Y triunfó en toda la línea. Mientras otros países se tambaleaban financieramente como lógica repercusión de lo acaecido en la gran república norteamericana, Panamá bajo la férula de Harmodio Arias se sintió con una fuerza titánica para «aguantar» el chaparrón. Y por ello fué lo que pudimos llamar el «Milagro de Panamá» un milagro al go así parecido al de los panes y los peses que nos cuenta la Biblia, pero que trajo consigo lo que hasta entonces nadie había podido efectuar. Harmodio

so, quien íntimamente compenetrado de la importancia de la obra, inmolará parte de su metálico en pro del adelanto cultural y progresista que uno de estos teatros siderales reportaría a las individuos en sus inteligencias, y a la patria toda ante las naciones del mundo civilizado.

Pues, si Planetario vale decir ciencia, cultura, progreso, justo es que la nación que lo posea se estime circuida de la bien merecida aureola de amante de las ciencias de culta y progresista.

Juan A. BUSSOLINI, S. J.



ARIAS (Caricatura de S. Robles)

Arias se negó a recibir los pagos del Gobierno de Washington en dólares recién devaluados. Nadie creyó que Panamá fuera la única nación del mundo que se librara de los efectos de la devaluación rooseveltiana. Y sin embargo, así fué y cúpole a Harmodio Arias anotarse en el haber de su historia política este triunfo grande y categórico que hizo a un comentarista exclamar entonces refiriéndose a nuestro biografiado: «Sus dólares son los únicos 100% en Estados Unidos».

Harmodio Arias ha sido en todo momento el elemento de quien se ha echado mano cuando las circunstancias han requerido la presencia de una figura de talla. Fué subsecretario de Relaciones exteriores, Miembro de la Comisión de Coficación de la República, Profesor de Derecho Internacional y de Derecho Romano y Delegado de la Asamblea panameña a la Liga de las Naciones, y también Ministro plenipotenciario de su patria ante el gobierno de Buenos Aires, en cuya nación también es Miembro de la Academia de la Historia; distinción similar a la que le fuera otorgada también por la República de Venezuela.

Suscríbase al DIARIO DE LA MARINA por los teléfonos M-7911, M-7912 y M-7913, y por medio de sus agentes en todo el territorio nacional

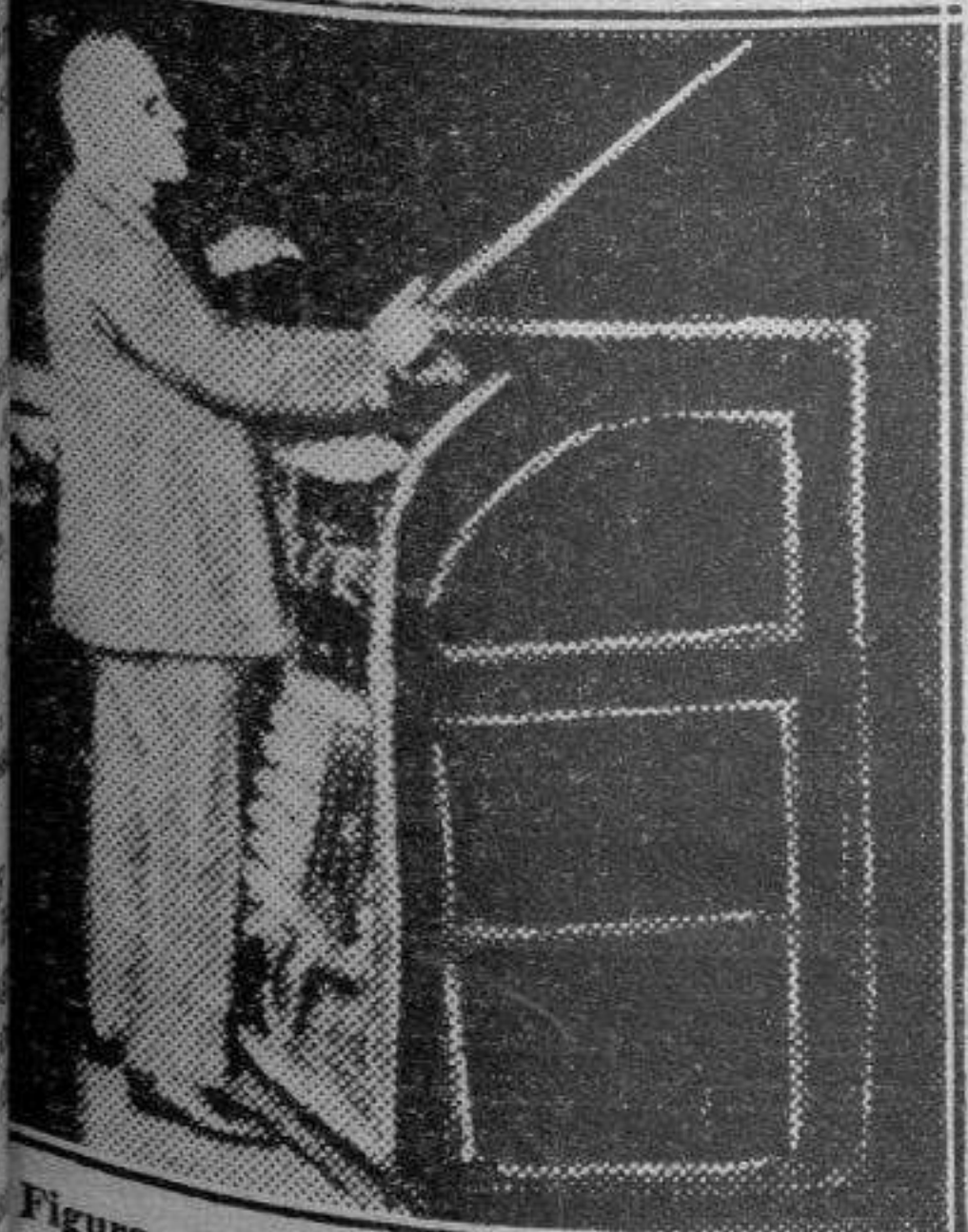


Figura 6: Comando, epidiáscopo e indicador.

fácilmente los fenómenos que se explican a esto obedece pues, la presencia de un epidiáscopo en el teatro del Planetario, quien acompaña a un indicador, proyectado en for-

EL PARACAIDAS

el paracaídas. Así bajamos, como flotando en un estanque de agua tibia y suave, pensando en que si esperamos otro minuto lo recogen a uno con pinzas. Sin embargo, aguardamos mirando el aeropuerto, la tierra, la gente y todo lo demás viniendo con una rapidez tal que parece se fueran a convertir en humo. Sentimos en el estómago un vacío que lo invade todo, como si fuera una cosa viva y nos decimos: «Un minuto más y será demasiado tarde». Unos momentos más y la mano, pesada y floja, se levanta torpemente, sin fuerzas ni nervios, pareciéndonos una eternidad el tiempo que transcurre para llegar a la cuerda y agarrarla. Se siente la detonación del paracaídas al abrirse, el súbito tirón en los hombros, y uno contiene el poco aliento que le queda mientras determina si el paracaídas, verdaderamente, nos sostiene o no.

Abajo, en la tierra, hay individuos peritos que nos miran y hacen cálculos sobre la altura a que estamos cuando interrumpimos el descenso y abrimos el paracaídas. El descenso de 5,000 metros me hizo el campeón de los Estados Unidos, aunque los sabios del Negociado de Aeronáutica no admiten tal campeonato, y aun admitiéndolo, según supe después, tienen que mantenerlo en secreto.

El saltar en paracaídas es una gran diversión que encanta a la gente y que a mí me proporciona los medios de vida. Por eso siempre digo a mi mujer: «Querida, deja ese pañuelo. Esto es mejor que trabajar».

Preparación del paracaídas

La labor para este descenso de 5,000 metros comenzó la noche anterior, cuando desempaqué dos paracaídas y los reempaqué examinándolos centímetro a centímetro, con meticuloso cuidado, extendiéndolos sobre una mesa de doce metros de largo, inspeccionando con gran cuidado que ninguna de las cuerdas estuviese torcida, pues de haber una torcida, el paracaídas no se extiende en debida forma al abrirse. Toda la tela fué examinada para comprobar si tenía agujeros o humedad, pues el aire que pasa por un agujero, por pequeño que sea, pronto lo ensancha al tamaño del panel. Eso me ocurrió en una ocasión y cuando miré si el paracaídas se inflaba, observé el cielo azul por el agujero. Esto me proporcionó instantáneamente canas, arrugas y alta presión de sangre. Desde entonces dije: «Nunca más». La humedad es aún más peligrosa. La seda seca es flexible y a presión se extiende perfectamente. La seda húmeda permanece apelmasada, y un paracaídas así pegado tiene para el que cae la misma utilidad que el reumatismo para un bailarín.

Después del examen de la tela y la verificación de las cuerdas, vino la operación de doblarlos, con pliegues de acuerdo medidos a regla, de treinta centímetros cada uno, cuidando de que no quedara ninguno superpuesto, pues una superposición puede hacer que la cuerda se tuerza y con ella el paracaídas se voltee de dentro para fuera y le da a uno tal sacudida que le deja impotente para tirar de la cuerda del de emergencia.

Después de unas dos horas dedicado a esta preparación, uno queda listo para el salto. Ya dispuestos a él nos ponemos los zapatos con gruesa suela de caucho, las bandas especiales para las piernas, de cuero con ballenas, pues si uno cae de pie, al tocar el suelo hay una sacudida tal como si pegáramos un salto de diez metros de altura. Bajo las orejeras del casco se ponen borlas para polvos, que sirven para proteger los oídos contra la presión atmosférica. Ya listo de este modo, sube uno al avión, se pone los anteojos, y dice a los de abajo: «Hasta luego». Si uno conserva la cabeza, tiene más oportunidad de verlos otra vez que uno que camine con descuido por las calles.

Haciendo blanco a 6,000 metros

Ese día el cielo estaba perfectamente despejado, de azul limpio, sin límites. Subimos describiendo círculos lentamente, cada vez más altos, hasta que la tierra quedaba muy lejos, muy abajo, borrosa. A esa altura, 6,000 metros, no hay horizonte definido: la tierra está redondeada, se ve como una mancha oscura, sombría, a través de un velo gris. No se ve ningún ser vivo ni se oye nada. No hay nubes, no hay sonido. No se puede sentir nada: sólo hay un vacío sin límites que al hacerse abajo más espeso indica la existencia de la tierra.

Al alistarse para el salto se calcula el arco del avión volando en círculo; se verifica la derivación del viento y ambos

cálculos se graban bien en la mente. Entonces, aun cuando la tierra está perdida en el vacío, uno sabe cuándo debe saltar lanzándose hacia el punto que representa el aeropuerto, donde espera la gente para vernos descender. Cuando uno se ha lanzado repetidas veces, es tan fácil determinar el arco del avión y la derivación del viento, como saber que para llegar a Nueva York hay que bajarse del tren en la estación de Pennsylvania.

A los 6,000 metros de altura el piloto me hizo una seña, saqué un pie de la cabina y salí de ella, pasando suavemente a la pasarela. Allí, sosteniéndome por un brazo, a todo el largo de éste, esperé el momento preciso en que la derivación del viento me llevaría al aeropuerto. Esto de separarse del cuerpo del avión a todo el largo del brazo es para no obstaculizar la corriente de aire que viene de la hélice, pues si el cuerpo la interrumpe, el avión comienza a dar saltos, girando, subiendo y bajando, en maniobra tan loca como las ráfagas de viento que barren las praderas, y en cuestión de pocos minutos se viene abajo. Esto ha ocurrido, como en el caso de un acróbata que, atemorizado por las locas sacudidas del avión, perdió la cabeza y se aferró con ambas manos a la cabina. El piloto trató de hacerlo saltar, golpeándole en la cara, pero no tuvo éxito. La cola del avión se partió y éste fué el fin de ambos. Si uno se sostiene al largo del brazo, hay espacio suficiente para que pase la corriente de aire entre el cuerpo de uno y el del avión.

En el espacio

Llegamos al punto y solté, dejándome caer diagonalmente entre la cola y el extremo del ala. En este momento es de igual importancia lanzarse debidamente, pues cuando uno suelta, el avión, aligerado de peso, se eleva de súbito y vira locamente. La cola describe una vuelta y el extremo del ala y el estabilizador describen un arco inaudito, y a menos que uno salte diagonalmente, cualquiera de los dos puntos indicados puede alcanzarnos y mandarnos al otro mundo con el golpe. Esto también ha ocurrido y el pequeño error ha enviado muchos hombres a la nada.

Cuando uno salta, hay que conservar los brazos abiertos, con las manos combadas. A esa altura, sin poder ver la tierra, hay que mantener el viento en la cara. Quedando boca arriba, se sabe que tomamos la dirección correcta. Las manos combadas son también una ayuda, pues hacen resistencia al viento, una resistencia sorprendente, e impiden que uno dé demasiadas volteretas.

Los primeros trescientos metros son terribles: se ha llegado a un estado de tensión máxima; hemos luchado y hemos dominado todo instinto natural de hombre de asirse de algo; hemos soltado ese algo y nos hemos lanzado al espacio. Pero nada sucede. El corazón comienza a latir de nuevo, los músculos se aflojan y tenemos una sensación de reposo. Las borlas que hemos puesto en las orejeras del casco apagan todo sonido. La ciencia nos dice que bajamos a la vertiginosa velocidad de tres kilómetros por minuto, pero esto no lo sabríamos si no lo hubiésemos leído en alguna parte. Caemos suavemente, como una pluma, con tanta facilidad como un copo de nieve. No hay nada que pase vertiginoso a nuestro lado y nos haga ver la velocidad que llevamos. Parece como si estuviéramos acostados, con toda quietud, sobre suaves cojines. El único sonido que puede pasar por las borlas es como de vapor que se escapa en un lugar lejano. De la cintura para arriba, las guarniciones del paracaídas y el casco nos aprietan, pero el pantalón suelto bate con el viento y parece como si nos punzaran los dedos una y otra vez.

Salto mortales

Al llegar a los trescientos metros se da el primer salto mortal. El peso de la cabeza y del paracaídas hacen más pesada nuestra parte superior y el aire en las piernas nos hace dar la vuelta. De pronto sentimos la cara ardiendo, como en llamas, al pasar el aire de frente sobre ella. Entonces vemos el avión que dejamos hace tanto tiempo, más abajo de nosotros, y se pierde de vista por un lado, súbitamente. A continuación vemos la vasta oscuridad del cielo azul, y a poco la tierra, esta vez ya visible con los edificios como alfileres y un río como un alambre de plata. Después, el viento nos acaricia la cara, haciendo desaparecer el ardor. Es una experiencia que no tiene igual, loca, fantástica.

En un descenso tan largo como el que hice, se hacen de quince a dieciséis saltos mortales, cada uno de los cuales nos extenua más y más. Cada uno consume más de nuestra energía, dejándonos débiles hasta que al fin, cuando llega el momento de abrir el paracaídas, estamos ya exhaustos, prácticamente impotentes para todo esfuerzo.

Lo que se debe recordar es que hay que aprovechar la salida de una voltereta y estar en posición horizontal, para tirar de la cuerda, cuando se mira hacia la tierra. Eddie Wells, otro acróbata, perdió

un tanto la cabeza y olvidó esta precaución, tirando de la cuerda cabeza abajo. El tirón fué tan fuerte que cuando se enderezó se le caían los zapatos altos, tejidos, que le quedaban fué hallado después a un kilómetro del aeropuerto. El otro no ha podido trarse todavía.

Hay que tirar de la cuerda completa

Hay todavía otro pequeño detalle que debe tenerse muy en cuenta. Hacer de la argolla todo lo que se pueda hasta que no dé más. Bill Germain, mi cuñado, se olvidó de esto una vez y tironcito a la cuerda y pensó que el paracaídas había quedado abierto bajando y yo pensé que iba a caer, pero conservó la cabeza: se le cayó otro tirón a la cuerda. El paracaídas abrió entonces debidamente.

Finalmente, hay que prepararse para la súbita parada, para el momento que el paracaídas se abre y la velocidad de unos doscientos metros por hora se reduce a dieciséis kilómetros por hora. Si uno no está preparado, es muy posible que se lance a las cuerdas y se enrede. Esto le sucedió a Roy Stillman, un hombre de que pudiera desenredarse, se enredó en un sudario de seda.

Todo esto hay que recordarlo y tenerlo en debida forma. El primer tirón en los hombros y nos sentimos colgando en el aire, tan como si fuéramos sentados en tierra firme. Para evitar esto hay que conservar la boca respirando a través de los dientes, para impedir que nos mordamos la lengua. Cuando se abre el paracaídas hay que clavar los talones en el suelo, para darse cierta firmeza. No se debe decir que el paracaídas nos arrastra, sino que se resaca, contra zarzales, contra piedras o contra lo que quiera cerca.

Una vez hecho todo esto, nos quedamos toda la impedimenta, nos dirigimos a la tierra y entregamos los cincuenta dólares a la esposa, advirtiéndola de que no se los durar hasta el próximo salto, o hasta la próxima vez que demostremos



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS
LAS JOVENES QUE FATIGA LA
FORMACION ENCUENTRAN EN

QUINIUM
LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



VARIACIONES SOBRE LOS...

alquier rincón perdido de los anti-
El caso ya no es corriente, y no se
de viajeros sino de poetas, de le-
de santos o, sencillamente, de ex-
dores, y éstos cuentan con regresar
contar sus hazañas, sus descubri-
tos, sus ilusiones o sus ensueños. Y
ablemente nunca sabremos si este

las de Jesucristo. Los relatos de viajes
interesan a los lectores; quizás nunca se
han publicado tantos como en nuestros
tiempo; pero la literatura o el literato
desempeñan seguramente papel más im-
portante que el mismo viaje.

Todavía no hace mucho tiempo, Julio
Verne podía dar a la serie de sus libros



«ENCUENTRO», por G. Courbet.

«Viajes extraordinarios» real o irreal lo han buscado
escapar a sí mismos o si se alejaron
aislamiento para huir de un ambiente y
de las costumbres que les impedían ser ellos
mismos.

Sabe el viajero lo que espera del via-
je. Sin duda, algunos lo saben: los que
esperan de él más que deslumbrar a
sus amigos, a su regreso, y aplastarlos con
su superioridad que creen haber adqui-
rido yendo a tal o cual sitio. Pero este
sentido de superioridad, o la ilusión de
ella, va desapareciendo con los años. Ya
no hay mérito en ir a algún sitio cuando
ya se ha ido antes o al mismo tiem-
po. Las narraciones de los viajeros toda-
vía pueden interesar, pero ya no maravi-
llan a nadie. Estamos tan lejos de Sim-
ón el Marino y de Marco Polo como de
los viajeros forzosos del siglo cuarenta an-

el título general de «Viajes extraordina-
rios». Ya no hay viajes extraordinarios;
al menos, vistos desde el exterior. Para
el viajero, todo puede ser extraordina-
rio, pues es siempre un poco como el
ratoncillo de la fábula que tomaba a unos
terrones por los Apeninos o el Cáucaso. Lo
extraordinario ya no está sobre la tie-
rra, ya no está más que en el cielo y en
el hombre, y en este terreno, el «Voyage
autour de machambre» puede compararse
con el viaje más fantástico al país de
los sueños.

El país de los sueños está siempre al
alcançe de cada uno de nosotros; ni si-
quiera es necesario un gran esfuerzo de
imaginación para llegar a él; si el reco-
rrerlo realmente sobrepasa las facultades
de la mayoría de nosotros, al menos po-



«EL VAGON DE TERCERA CLASE», por Daumier.

NOVEDADES



EN PENNSILVANIA, A MEDIADOS
DEL SIGLO XIX, EL PETRÓLEO QUE
SE ENCONTRABA EN CHARCOS Y
ARROYOS ERA EMBOTELLADO Y
SE LE VENDÍA COMO REMEDIO
PARA EL REUMATISMO.

EN LA IMPULSIÓN DE LOS
AUTOMÓVILES SE UTILIZA
MENOS DEL 5% DE LA
ENERGÍA QUE SE OBTIENE
DE LA GASOLINA. DE LO QUE
QUEDA DE ESA ENERGÍA, PARTE SE
APROVECHA EN LA FRICCIÓN Y PARTE
SE DESPERDICIA.



FUE NAPOLEÓN III QUIEN IN-
TRODUJO EN FRANCIA EL
ASFALTO, EN LA PAVIMENTACIÓN
DE LAS CALLES Y CAMINOS,
"PARA QUE NO HUBIESE ADOQUINES
CON QUE PUDIESE EL POPULACHO
FORMAR BARRICADAS."

COSAS
QUE CONVIENE SABER



LA RAPIDEZ DEL ARRANQUE DE-
PENDE MÁS DE LA BUENA CALIDAD
DEL ACEITE PARA MOTORES QUE
DE LA DEL COMBUSTIBLE.

demos asomarnos a la puerta, seducidos,
sorprendidos o espantados. En nuestro
tiempo, las imágenes invitan a los viajes
y al mismo tiempo desaniman a empre-
nderlos. A fuerza de ver reproducido el
rostro de un personaje, casi no se desea
conocerlo. La multiplicidad de fotografías
de una ciudad o un paisaje llega a con-
vencer a algunos de que ya nada puede
esperar de ellos. Así, los que han visto,
desaniman a menudo a los que hubieran
querido ver.

Sin embargo, entre estas imágenes hay
algunas que hacen soñar; son precisamen-
te las que representan lo que fué el viaje,
no en tiempos prehistóricos, sino hace
unas decenas, unas veintenas de años. Los
pintores han elegido a menudo este te-
ma. Anteriormente, la pintura religiosa
no encontraba más ejemplos que el éxodo
de los Reyes Magos o la Huida a Egipto.
Los holandeses fueron los primeros que
pintaron viajes menos augustos. Curiosos
de los menores detalles de la vida coti-
diana, ¿qué argumento, mejor que el del
viaje, les hubiera permitido asociar al paisa-
je—que representaron con tanta verdad
y grandeza—a los más pequeños acceso-
rios de la vida del hombre y a sus ges-
tos ya los de sus animales familiares?

El «Alto de viajeros» es tema que ha en-
riquecido frecuentemente a la pintura de
los siglos XVII y XVIII. Mirando deter-
minado cuadro de Van Ostade, por ejem-

plo, el turista moderno puede imaginar
exactamente lo que tenía de precario, de
incómodo, pero también de humano y va-
riado, un viaje hace siglo y medio.

Los más románticos de nuestros con-
temporáneos, ¿consentirían en emprender
un viaje en esa exigua diligencia cuya lle-
gada se ve en el encantador cuadro de
Boilly? Y no hablo de «El vagón de ter-
cera clase», que Daumier pintó con su ge-
nio a la vez magnífico y feroz. ¿Hay evo-
cación más atractiva de un viaje corrien-
te y sin gloria que «La diligencia de Lou-
veciennes», de Pissarro? Ese paisaje de
otoño, bajo la lluvia, esa carretera enlo-
dada, ese coche tirado por dos caballos
blancos reventados; la indiferencia del
hombre del primer plano... todo da una
impresión de cansancio y, sin embargo,
flota todavía el viejo y eterno ensueño
del hombre.

Yo, cuando sueño en el viaje, recuer-
do el «Encuentro», de Courbet. El aspek-
to feliz del viajero, la belleza del cielo, la
pureza de la atmósfera, la sensación de
respirar libremente, la melancolía del hom-
bre de negro—el sedentario—todo con-
cuerda para dar del viaje una idea sen-
cilla y exaltante. Pero se trata de un via-
je a pie y ¿quién, en nuestros días, asocia
a la idea de viaje este modo anticuado
de locomoción? Unas cuantas docenas de
soñadores incorregibles, esparcidos en el
universo.

SOBRE RASCACIELOS

La famosa torre de Babel, alcanzó
a una altura de 100 metros solamen-
te, esto es, no más allá del piso 22
del edificio Empire State.

Nueva York, es conocido popular-
mente como «la ciudad de los rasca-
cielos», pero el promedio de altura
de sus edificios, es de menos de cinco

pisos.

Es contrario a la ley, contruir un
rascacielos en Boston.

En Londres, acaba de ser construí-
do un edificio de nueve pisos, y to-
dos los londinenses lo califican de
«rascacielos».—(De «Fact Digest»
Emaus, Pensilvania).

EN 1847, se perpetró en París un crimen que tuvo resonancia continental. El Duque de Choiseul-Praslin, había dado muerte a su esposa con una hachuela en su mansión de Faubourg Saint Honoré, y las autoridades habían arrestado, junto con el noble varón, a su ama de llaves Henriette Deluzy-Desportes, conocida con el nombre de Madame D, a quien se sospechaba cómplice del grotesco asesinato. Era una época de borrascas políticas y las complicaciones del proceso contribuyeron bastante a precipitar la ola de descontento que culminó en la revolución del 48 y del destronamiento del rey Luis Felipe y su obstinado ministro Guizot.

Los detalles de esta novelesca tragedia y las posteriores actividades de Henriette Deluzy-Desportes, han servido de tema a la escritora norteamericana Rachel Field, descendiente de Madame D, para hacer una novela movida y llena de interés dramático, publicada por la Editorial The Macmillan Company, de Nueva York, bajo el título de «Todo esto, y el cielo también».

Mientras estuvo detenida, Henriette fue la mujer más discutida y despreciada de Francia, pero cuando hizo su propia defensa, en el ruidoso proceso del cual salió bien, se convirtió fácilmente en una de las figuras más llamativas de su tiempo. A raíz de aquel sensacional acontecimiento, salió de su patria para buscar refugio en los Estados Unidos, donde se casó con un caballero que luego se hizo de nombre en el mundo de las tertulias.

Rachel Field, relata en la novela de su tía segunda, las dos etapas de su vida. Primero, los años de conflicto y agitación en el círculo de la familia Choiseul-Praslin, donde se encontró de pronto frente a una voluntariosa mujer, la Duquesa y con la perspectiva de seducción que acaso le ofrecía el presumido Duque en las ocasiones en que podía mostrarle sus afectos furtivos. A poco, el rumor y el escándalo que eran alimento cotidiano de las clases encopetadas de París, y el increíble asesinato que llenó de espanto a la infeliz Henriette.

Acusada de haber envenenado la mente de los hijos de la Duquesa, contra su celosa progenitora de sangre corsa; burlada de traidora por sus supuestas relaciones clandestinas con el Duque; nadie pensó en aquellos instantes que podía ser víctima de una trama fraguada para ensombrecer su lealtad al jefe de la casa y la devoción y cariño con que siempre cuidó a toda la familia. Sin embargo, la heroína del palacio de Faubourg Saint Honoré, y de la villa de los duques en Melún, es, según nos pinta Rachel Field, una generosa e inteligente mujer.

Refugiada en los Estados Unidos, la vemos casarse con el novelista Henry M. Field, y hacer las delicias de la sociedad y los grupos ilustrados de Nueva Inglaterra y Nueva York. En esta ciudad, vivió en Gramercy Park, y su casa era punto de reunión de notabilidades como el poeta William Cullen Bryant, el inventor Samuel Morse, los Beechers, Peter Cooper, Bayart Tylor y Edmund Clarence Stedman. Una vida muy distinta a la de su París, pero que constituía, después de las trágicas experiencias del 47, a manera de nuevo ensayo para alcanzar la felicidad.

Miss Field, ha logrado presentar sus materiales con un estilo narrativo muy emocionante. Las escenas de París hacen 90 años, parecen vividas por la autora, sin duda debida a la compenetración que tiene de los ideales de la heroína y el conocimiento directo del escenario donde tuvo lugar el sensacional suceso. La novela de Henriette tiene un comienzo sombrío y un final inundado de luz. En ambos lienzos, Rachel Field, ha realizado su mejor esfuerzo creativo en el campo de la ficción, según la opinión del notable crítico Ben Ray Redman.

—ooOoo—

UNA GRAN ESCRITORA NEGRA EN LA TIERRA DEL VODU

Zora Neale Hurston, intelectual del arcañ negro, fué mandada a Jamaica y Haití, por el Instituto Guggenheim de los Estados Unidos, con el propósito de que estudiara las tradiciones y creencias de los habitantes de estas is-

EL FAMOSO ASESINATO QUE HIZO VIVIR DOS VIDAS A UNA EXTRAÑA MUJER

Por su condición de Negra y por su inteligencia, logró vivir entre los nativos y comprender mejor las reacciones emocionales de éstos. En «la torva noche haitiana», escuchó de labios carnosos y secos, las viejas leyendas de la raza y los tambores que anunciaban los ritos del Vodú. Retrató a un Zombie auténtico, el individuo vivo que está muerto bajo los hechizos y que ya el escritor William Seabrook nos había descrito admirablemente en su libro «La Isla Mágica». Entonces escribió «Tell My Horse», deliciosa obra que acaba de publicar la editorial J. B. Lippincott & Co., de Nueva York.

En su bella composición, «Canción Festiva Para ser Llorada», el poeta antillano Luis Palés Matos, nos ha anticipado la hondura emotiva del Negro en el trópico, de ese curioso fenómeno psicológico que él identifica con las ambientes isleños, cuando habla de «Haití, vodú y calabaza; Cuba, ñáñigo y bachata; Puerto Rico, burundanga». Zora Neale Hurston va más hondo que el blanco Palés, porque viene del Tombuctú y entiende a la Princesa de Tembandumba y a la tierra de la Quimbanba.

Haití es Vodú y calabaza, por mucho que pretendan negarlo las clases altas de Puerto Príncipe. La autora de esta reciente obra, sobre motivos antillanos, ha visto el paganismo africano, con sus dioses buenos y malos, trasladado a las selvas haitianas. No se trata, pues, de una visión teórica de dioses católicos pintados de negro, sino de una especie de entrevista escalofriante con Ogún Badagris, el genio de la guerra y los horrores a quien los sencillos habitantes de la Gonaive le rinden alborozados tributos —y sacrificios sangrientos— todos los años, en una de las orgías más pintorescas que puede imaginarse, presidida por un Papalci y una Mamaloi, que son sacerdotes auténticos en la teogonía primitiva afroantillana.

El libro relata el careo de Miss Hurston, con la temible orden del «Cochon Gris», compuesta por extorsionistas y caníbales, en su intento de averiguar los orígenes del Zombie y de descubrir las prácticas de la brujería, que esta sociedad secreta lleva a cabo a pesar del esfuerzo del ciudadano progresista de la república, por destruirla. Presenció las extrañas ceremonias de la peligrosa «Sect Rouge» y las sensuales fiestas de la transfiguración del cabro, que Seabrook también vió durante su viaje a las montañas de la isla. Tomó 24 fotografías, que forman parte de la obra y son un documento valiosísimo para los estudiantes del folklore antillano.

Carl Carmen, crítico literario, dice en el «Herald Tribune», de Nueva York, sobre este libro: «Cuando Zora Hurston empieza a escribir sobre sus vidas y sus observaciones entre los nativos de las brumosas montañas haitianas, es incomparable. El libro está tan bañado en el espíritu del asunto, de que trata que el lector se sienta rodeado del ambiente grotesco, escalofriante y sobrenatural que nos pinta, y apenas logra convencerse que está leyendo el trabajo auténtico de una escritora sincera y laboriosa, que observó las cosas como son. La obra contiene comentarios sociales y mucho humorismo; está repleta de excelentes rela-

ciones y descripciones de los credos regionales, así como de la letra y música de muchas canciones autóctonas».

William Seabrook declara que le ha encantado el libro y agrega que «Papá Legba le abrió a la autora de par en par las puertas de su recinto, y Zora logró lo que ningún hombre blanco hubiese podido lograr».

—ooOoo—

OTROS LIBROS RECIENTES

ARISTIDES BRIAND, CAUDILLO DEL SIGLO EN FRANCIA

BRIAND, por George Suárez, Editorial Plon, París

«Para explicar a Briand, —dice el autor de esta singular biografía— he tenido que explicar también el medio ambiente en el momento en que Briand actúa, de la actualidad en que obra, del minuto en que resuelve, del acontecimiento con el cual se enfrenta. Es así como mi biografía ha tomado, poco a poco, las proporciones de una historia de la sociedad, de una época y de los grandes hechos políticos que se han desarrollado bajo el gobierno de Aristides Briand».

Este párrafo revela el método de M. Guáez para hacer biografías tan monumentales como la que debemos a su pluma sobre Clemenceau, y de la cual es digna compañera la que ahora nos ofrece acerca de Briand. Para poseer el tema a cabalidad, pasó largo tiempo en la residencia del estadista en Cocheret, estudiando los cuadernos de impresiones en que Briand anotaba sus pensamientos sobre la época y los hombres que le rodeaban, especialmente en los años de la Guerra Mundial. En relación con el juicio que formó de su contemporáneo Suárez nos ofrece un próximo volumen que ha de revelar asombrosos hechos.

Este primer tomo abarca el periodo comprendido entre 1862 y 1904, en que Briand era lo que su biógrafo llama «el rebelde circunspecto». Aparece aquí como un periodista socialista activo, abogado y diputado revolucionario en el parlamento. Todo el material disponible para la obra ha sido tomado en fuentes selectas: los documentos confidenciales sobre las normas políticas de sus gobiernos; las observaciones personales del influente caudillo; su correspondencia con escritores, artistas y políticos de Francia y el extranjero. Hace un parangón entre Briand y el Tigre Clemenceau que es un repaso estupendo de los genios antagónicos de estos dos hombres de estado, que «se repartieron ellos solos la vida política de Francia», y el choque violento de cuyas doctrinas «no es más que un efecto lógico de la lucha de las ideas y la competencia del talento, que son las reglas supremas del régimen parlamentario».

La crítica francesa estima que esta obra biográfica es una de las contribuciones más importantes que se ha hecho en los últimos años al esclarecimiento de la historia de Francia en el siglo XX. Briand jugó en los comienzos de este periodo revolucionario un papel decisivo, y con él a la cabeza, y a su lado Clemenceau, cruzó la república por una de las crisis peores que se registran en los anales de la política europea, desde las campañas de Napoleón.

LA VERDAD Y LA LEYEN GOYA, GENIO DE LA VERDADERA

GOYA, UNA BIOGRAFIA

Poore. Editorial Scribners, N. Y. Escribir de Goya, equiva- los de España; así de auténticos e inseparables son ambos esta biografía, debida a la pluma literario del «New York» escenas memorables de una hoy está en receso, pero existe y que conserva sus páginas en las obras inmensas de su arte.

Poore, empieza por destruir las leyendas tejidas alrededor del genial pintor Desnuda. Este lienzo, al igual vestida, tal vez no sonde la Alba, como se ha repetido cierto que el Duque se trasladó a Madrid, con propósitos acusar al artista por haber modelado a su exquisita y bella madrileña creen aún que el enteró de que el aristócrata dar aquel asunto de honor, con ropas, durante la noche y tró al Duque para apaciguar arrebatos.

También se ha dicho que dido por unas palabras del Duque, sacó de una gaveta su ra matarlo, y luego le rompió la cabeza. Nada de esto es cierto es cierta la leyenda de que sus concubinas y tuvo q. abando porque lo sorprendieron subiendo de un convento. Las pruebas ore ha consultado, indican que un marido modelo y bastante mujer y sus veinte hijos legítimos Goyas tan auténticos como la ja Desnuda.

Ningún artista ha pintado las corridas de toros y los do a los toros. Sabido es que les aman los toros de chiquillo relata el incidente del niño que o cuatro años saltó a la arena za de Málaga en los momentos monte, Lalanda y Barrera, hijo del Califa de Marruecos cho hizo unos cuantos pasajes fiero entre los clamores de y los ataques nerviosos de Civil. Finalmente, Belmonte do y le dió unas palmadas inundaron al chico de satisfacción esta anécdota, hay cientos de rias contenidas en la biografía por Mr. Poore y cada uno más que años de investigación en los archivos de la época.

Goya vivió 82 años, y en los ses de su vida, también como meros de su carrera. En la máxima artista, y el lujo de gobernantes jamás mató su sarcástica del vivir contemporáneo crea que el olor a sangre en la plaza de toro o en batalla. Lo que amaba como el color de la vida, y como el olor de los sucesos. En el día ni cuando inmortalizó la guerra en los días aciagos ción napoleónica; al lado de tida del enemigo, entre las artes y el tenebroso ruido de percibía el corazón irreducible patriotas españoles, que en maestras, son ni más ni menos de alma. Goya era un capitán mendas realidades y de poesía.

El biógrafo Poore ha realizado presión de España superior hechos trágicos de la actual vil le ha inspirado a Elliot el libro «Vida y Muerte de Un Poeta». El volumen está ricamente do con reproducción de cuadros del artista a quien Poore superior a Greco y a Velázquez en inventiva y en emoción, el clásico escalafón que a siglos les diera el crítico don Madariaga.

Se examina hoy la situación relativa de las principales marinas no podemos por menos que compartir la opinión de un miembro del Gobierno británico que denunciaba últimamente en la Cámara de los Comunes, la «locura activa» del mundo, comprometido en la carrera de armamentos navales sin precedentes.

Es una carrera de la cantidad. Las flotas anglo-sajonas no quieren tener desventajas. La Gran Bretaña ha emprendido un formidable programa con objeto de poseer en 1941 una flota de 20 acorazados, 70 cruceros, 190 destroyers, 68 submarinos, 12 portaviones; el presupuesto de su marina para 1938 es de veinte millones de francos y un programa suplementario de 300 millones ha sido votado recientemente.

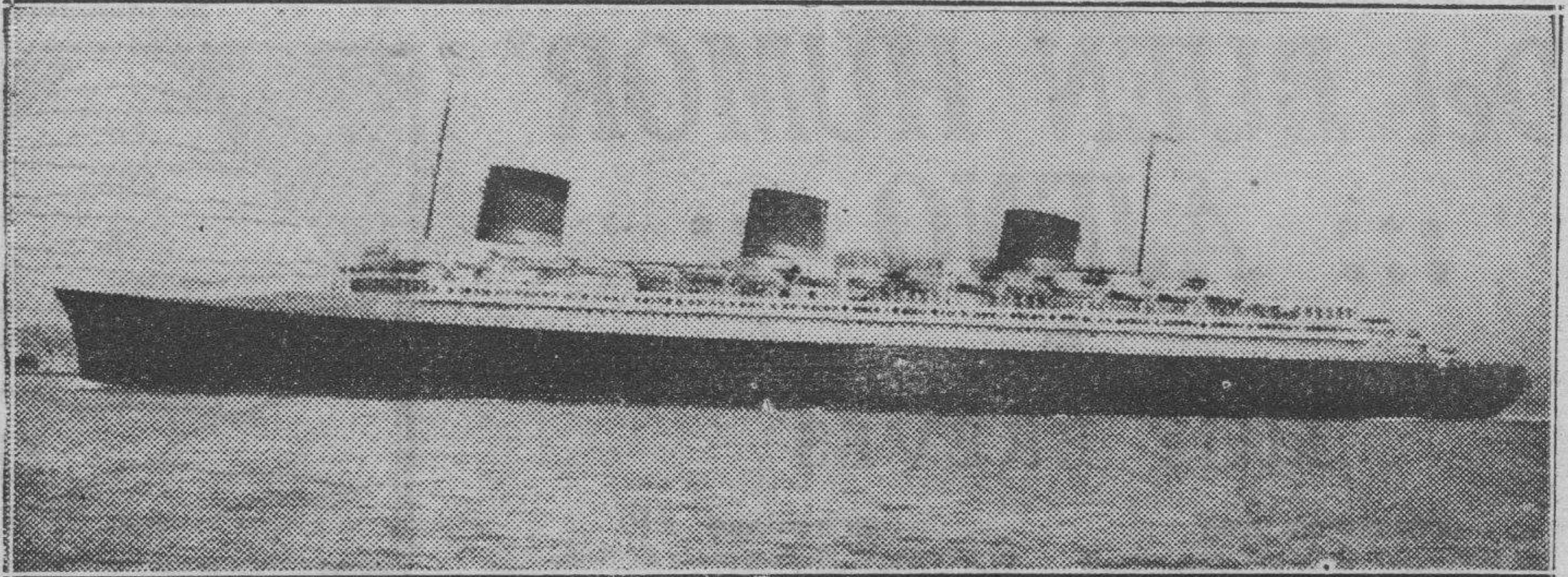
Los Estados Unidos han adoptado el 3 de mayo un programa naval suplementario que aumenta de 20 por ciento las plantas de su programa de 1934 y prevén efectivos siguientes: 18 acorazados, 8 portaviones, 47 cruceros, 147 destroyers y 100 submarinos.

Debido es que el Tratado de Londres de 1936 firmado entre los EE. UU., Inglaterra, Francia, extendido por acuerdos posteriores de Alemania y U. R. S. S. limita en 35.000 toneladas el peso máximo de los navíos de línea y a 356 milímetros el calibre máximo de los cañones. Estas informaciones no desmentidas hacen ver que el Japón construía cruceros de calibre y tonelaje superior al Tratado de Londres; así, pues, Inglaterra y los Estados Unidos tomaron la decisión de notificar a todos que tocaban la libertad y que empezaban la construcción de acorazados de 45.000 toneladas armados de cañones de 406 milímetros.

¿Cuál es la política francesa en esta carrera de armamentos?

La política francesa, se apoya sobre tres principios: la seguridad necesaria y la medida. En materia de cantidad esta política tiene por objeto poseer una flota tan fuerte como la de cualquier país europeo continental. En materia de calidad, Francia ha declarado en el momento de la firma del protocolo de Londres que el país limitaría a 35.000 toneladas el peso de sus navíos, mientras ningún otro país, sobrepasara este límite.

Las dos potencias europeas continentales cuyas flotas son importantes, son Alemania e Italia, así pues, la política



El «Normandie», trasatlántico francés, orgullo de la marina mercante gala.

LA SITUACION DE LA MARINA FRANCESA

Por JEAN MICHEL RENAULT
DIPUTADO, PRESIDENTE DE LA COMISION DE LA MARINA MILITAR

naval francesa está influenciada por la de estas dos naciones.

Italia ha seguido metódicamente la construcción de una flota que fué hasta 1936, mediterránea; la conquista de Etiopía marca una nueva orientación de la política naval italiana que tiende así a convertirse en una flota oceánica.

Alemania, limitada por el Tratado de Versalles, construyó sólo hasta 1935, unidades pequeñas; en esa época firmó un tratado con Inglaterra la cual abandonaba todo derecho de control sobre el tonelaje alemán.

En el 1 de julio de 1938, el tonelaje respectivo de las flotas continentales europeas eran: Francia 633.000; Italia, 585.000 y Alemania 407.700.

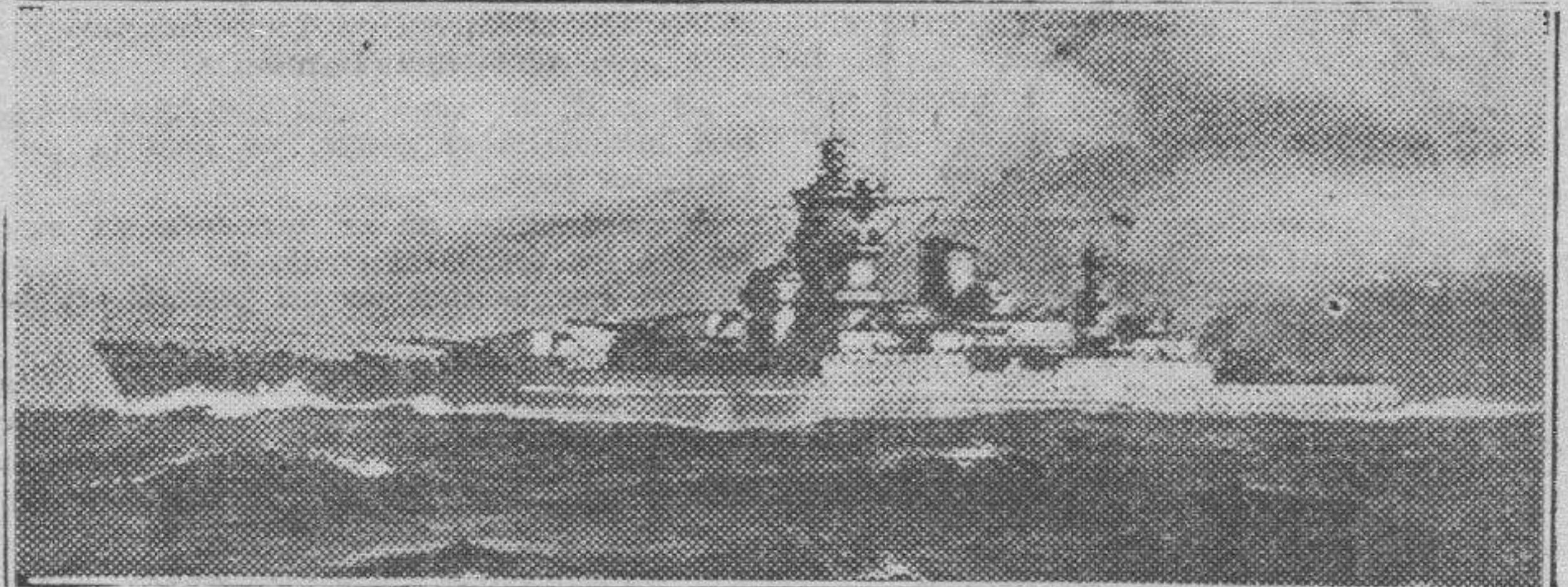
La flota francesa en construcción o en servicio cuenta 9 acorazados, 2 portaviones, 19 cruceros, 79 destroyers, 80 submarinos. Para mantener su avance en 1938 Francia contruirá 2 acorazados, 2

portaviones, 3 cruceros y 10 destroyers y 18 submarinos. Todo ello costará 4.000 millones y serán consagrados a las nuevas construcciones.

De esta forma, Francia se ve obligada a empezar en sus astilleros un trabajo cuyo peso total es de 110.000 toneladas, es decir el doble de lo que construía an-

No cabe duda que otros países extranjeros construyen con mayor rapidez que el nuestro; pero la lentitud aparente francesa está compensada por su calidad que despierta la admiración del mundo.

El «Normandie» como navío comercial y el «Strasbourg» y el «Dunkerque» como



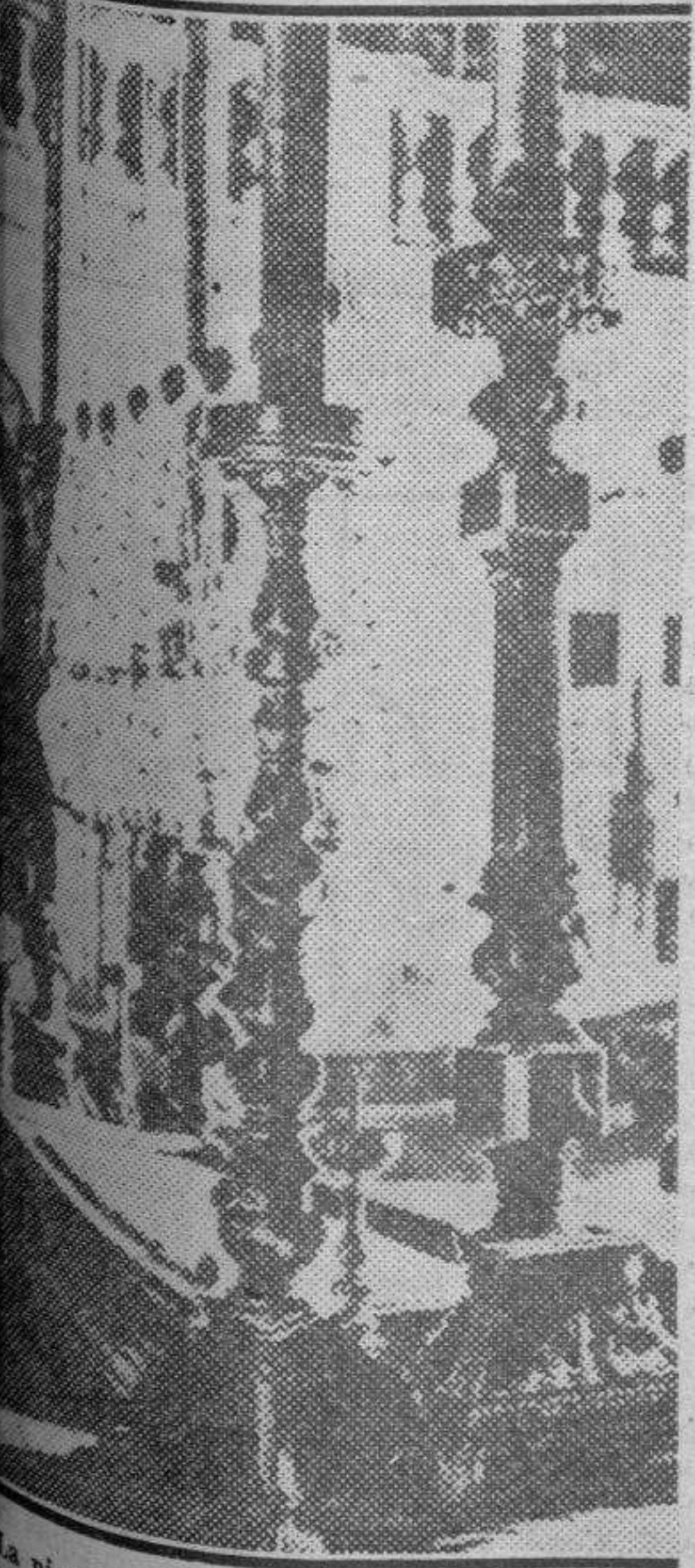
El «Dunkerque», crucero de batalla, gemelo del «Estrasburgo», ambos de 26.500 toneladas, reputados como los más modernos y perfectos buques de guerra.

tes anualmente. Este esfuerzo será llevado a cabo sin el menor desfallecimiento y pensando que de él depende la seguridad de su Imperio. El papel que desempeña la marina francesa es primordial sobre todo en tiempo de guerra pues de la marina dependerá el abastecimiento de la metrópoli.

navíos de guerra, son la mejor prueba de ello y excusan cierto retraso en la construcción.

En la ejecución de este programa, Francia muestra su voluntad pacífica que no excluye las preocupaciones legítimas de su seguridad y de su dignidad de gran potencia naval.

ERUSALEN TIENE...



cede». Y todos concluyen con las mismas palabras:

—Apiádate de nosotros.

Esa súplica de cristianos, judíos y mahometanos termina por hacerse confusa. Seguimos oyéndola al volver a la Vía Dolorosa, donde los mendigos—que también parecen estar ahí desde siempre—implozan:

—¡Meshkin! ¡Meshkin! ¡Meshkin!

Pero, de pronto, hallándonos en el punto más alto del camino, vemos pasar por el valle un camión cargado de tropas inglesas. Los cascos de acero y las hojas de las bayonetas brillan al sol. Son muchachos jóvenes y alegres cuyo aspecto marca un contraste violento en el ambiente. Sus ropas de guerreros modernos, sus máquinas, sus armas, sus rostros, toda la frescura juvenil que de ellos emana está gritando su exotismo. Adivinamos qué sucede y a dónde van esas tropas. En alguna aldea ha estallado una bomba. Mahometanos y judíos están en guerra continua. Y los soldados del Imperio Británico creen—¡ingenuos!—que sus bayonetas podrán imponer definitivamente la paz. Son soldaditos coloniales que consideran igual una expedición a Palestina que a la Somalia. Carecen de la sensibilidad histórica que nadie reclama. Pero lo único definitivo que parece haber en Jerusalén es la súplica de los cristianos, de los judíos, de los mahometanos, que se confunden con la de los mendigos:

—¡Meshkin! ¡Meshkin! ¡Meshkin!

La piedra de la unción... Años y más años la han regado con su desconsolado llanto millones de creyentes, pidiendo perdón y paz.

CURIOSIDADES

UNA PRUDENTE RESPUESTA

Tomaba el fresco don Bernardo de Irigoyen, en un balcón de su casa. Hacía un calor terrible, tan terrible, que don Bernardo resolvió quitarse la americana y el chaleco.

Viéndolo de espaldas y en mangas de camisa, su camarero le confundió con un criado que también servía en la casa. Fuése de puntillas, y le dió un tremendo cachete en la espalda. Por su parte el camarero se pudo. Don Bernardo se volvió sobresalido a sus pies y le dijo:

—Patrón, perdóneme; yo lo había confundido con Napoleón.

En tono resignado, contestó el amo: —Pero aunque fuera Napoleón, me era preciso pegar tan fuerte.

NO ERA SUPERTICIOSO

Daniel Tocci, joven neoyorquino de malas inclinaciones, compareció ante la justicia. Como era el 13 del mes, pidió al magistrado que se aplazara la vista del proceso.

—Todas mis desgracias, —declaró— me han sucedido en un 13. Un 13 fuí arrestado, un 13 se me remitió la citación, un 13 me casé y un 13 mi mujer me abandonó. Y en mi juventud, mi primera condena recayó en un día 13.

El magistrado le respondió que él mismo había nacido un viernes 13. Agregó que no era supersticioso y condenó a Tocci a cinco años de prisión.

Del BUEN HUMOR AJENO

MUY BREVES

REMORDIMIENTOS

EL BARBERO (mientras enjabona la cara del paciente llena de cicatrices: —Dígame, ¿lo he afeitado yo a usted antes?

MUCHOS

Un hombre me detuvo el otro día en la calle para preguntarme su camino para la Corte de Quiebras. Seguramente, le dije, podría indicarle a usted cien caminos.—(Picadilli).



Es más fácil cambiar la dirección del viento, que la decisión de una muchacha moderna «dispuesta a todo».

EN TABLERO

Se dice que el juego de moda en Hollywood es ahora el ajedrez. Nada nuevo; se trata de que las estrellas se tomen unas a otras los alfiles y den jaque a los maridos que no son suyos.—(Screen and Radio).

PRECOZ

LA MADRE (a la novia que llora desconsolada): —Pero hija, ¿por qué lloras si éste es el marido de tu elección, bueno y rico?

LA NOVIA: —Es que pienso, mamá, en lo aburrido que debe ser besar sólo a un hombre.—(College Humor).

FRANQUEZA

—Préstame cinco pesos, chico.
—¿Para cuándo?
—Para siempre.—(Judge).

MENTIRAS

Se discute si un pescador aficionado dice alguna vez la verdad. Yo creo que sí. Cuando llama mentiroso a otro aficionado. (Sport).

PARROQUIANO: —No, hombre; esas heridas las recibí en la guerra.—(Simplificissimus).

AMOR DE MUJER

Cuando una mujer ama a su marido hará todo lo que él quiera y que a ella le plazca.—(Humorist).

AUTOMOVILISTICA

—Por tí, mi amada, dijo el muchacho que manejaba el coche, yo pasaría por cualquier cosa.

Efectivamente, en el momento en que echaba los brazos al cuello de su amada, pasaba por encima de un policía.—(Humorist).

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

AFICIÓN A LAS CEREMONIAS
MÁS DE UN TERCIO DEL CALENDARIO DE LOS INDIOS HOPI ESTABA DEDICADO A RITOS RELIGIOSOS.

LA LEÑA
AL QUEMARSE EL PINO PRODUCE MÁS CALOR QUE UNA CANTIDAD IGUAL DE ACHICORIA.

LECHE VITAMINADA
ALIMENTANDO A LAS VACAS CON VITAMINAS DE LEVADURA, SE AUMENTA DE 15 A 30 VECES EL CONTENIDO DE VITAMINAS DE SU LECHE.

Editors Press Service, Inc.,
220 E. 42nd St., New York

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

LA PIRAMIDE MÁS ANTIGUA
LA MÁS ANTIGUA DE LAS PIRAMIDES DE EGIPTO, FUE CONSTRUIDA POR EL FARAÓN SENEFRU HACE 5,100 AÑOS.

UNA ONDA DE 20,000 METROS
LA MAYOR ONDA DE RADIO EN USO ES DE 20,000 METROS, O SEA DE 20 KILOMETROS, ENTRE UNA ONDA Y LA SIGUIENTE.

LAS FIBRAS DE LOS NERVIOS
UN NERVIECILLO QUE CONTROLA UN MÚSCULO DEL OJO, CONTIENE 2,500 FIBRAS SEPARADAS.

Editors Press Service, Inc.,
220 E. 42nd St., New York

PENSAMIENTOS

(Por **DIÓGENES**)

MUCHOS hombres al borde del hambre se han suicidado o se han casado.

Hay dos clases de estupidez: la silenciosa y la gárrula. La primera dura más, pero la segunda es más incómoda.

Hablando de salud dice un médico que las ostras crudas no son buenas. Pero no se sabe aún de una ostra que haya tenido que llamar a un médico.

Dice un científico que los billetes llevan contagios. Pues que viva el contagio!

Los maridos tienen siempre un instante de paz en las querellas con su mujer; es el momento en que ella no encuentra las palabras suficientemente duras que debe usar.

Ningún hombre vive enteramente satisfecho hasta que alguna vez en su vida no ha tenido el desahogo de llamar a otro imbécil en su cara.

Nada más fácil que permanecer honrado para el hombre que no tiene tentaciones.



(© 1938, by Bell Syndicate)

Cuando el amor es verdadero, que se tape en el «fútbol» hasta...



(© 1938, by Bell Syndicate)

Para que el «negocio» del matrimonio prospere, uno de los «socios» tiene que ser mudo.

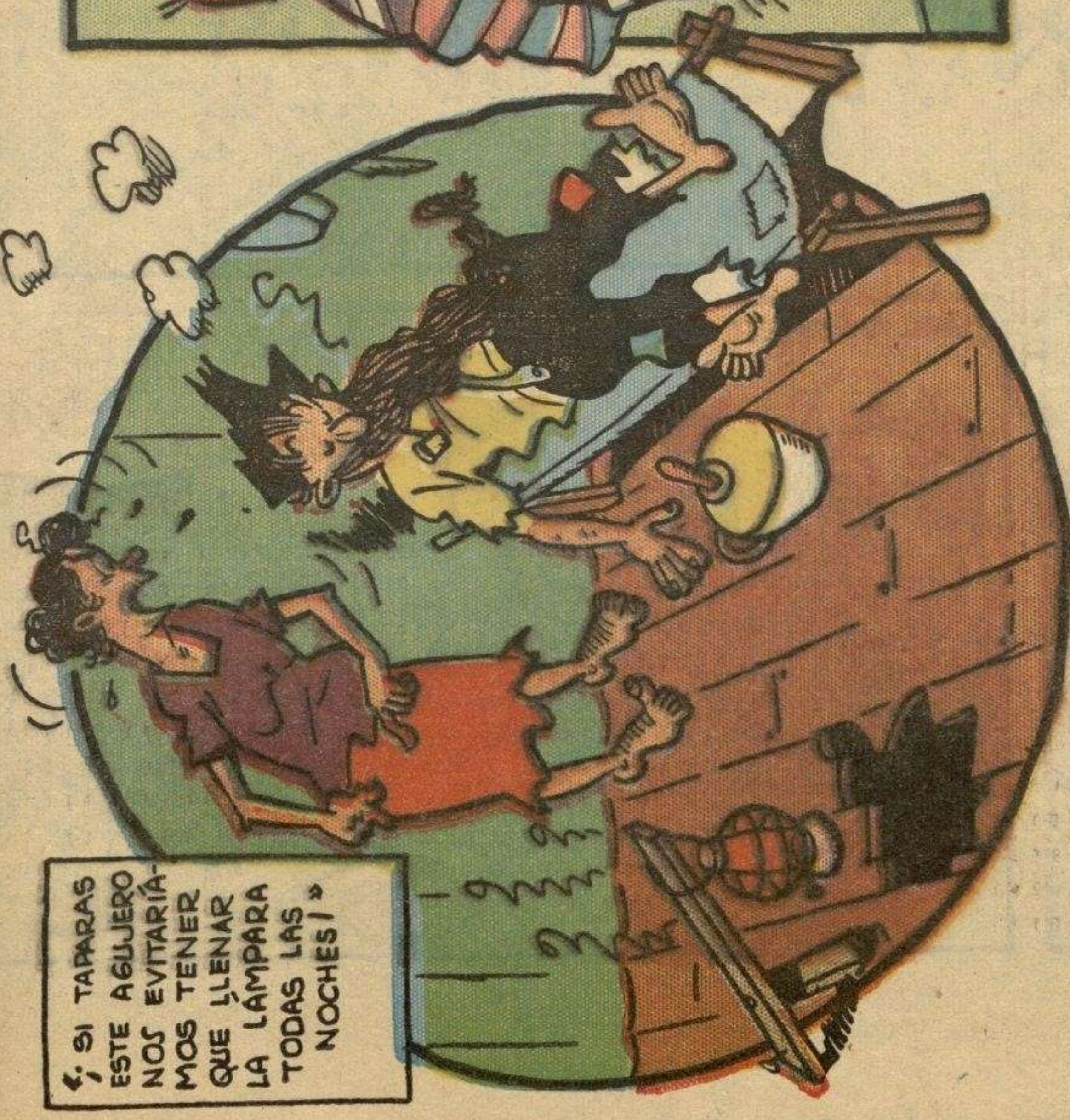


(© 1938, by Bell Syndicate)

Los ruidos resultan menos insuportables cuando los produce una danzarina puesta a seguir «la rumba» en el momento de enfrente.

LA VIDA ES ASÍ...

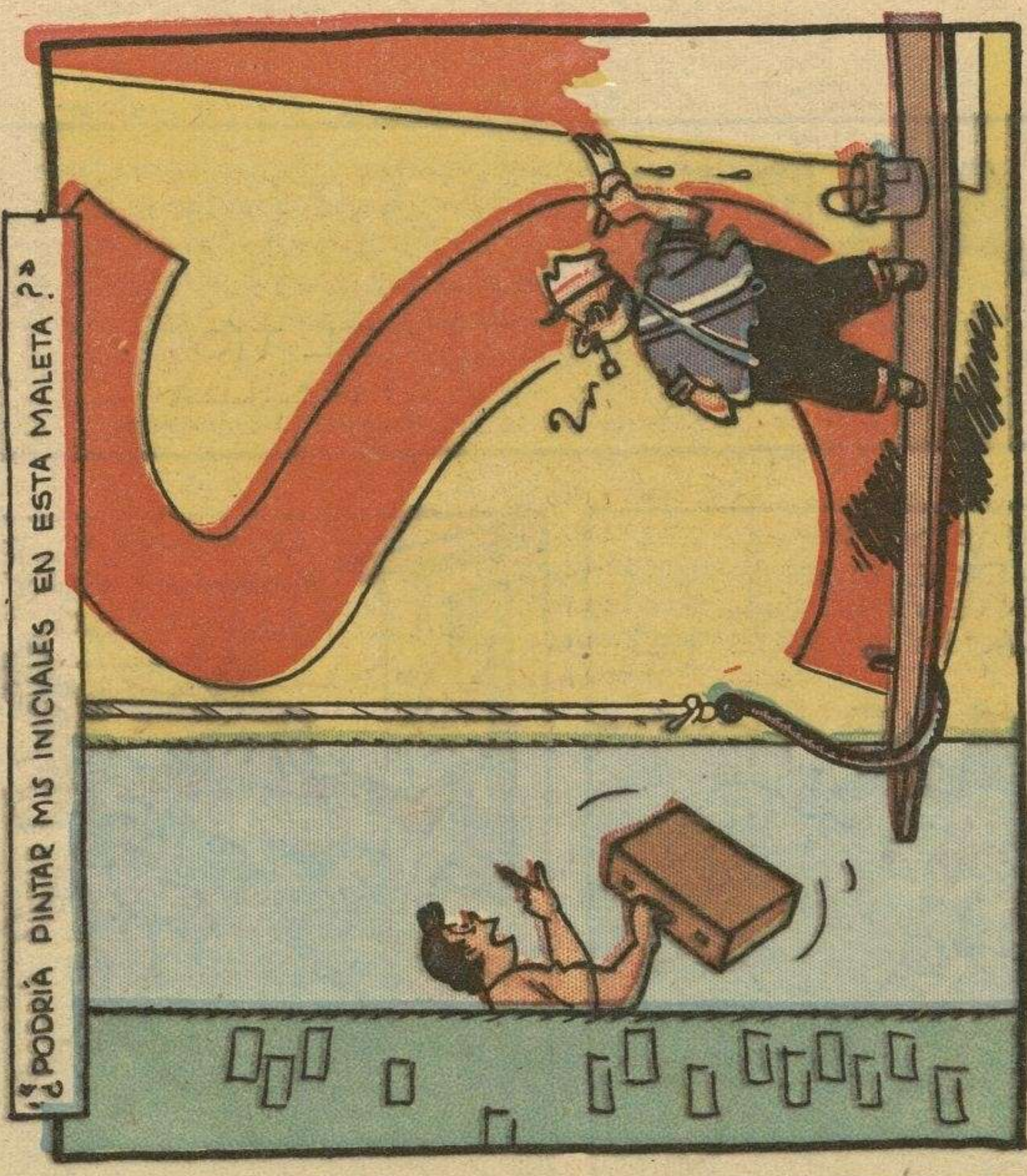
Por FRED NEHER.



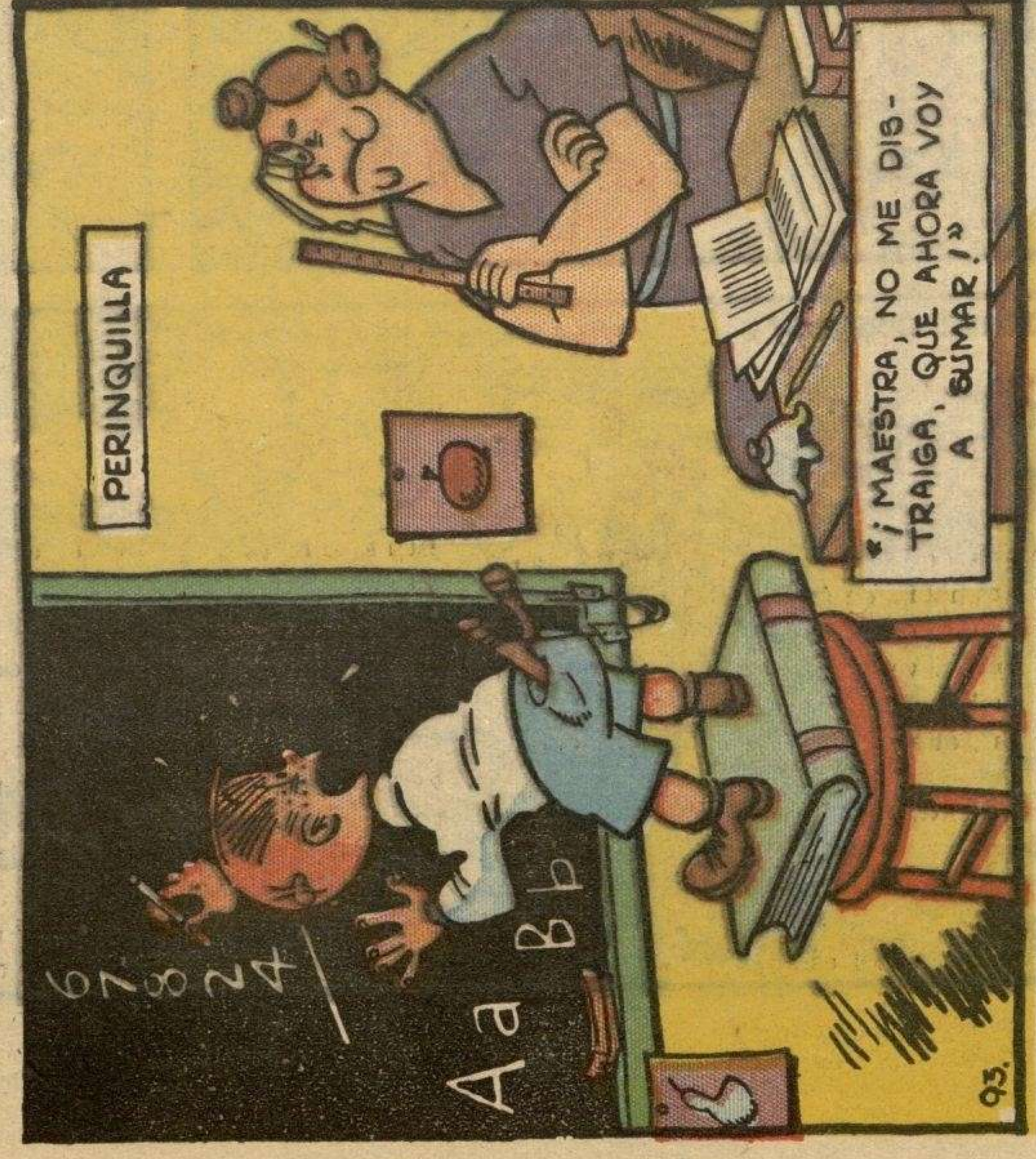
«SI TAPARAS ESTE AGUJERO NOS EVITARÍAMOS TENER QUE LLENAR LA LAMPARA TODAS LAS NOCHES!»



«EL PATRÓN NO QUERÍA SUBIRME EL SUELDO Y ME LO SUBÍ YO MISMO!»



«¿PODRÍA PINTAR MIS INICIALES EN ESTA MALETA?»

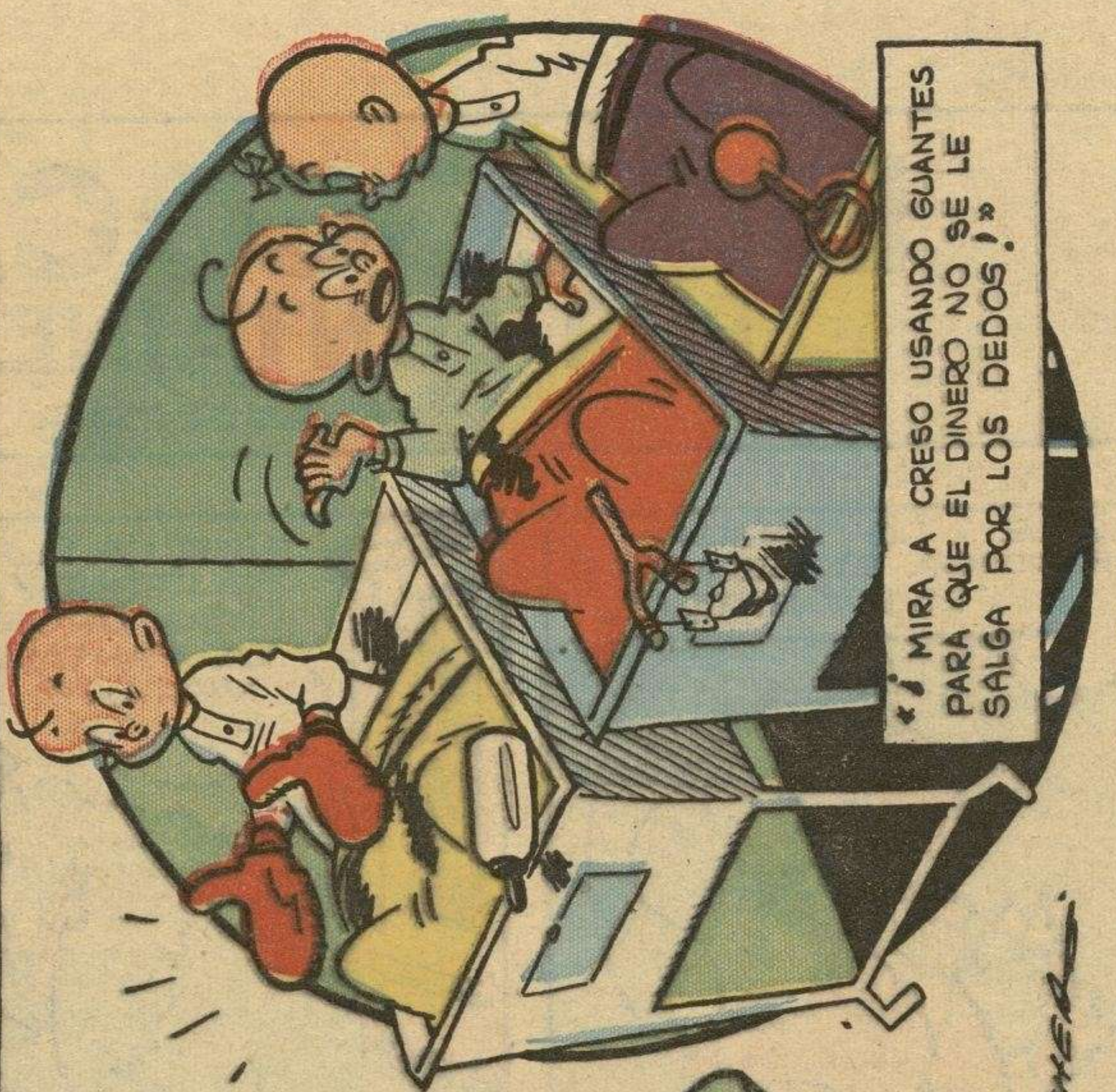


PERINQUILLA

«MAESTRA, NO ME DISTRAIGA, QUE AHORA VOY A SUMAR!»



«ESTABA PRECISAMENTE CONTÁNDOLE LA HISTORIA DE ROMEO Y JULIETA!»



«MIRA A CRESO USANDO GANTES PARA QUE EL DINERO NO SE LE SALGA POR LOS DEDOS!»

FRED NEHER

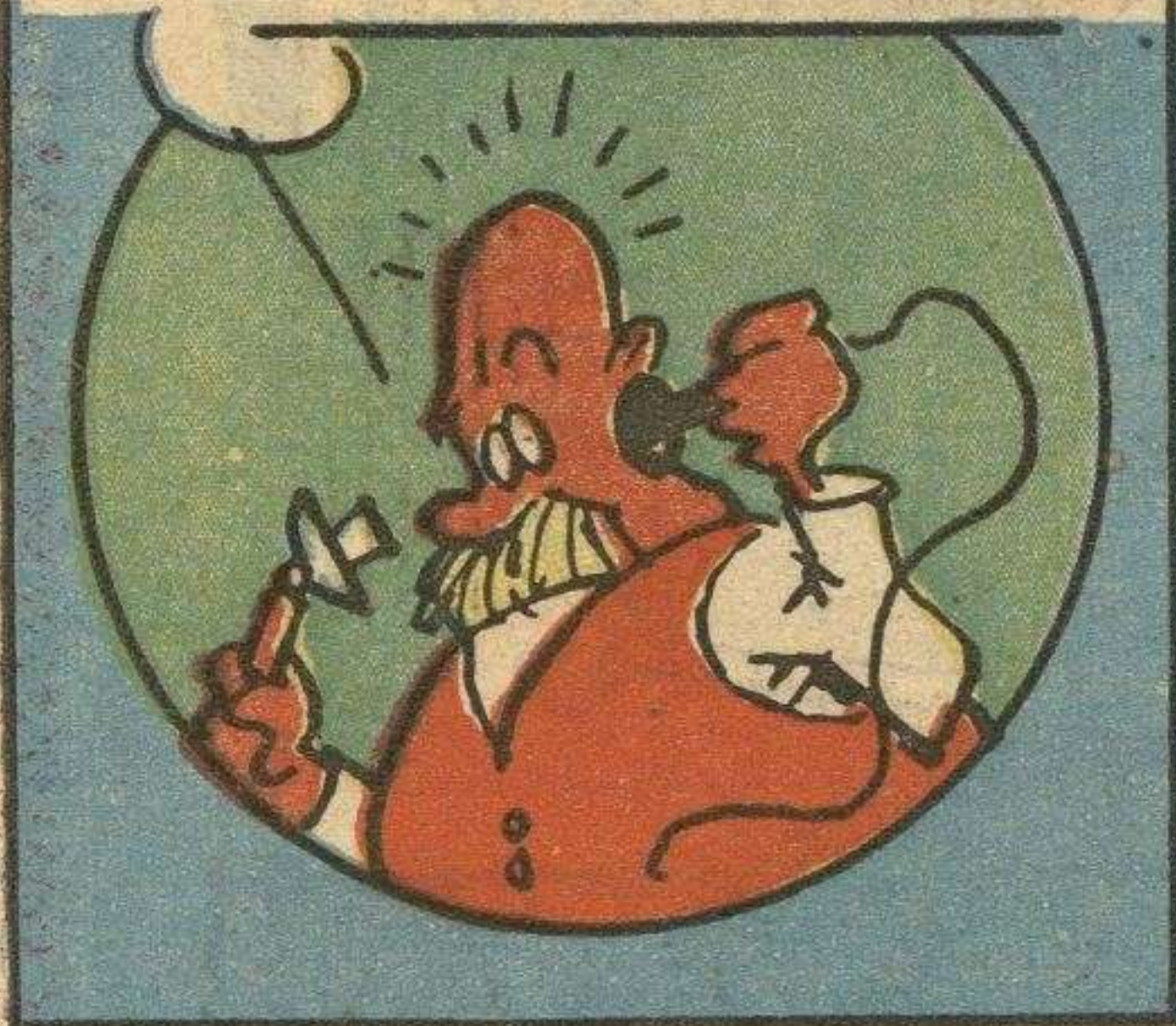
EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

Editors Press Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York

EL TÍO
MANILLA



«¡DÍGALE A TÍO "MANILLA"
QUE VENGA EN SEGUIDA!
¡ES URGENTE!»



«¡TE HA LLAMADO POR
TELÉFONO! ¡DICE QUE ES UN
CASO URGENTE! ¡TE BUSCARÉ
LA PANTALLA PARA QUE TE
VAYAS!»



«¡BUENO, EL DEBER ME
LLAMA! ¡HAY QUE
CUMPLIRLO!»



«¡ACABO DE VER A TÍO
MANILLA CON LA PANTALLA!
¡SEGURAMENTE VA A
LANZAR UN SALIVAZO!»



«¡CARAY, VOY A VER EL TRUCO DE
TÍO MANILLA! ¡NO LO CREO
POSIBLE!»



«¡AH, POR FIN LLEGÓ
MANILLA! ¡ÉL ME
SALVARÁ!»



«¡MANILLA: ESE MOSQUITO ME PERSIGUE
POR TODAS PARTES! ¡TIENE QUE
HACER ALGO!»



«¡TENÍAN RAZÓN LOS CHICOS!
¡VA A HACER LA PRUEBA
DEL SALIVAZO!»



«¡PÓNGASE LA PANTALLA EN LA
CABEZA Y SIÉNTESE QUIETO.»



¡QUÉDENSE QUIETOS!

«¡SILENCIO, MUCHACHOS!
¡HAY QUE DEJAR QUE
EL MOSQUITO
SE PARE
AHÍ!»



«¡DEL PRIMER SALIVAZO!»

«¡LO MATÓ!»

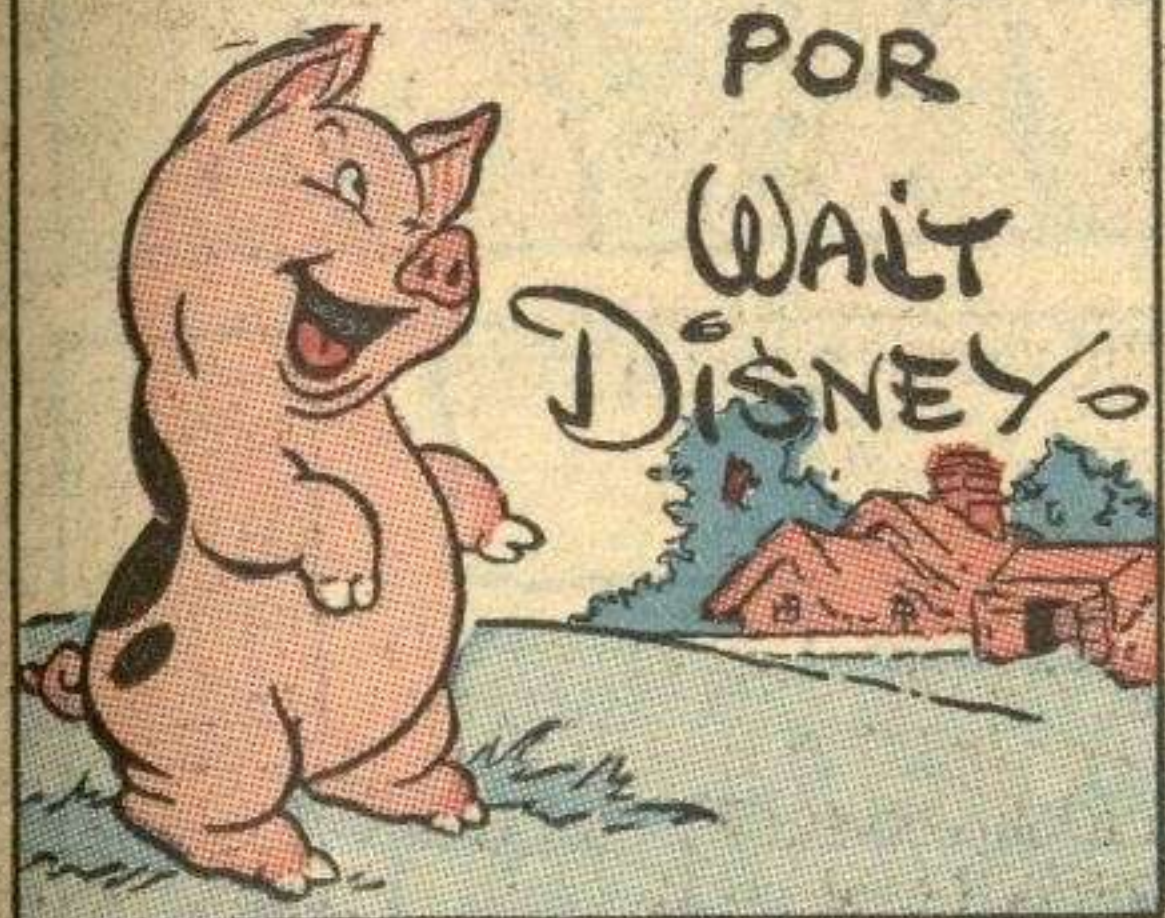
«¡SIGURO!»



DIARIO DE LA MARINA

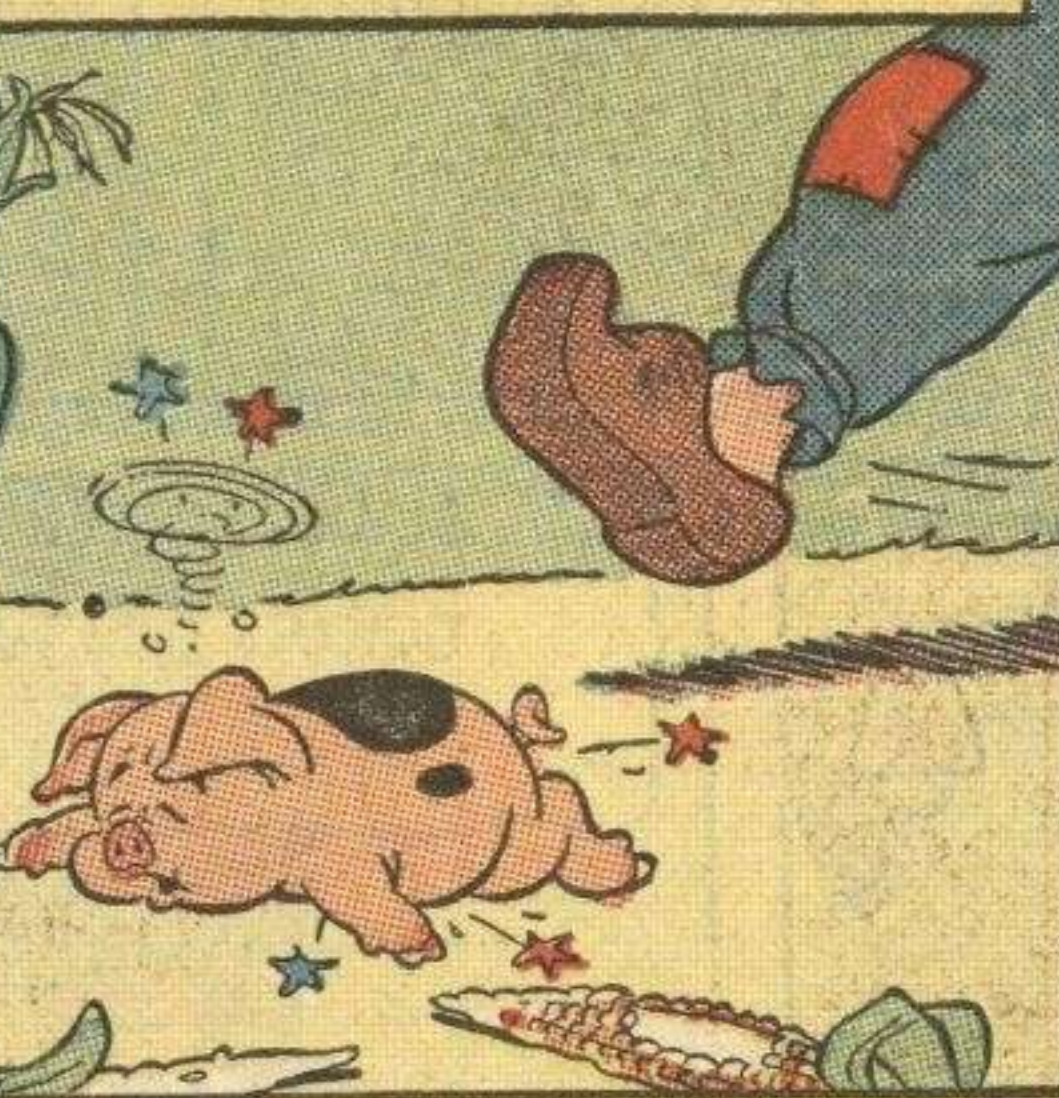
HABANA, DOMINGO 4 DE DICIEMBRE DE 1938

SINFONÍA DE CORRAL POR WALT DISNEY

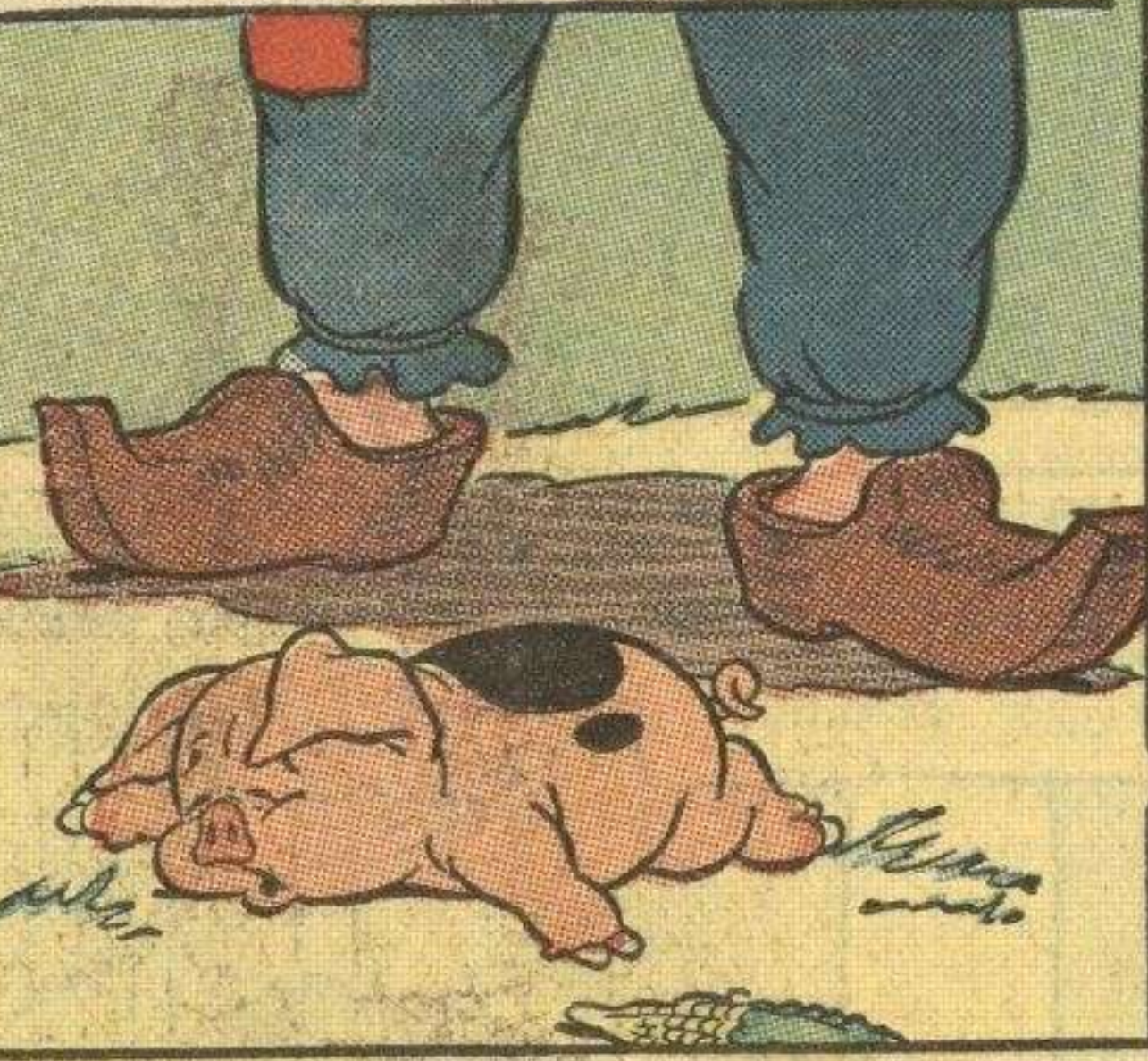


MANCHITAS, EL PUERQUITO GOLOSO, SE ENFERMO GRAVEMENTE POR HABERSE ATIBORRADO DE MAIZ.

EL DUEÑO DEL MAIZAL ACUDIO AL OIR GRUÑIR A MANCHITAS Y ESTE NO PUDO HUIR.



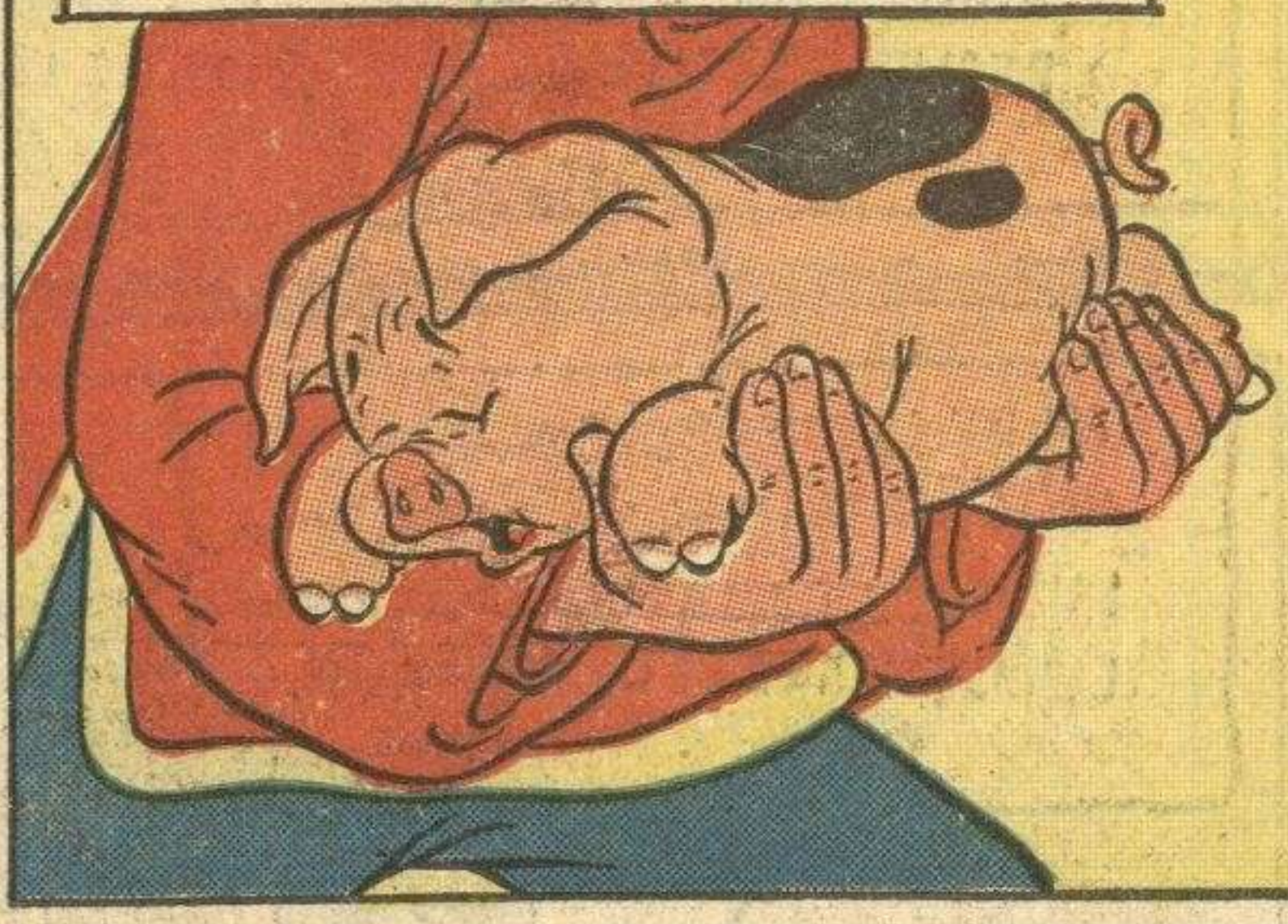
¡CUÁNTO NO DARÍA ANORA MANCHITAS POR HABERSE QUEDADO EN SU PROPIO CORRAL!



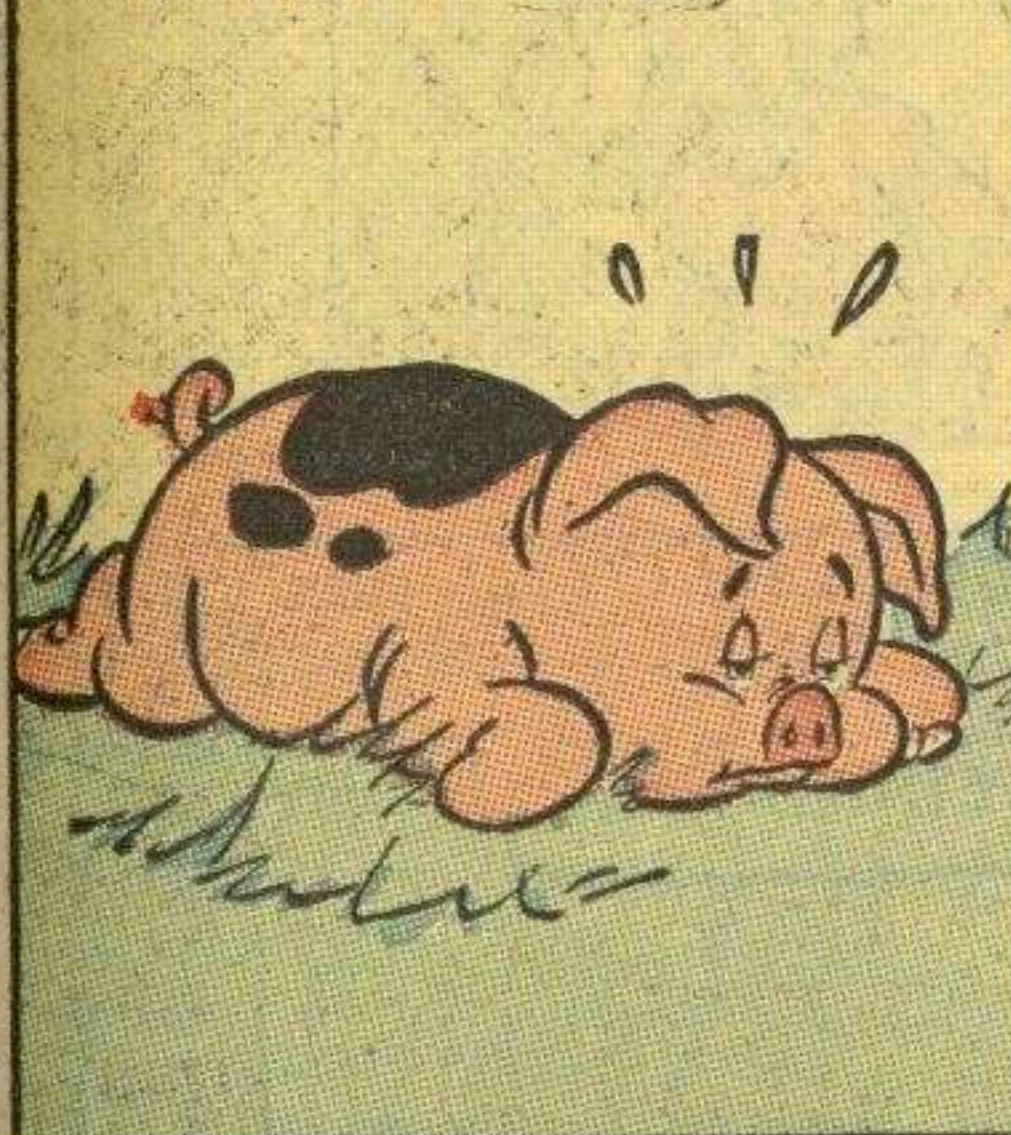
PERO YA ERA TARDE PARA PENSAR EN ESO...



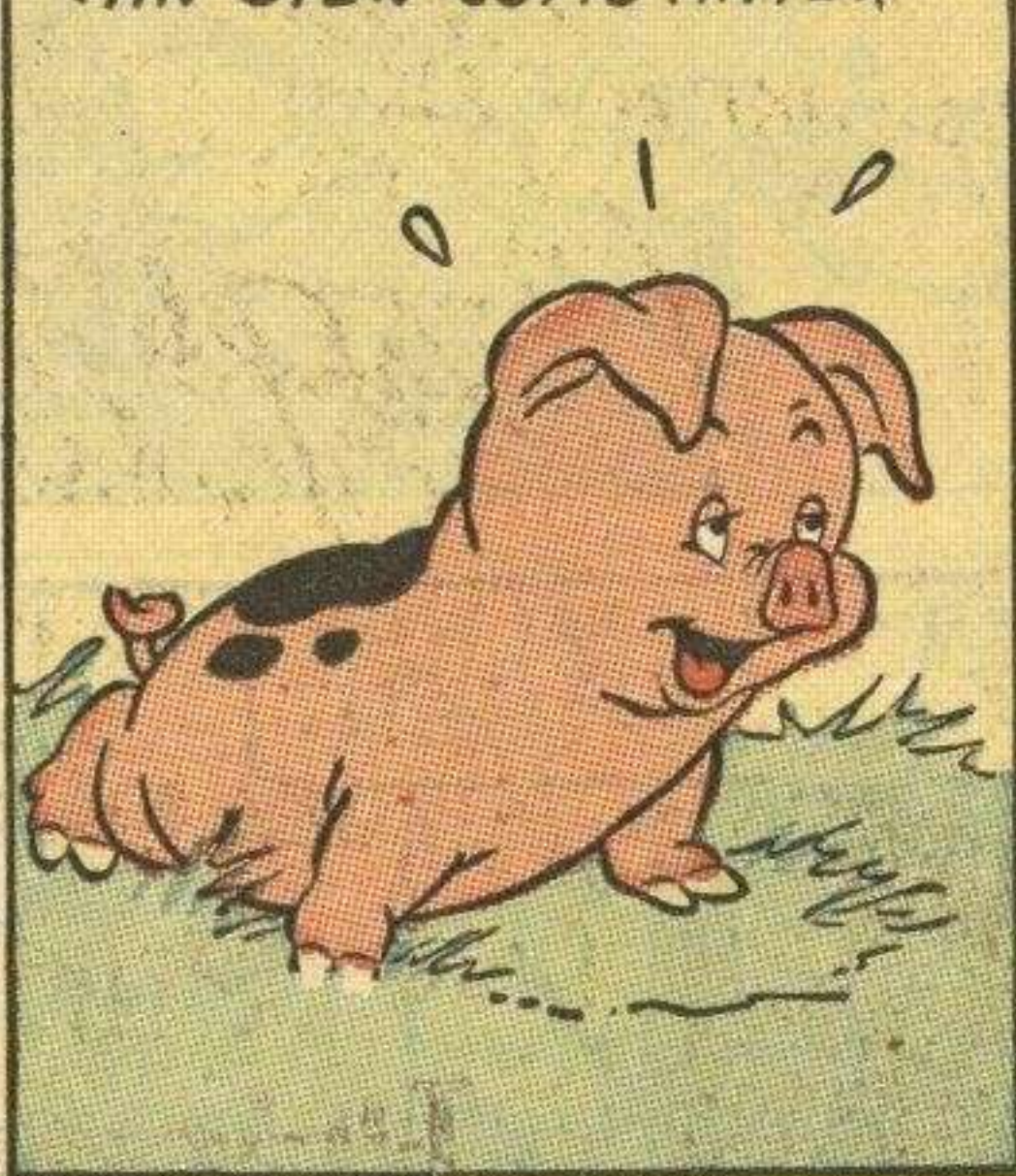
ADEMÁS, A MANCHITAS YA NO LE IMPORTABA SU SUERTE. ¡SE LE OSCURECIÓ EL MUNDO Y NO VIÓ NI SENTIÓ MÁS!



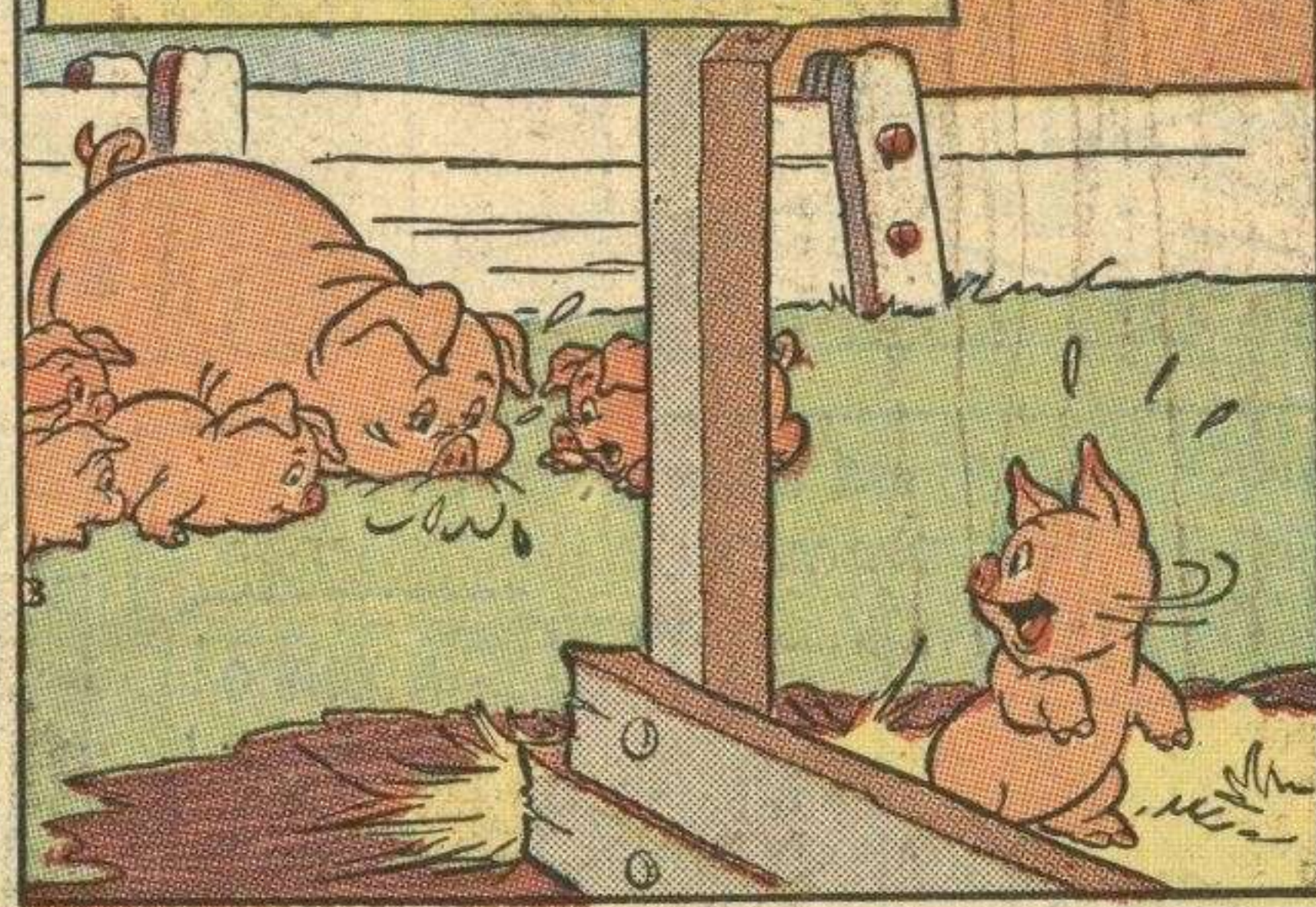
DESPUÉS, LO ÚNICO QUE PUDO RECORDAR FUE EL DESPERTAR...



SE DIÓ CUENTA DE QUE YA NO SENTÍA DOLOR. ¡SE SENTÍA TAN BIEN COMO ANTES!

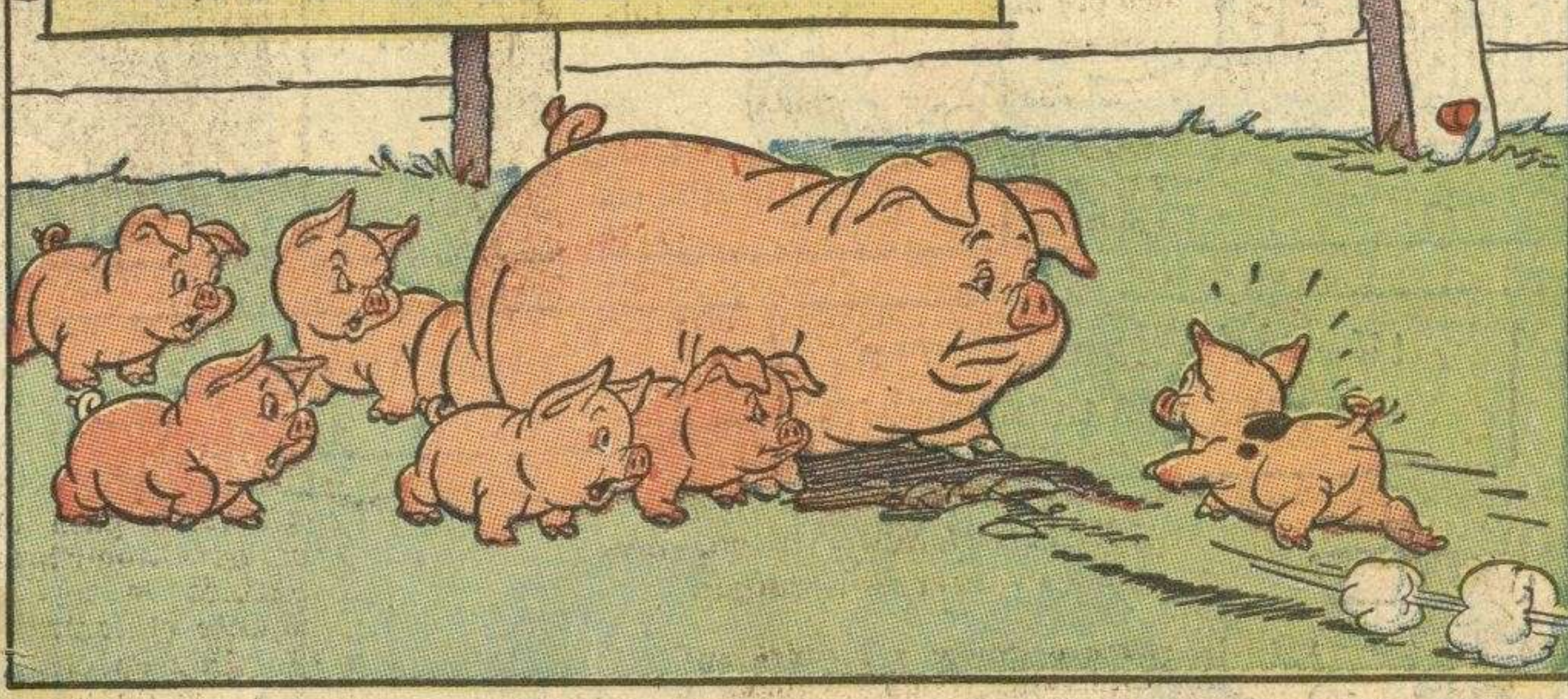


¡MIRÓ EN DERREDOR Y CUAL NO SERÍA SU ASOMBRO AL VERSE EN EL ANTIGUO CORRAL!

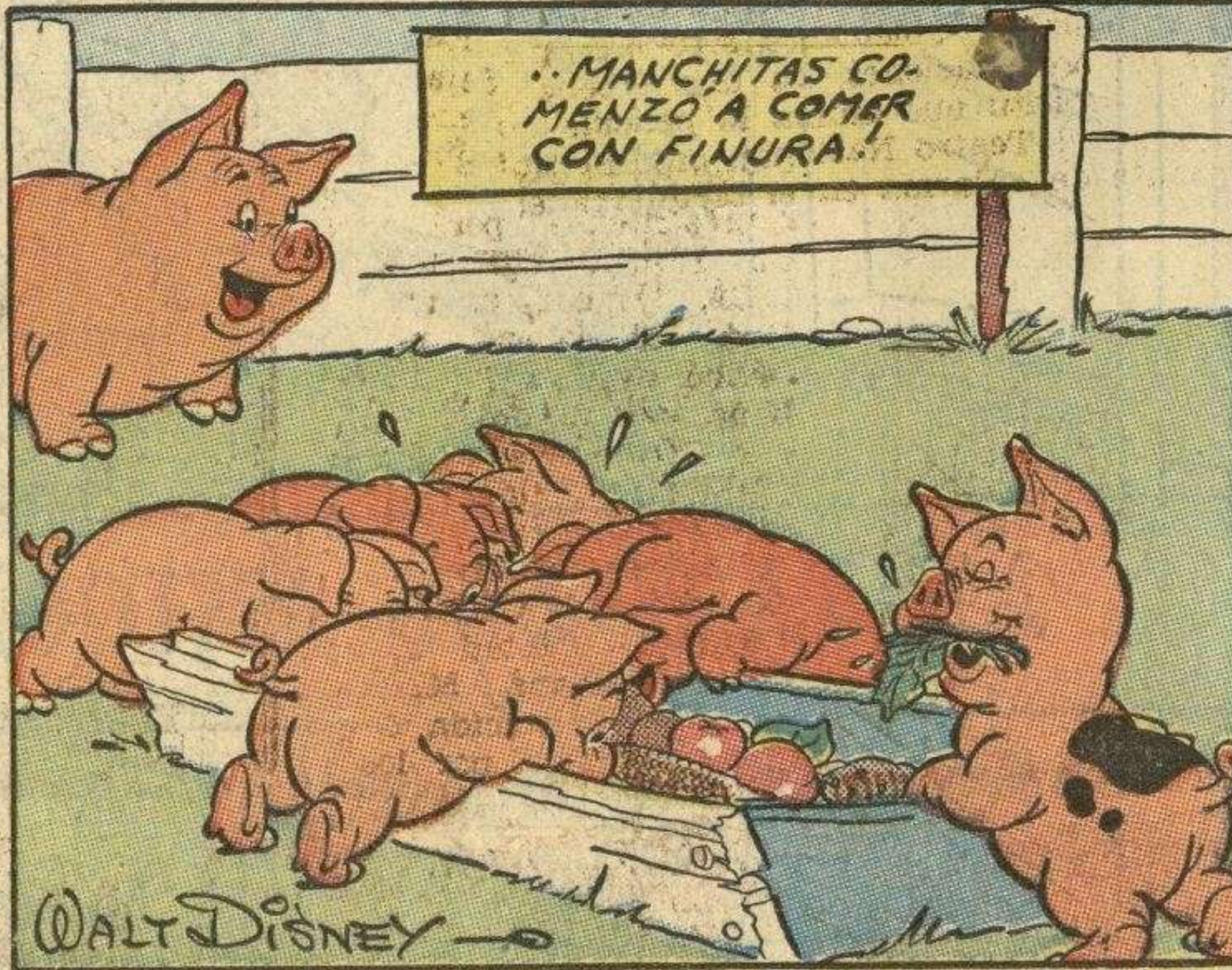


POR LO VISTO, CORRAL Y MAIZAL ERAN DEL MISMO DUEÑO. ESTE ERA UN HOMBRE BONDADOSO Y DEVOLVIÓ A MANCHITAS A SU CORRAL.

LA MADRE DE MANCHITAS SE ALEGRO AL VERLO, AUNQUE IGNORABA EL GRAN CAMBIO QUE SE HABÍA OPERADO EN SU HIJO.



¡A LA HORA DE COMER NO DABA CRÉDITO A SUS QUOS... EN VEZ DE AVALANZARSE...



MANCHITAS COMENZO A COMER CON FINURA.



¡DESDE ESE MOMENTO HUBO EN EL CORRAL NADIE MEJOR NI MÁS QUERIDO QUE MANCHITAS, EL ESCARMENTADO!

FIN

EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

TERMINADA LA FILMACION DE "EL SASTRECILLO VALIENTE", MIGUELITO Y MIMI SE MARCHAN.



¡CUÁNTO NOS HE-MOS DIVERTIDO!

¡SÍ, PERO POR POCO ME AFIXIASTE CON TUS BESOS.



¡HIPÓCRITA! ¿POR QUE NO ADMITES QUE TE GUSTARON, MIGUELITO?

¡ABUR, MIMI! PODRÁS VOLVER A BESARME... EN LA PANTALLA.



¡HOLA, MACU! ¿QUE DICE EL GRAN DIRECTOR?

¿YO? PREFERIRIA SER ACTOR, COMO USTEDES, QUE NECHA LA CINTA, DES-CANSAN...



SI TÚ FUESES EL DIRECTOR...

¿Y TÚ EL ACTOR? ¡TE DESPEDIA!

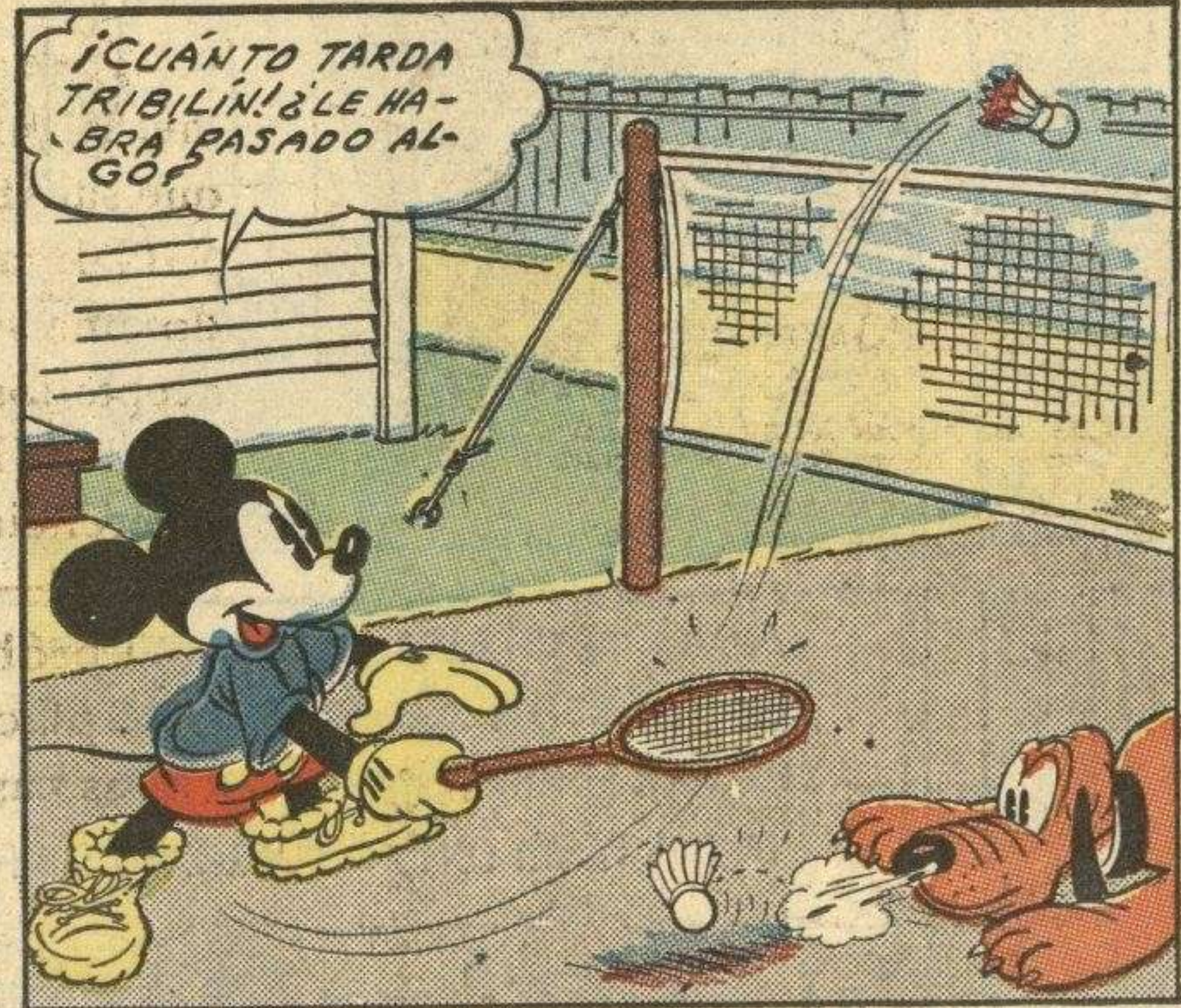


¡HOLA, TRIBILINI! ¿QUE TE PASA?

ESTOY MAREADO. ES EL TRAJE QUE LLEVO. ¿SABES?



¿JUGUEMOS BADMINTON ESTA TARDE? ES DECIR SI TU AUTO NO ESTÁ DESCOMPUESTO...



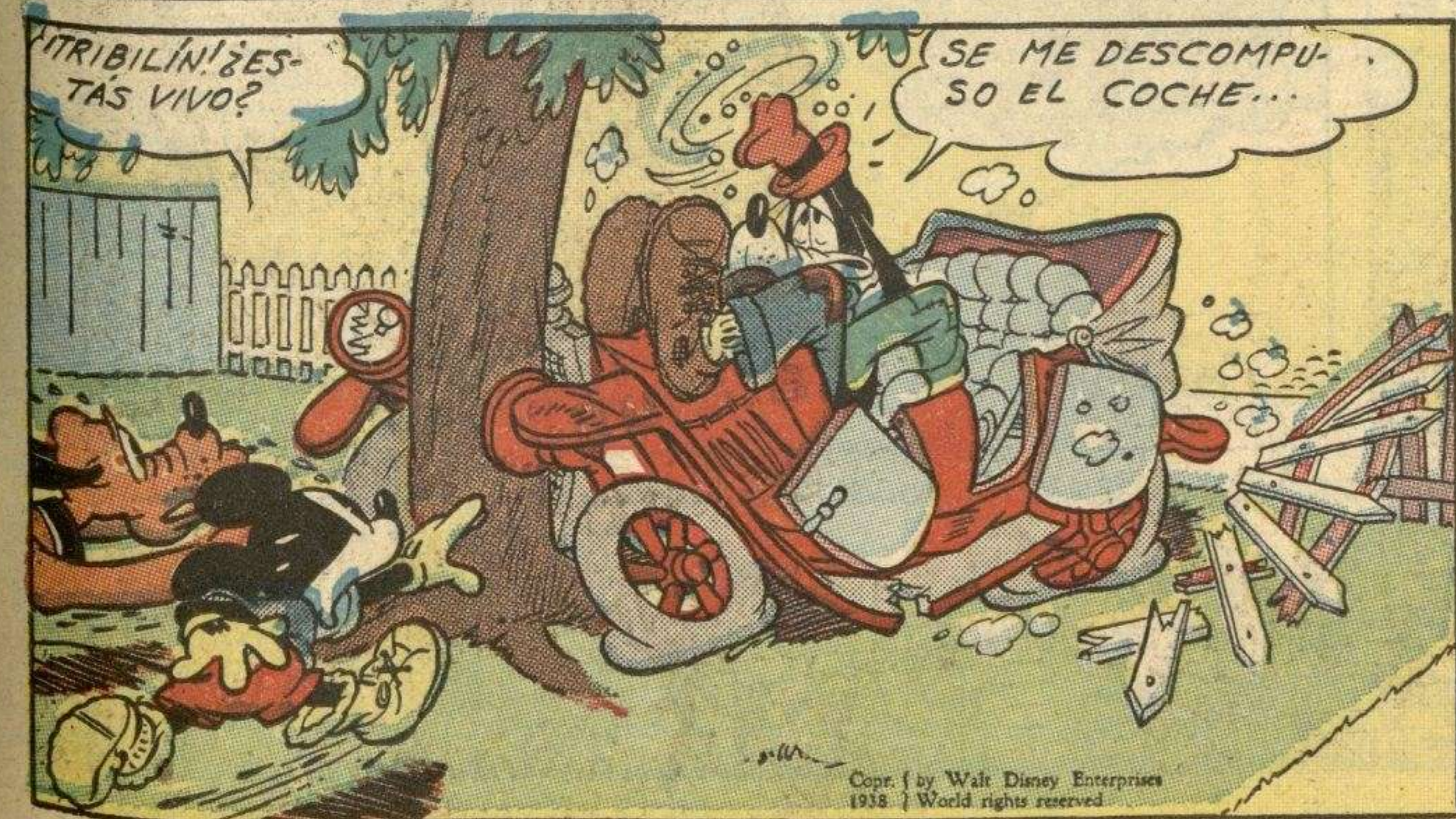
NO... ESTA TARDE DE IRÉ...



¡CUÁNTO TARDA TRIBILINI! ¿LE HABRÁ PASADO ALGO?

CATA PLUM

¡HUY! ¿QUE SERÁ?



¡TRIBILINI! ¿ESTÁS VIVO?

SE ME DESCOMPUSO EL COCHE...



SALIÓ DISPARADO HASTA IR A CHOCAR CON EL ÁRBOL. ¿SE-RIAN, TAL VEZ LOS FRE-NOS?

¿TE HABÍAN DADO QUE HACER ANTES?



¡SÍ Y ES MÁS, CUANDO VENÍA PA-SE POR EL TA-LLER...

¿Y? ¿NO PUDIE- RON ARRE-GLARTE-LOS?



NO SE... NO PU- DE PARAR EL MALDITO AUTO PARA AVERI- GUARLO!

WONG-LA

BRANDON WALSH

POR FIN NUESTROS AMIGOS LLEGAN A PUERTO... HARAPIENTOS Y SIN DINERO, PERO CON UNA FORTUNA EN PERLAS COSIDAS EN LOS FORROS DE SU ROPA. WONG VENDE UNA PERLA PEQUEÑA A UN COMERCIANTE QUE PARECE SER HONRADO... PERO QUE EN REALIDAD ES JEFE DE UNA BANDA DE LADRONES.

ALGUNA BANDA DE CRIMINALES SE HABRA ENTERADO DE QUE TENEMOS ESTAS PERLAS. VEO SUJETOS DE MALA CATADURA QUE ME ESPÍAN. TENDREMOS QUE DESPABILARNOS!

ESTA HUMILDE PERSONA SABE QUE EL VENLELO LE MIEL SIEMPRE VA AL FLENTLE LE UN ELCÍTCO DE MOSCAS.

¿AVISAMOS A LA POLICÍA?

POR LOS CAMINOS MALOS EL VIANLANTE INTELIGENTE LLEVA SUS PLOPIAS SAN-LALIAS. POL AHOLA MILALEMOS A LOS ESPÍAS CON AILE LE INLIFEIENCIA.

NO PUEDEN SABER DÓNDE GUARAMOS NUESTRAS PERLAS.

SIGUE MANTIENIENDO TUS BLAZOS EN ACTITUD PACIFICA, SI NO QUIERES QUE TU EXISTENCIA TELMINE LEPENTINAMENTE.

¡CANTA! LA PRIMERA MENTIRA QUE DIGAS SERÁ LA ÚLTIMA!

¡PIEDAD! ¡LO DIRÉ TODO!

ESTA BANDA DE LADRONES TIENE POR JEFE A UN SUJETO TERRIBLE APODADO EL "MAESTRO", QUE...

¡CUIDADO! ¡CON PUÑAL!

¡NO HAY NADIE EN LA CALLE!

ESTÁ ESCRITO: AL FINAL TODOS LOS ZOLLOS SE ENCUENTRAN EN LA PELLETIA.

Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.

N. AFONSKY

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh

MIRA, HUESITO. AQUÍ ENCONTRA REMOS ESO.

ESA MUCHACHITA DICE QUE LA POLICÍA RECOGE A LOS PERROS SIN TRAILLA.

NO SE LO QUE ES UNA TRAILLA; PERO EN ESTE BAZAR DEBE HABER. OTALA NO CUESTEN MUCHO, PORQUE NO TENEMOS MÁS QUE UN PESO Y SESENTA CENTAVOS.

¿UNA TRAILLA PARA TU PERRO? ¡NO, HIJITA! ¡ESTE ES UN BARRIO POBRE Y LOS PERROS SE ATAN CON CUERDAS!

CON ESTA CUERDA CUMPLES LA LEY TAN BIEN COMO CON UNA TRAILLA DE ORO.

¡GRACIAS, SEÑORA! ¿CUÁNTO LE DEBO?

¡NADA, MI HIJITA! ¡NO FALTABA MÁS QUE TE COBRARA POR TAN POCOS COSA!

¡MAGNÍFICO "HUESITO"! YA NO TENEMOS MIEDO A LOS GUARDIAS, Y PUEDO BUSCAR TRABAJO.

AL VERME EN ESTA CIUDAD TAN GRANDE TEMÍ QUE LA GENTE NOS MIRARA CON MALOS OJOS, PORQUE SOMOS FORASTEROS. PERO TODO EL MUNDO NOS TRATA COMO SI FUÉRAMOS DE AQUÍ.

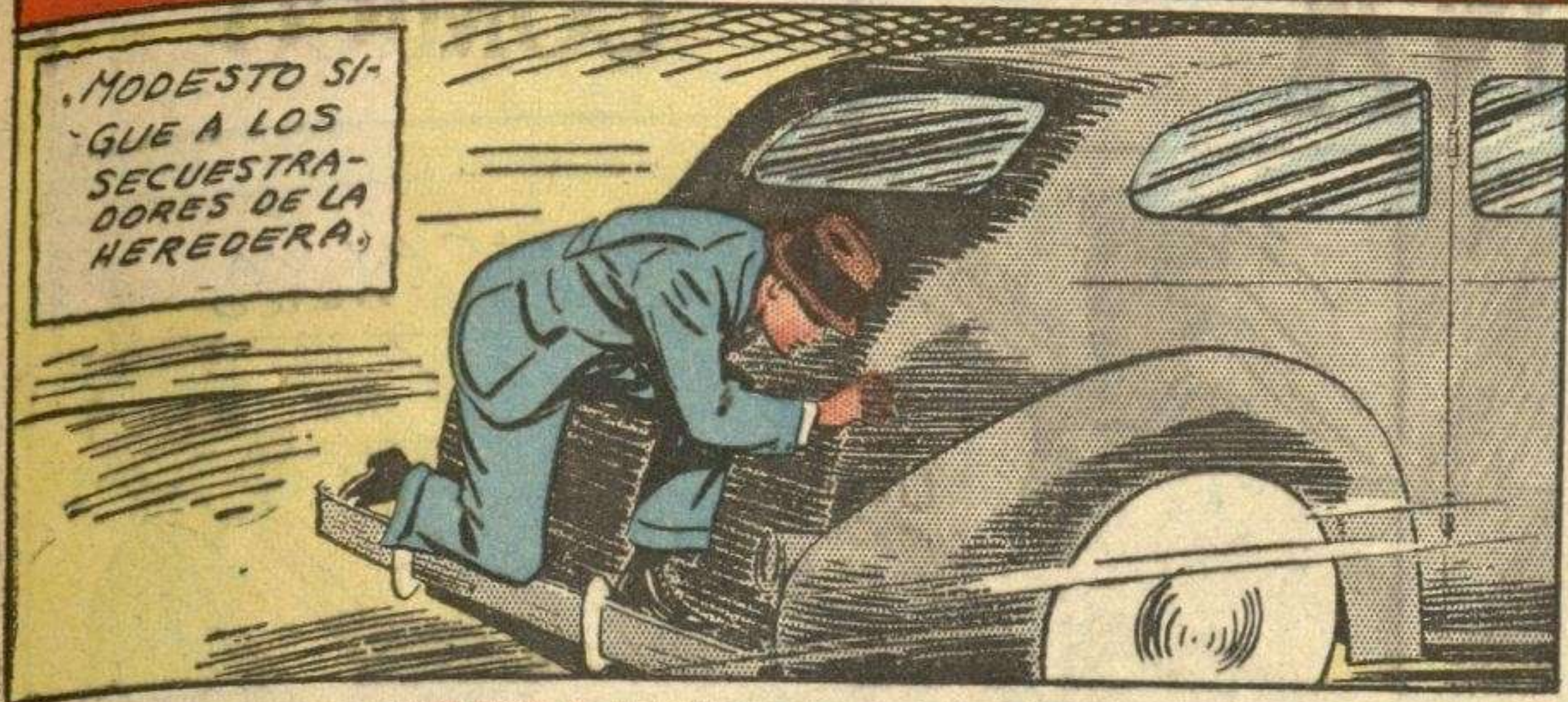
LOS PUEBLOS GRANDES SON COMO LAS ALDEAS. EN TODAS PARTES HAY GENTE BUENA.

N. AFONSKY

11-27



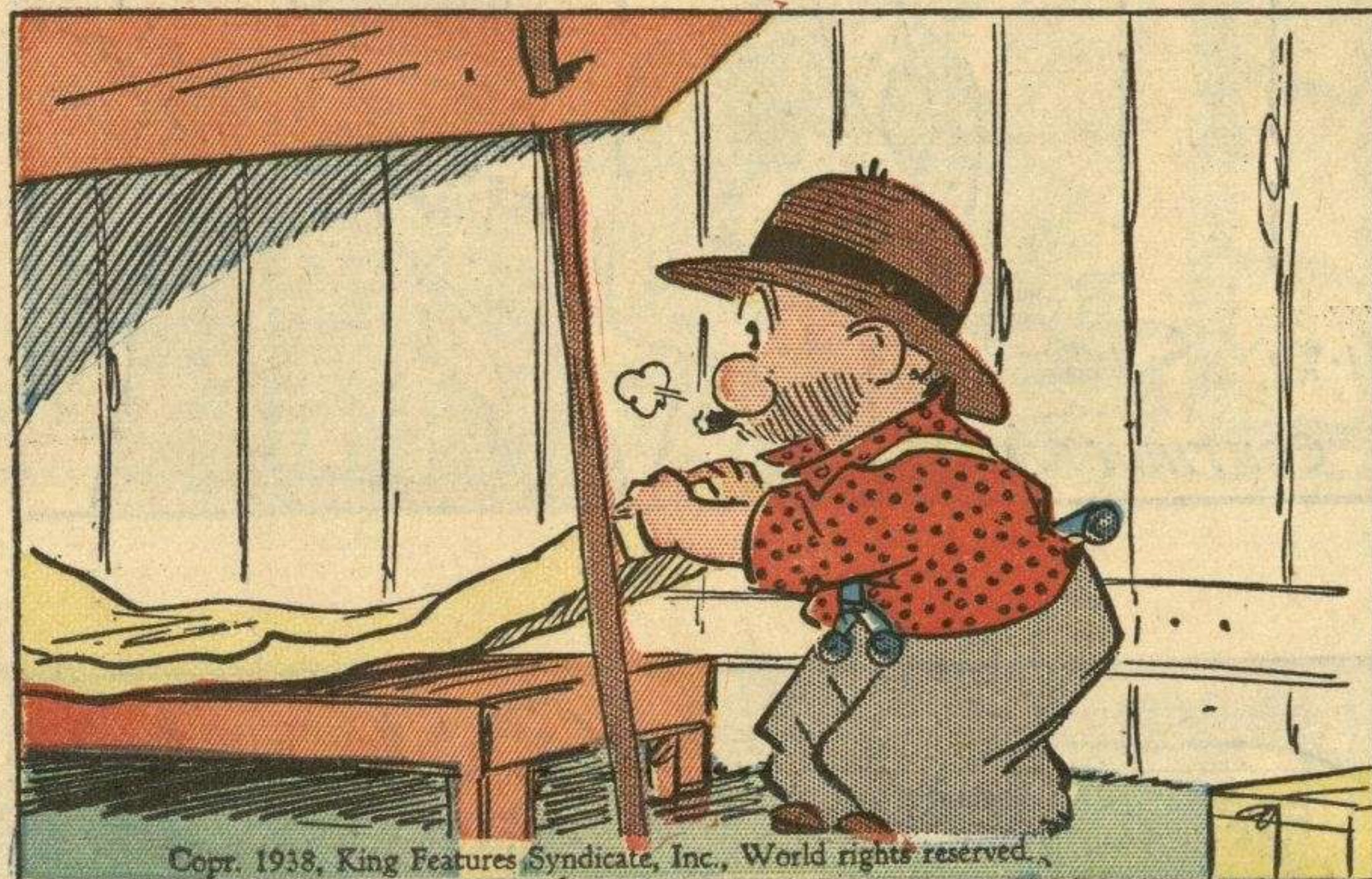
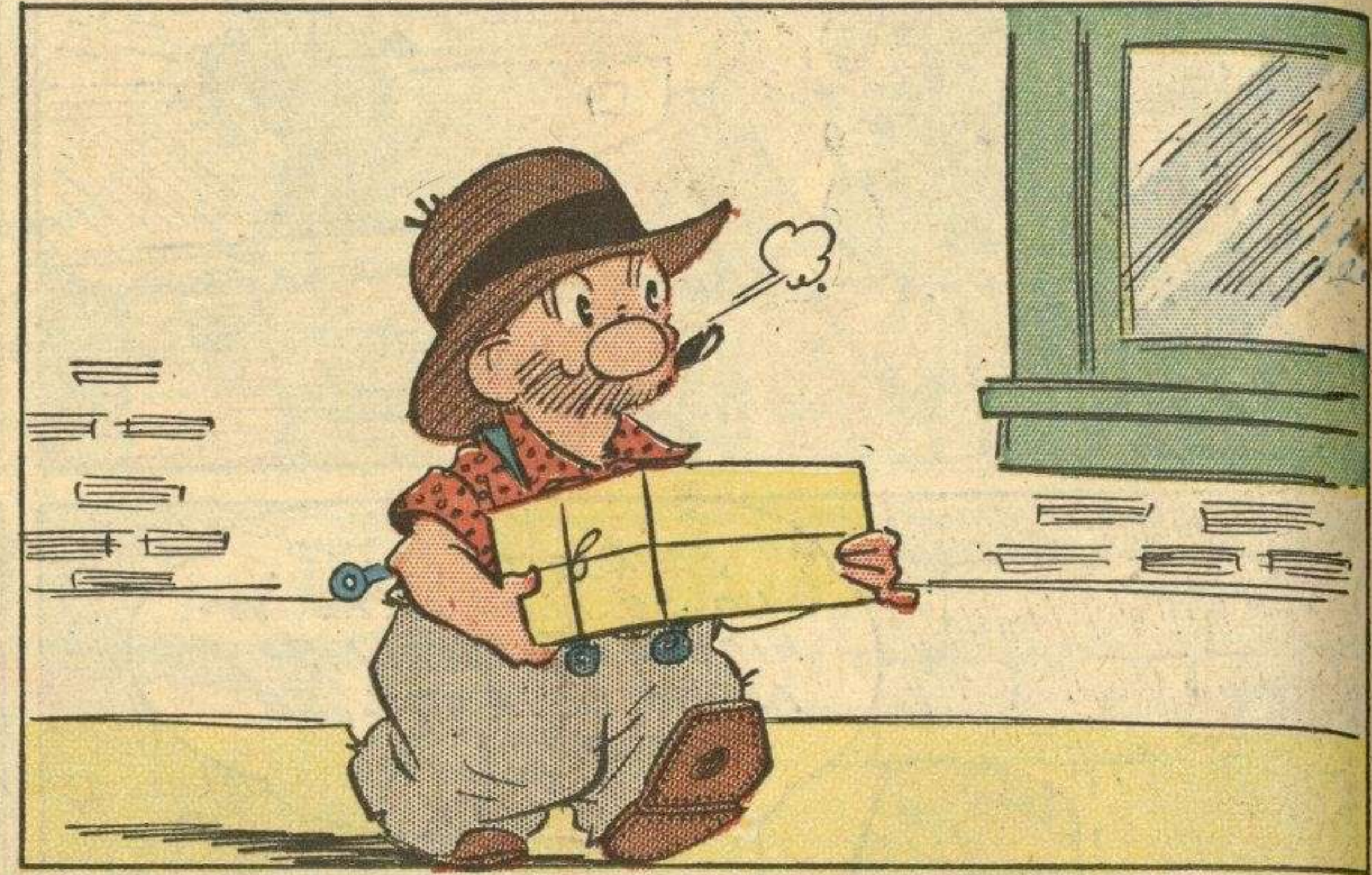
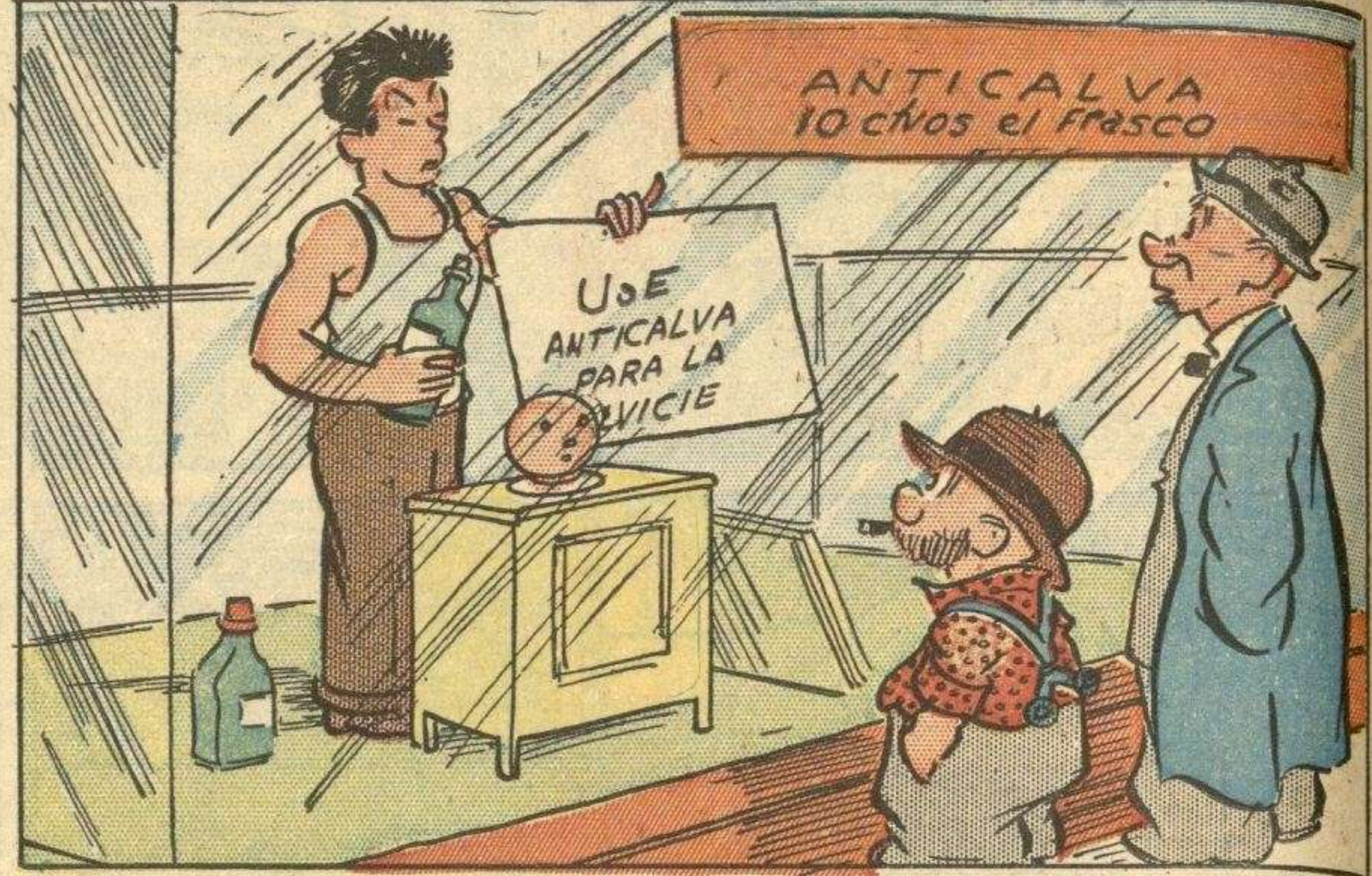
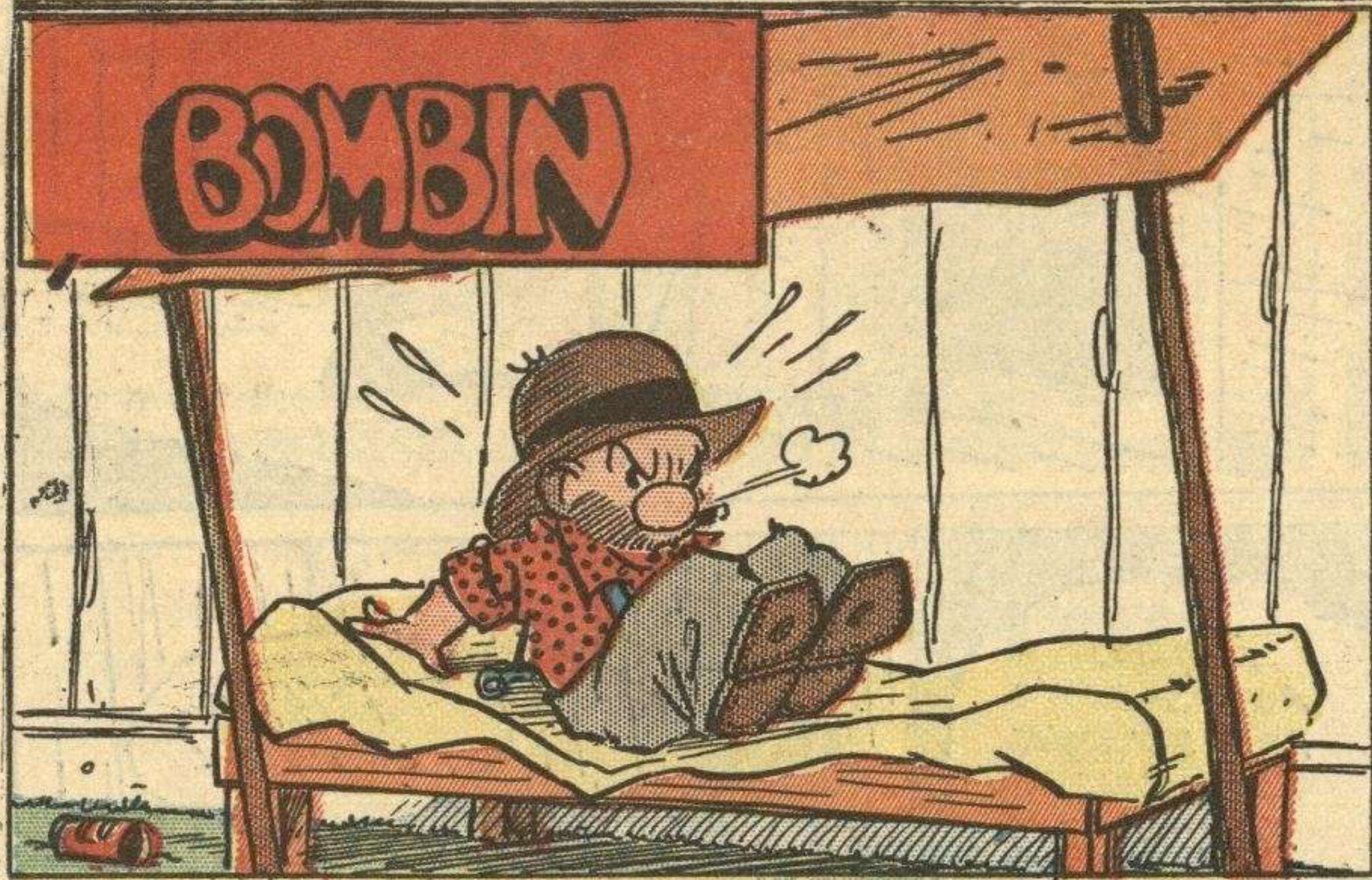
MODESTO RIZOS



AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office





PEDRO HARAPOS

